Giorgio de Maria

Los veinte días de Turín

Traducción de Óscar Mariscal

HERMIDA EDITORES

LOS VEINTE DÍAS DE TURÍN: UNA INVESTIGACIÓN DE FIN DE SIGLO

El Jardín de Epicuro
¡Extranjero, aquí estarás bien: el placer es el fin supremo!
FICCIÓN

GIORGIO DE MARIA

LOS VEINTE DÍAS DE TURÍN: UNA INVESTIGACIÓN DE FIN DE SIGLO

Traducción de
ÓSCAR MARISCAL

HERMIDA
EDITORES

Primera edición en Hermida Editores: septiembre del 2024
Impreso en España por Albadalejo Artes Gráficas

Hermida Editores SL
Calle Antonio Alonso Martín, 10
28860 Paracuellos de Jarama, Madrid
Tel. 916584193
e-mail: hermidaeditores@gmail.com
www.hermidaeditores.com

Imagen de la cubierta: *The satanic satan sowing tares,* de Félicien Rops
Título original: *Le venti giornate di Torino: Inchiesta di fine secolo*
© De Edizioni il Formichiere s.r.l.
© De la presente edición: Hermida Editores, 2024
© De la traducción: Óscar Mariscal
Revisión y correcciones: Germán Molero y Hermida Editores

ISBN: 978-84-127868-8-0
Depósito legal: M-15260-2024

Visite www.hermidaeditores.com para leer más sobre nuestros libros y para adquirirlos. En la página encontrará información sobre los libros, los autores, entrevistas y eventos de la editorial, y podrá darse de alta en la *e-newsletter* para estar al tanto de nuestras actividades.

Índice

Portada
Título
Créditos
I. El insomnio
II. La noche del ocho de mayo
III. La Biblioteca
IV. La segunda víctima
V. Los milenaristas
VI. Un interludio
VII. Las voces
VIII. La hemeroteca
IX. Los mensajes
X. De nuevo el abogado Segre
XI. La despedida
Nota del traductor

i. El insomnio

El nombre, por sí solo, poco o nada significará para quienes hoy se interesan por cuestiones ajenas a la que aquí y ahora nos ocupa; sin embargo, lo mencionaremos de todos modos: Giovanni Bergesio. Pueden encontrarse muchos Bergesio en la guía telefónica de Turín, pero no creo que se deba a esta abundancia el que nuestro Bergesio haya caído en el olvido. En efecto, tal es el destino que han corrido todos los nombres que encabezaron las largas listas de fallecidos a causa de catástrofes naturales como inundaciones o terremotos, o epidemias de cólera o peste…

«De ahí, pues, que este rumor se extinguiera de nuevo y que la gente empezara a olvidarlo, como hacemos con algo de ínfima importancia y de cuya veracidad dudamos; al menos hasta finales de noviembre o principios de diciembre de 1664, cuando dos hombres, supuestamente de origen francés, murieron a causa de la peste en Long Acre, o más bien en el extremo superior de Drury Lane».

Estas líneas fueron escritas por Daniel Defoe en su obra de 1722, *Diario del año de la peste;* novela en la que un hombre relata su experiencia durante la gran peste de Londres de 1665. Quiénes eran esos dos supuestos franceses que murieron en 1664 es algo que ignoramos; tampoco nos interesa saberlo y, ciertamente, no le reprocharemos al gran escritor inglés no haber sido más preciso al respecto. De hecho, no solemos ver las epidemias incluidas en la categoría de acontecimientos históricos por derecho propio, al contrario de lo que ocurre con las guerras. Los primeros soldados en caer en una guerra suelen tener su nombre grabado en la historia, y otro tanto ocurre con los que tienen la desgracia de morir los últimos, en el momento inmediatamente anterior al del cese de las hostilidades. ¿Por qué entonces preocuparnos de Giovanni Bergesio, si los «veinte días de Turín» no fueron ni una guerra ni una revolución, sino, como ha dado en calificarse, un «fenómeno de psicosis colectiva», con todo lo que de epidémico implica esta definición?

En primer lugar, los periódicos del 3 de julio de hace diez años hablaban de nuestro hombre —habida cuenta de lo que sucedería a continuación, es superfluo decir con cuánta previsión y acierto lo hicieron—. Cabe añadir que algunos miembros de su familia aún viven y que me fue posible localizar a uno de ellos y hablar con él.

El domicilio donde le entrevisté era el mismo en el que había vivido la víctima, lo que hizo de nuestra tarea de remontarnos hasta aquella época algo mucho más sencillo. La casa se halla ubicada en la avenida Castelfidardo, casi haciendo esquina con la avenida Vittorio Emanuele II; dos de los lugares donde la furia de aquellos días se desató con mayor intensidad. Allí me recibió la hermana de Giovanni Bergesio, Alda; una mujer soltera de unos 50 años,

con una forma de expresarse muy ceremoniosa y un tono de voz cantarín. Nada más informarle del motivo de mi visita, se apresuró a abrir de par en par todas las habitaciones y mostrarme todos los rincones de su hogar, como si con ello quisiera decirme: «¡La casa está tal como él la vio por última vez, antes de salir aquella fatídica noche!». ¡Ojalá nuestros museos nacionales estuvieran cuidados con tanto mimo como aquel apartamento! Había una sofocante sobreabundancia de objetos de adorno: chucherías, pinturas decimonónicas, aves disecadas… Un invernadero de reliquias familiares que no tardaría en quedar cubierto de polvo y telarañas si unas manos incansables no se afanaran constante y eficientemente en mantenerlo limpio. Y la hermana de Bergesio era la única en la casa que hacía ese esfuerzo casi sobrehumano.

Tan pronto como se sintió con fuerza para arrojar toda la luz posible sobre el pasado, me miró con un extraño brillo en los ojos y, al cabo de un momento, me invitó a tomar asiento. Me llamaron la atención la fijeza de su sonrisa y la tensión de los tendones del cuello cuando respondía a mis preguntas. Debió de haber poseído notable belleza en otro tiempo; una belleza un tanto rígida, propia de ciertas institutrices inglesas, pero con algunos rasgos que la convertían en un inconfundible producto de nuestra tierra piamontesa. Comprendí, después de algunas indagaciones generales, que su filosofía de vida la llevaba a mirar con marcada simpatía a aquellos grupos esotéricos para quienes los «veinte días de Turín» debían considerarse como parte de un designio providencial, como una señal de advertencia extrema enviada desde el cielo a la humanidad. También ella, como los milenaristas, era vegetariana. En su más temprana juventud había escuchado unas palabras del viejo Krishnamurti —de los labios vivos del propio gurú— que ya nunca pudo olvidar: «La verdad sólo puede ser comprendida por una mente imparcial, pura, capaz de juzgar de forma serena y desapegada…». Y, para mi ilustración, continuó citándome algunas máximas de aquel venerable sabio. Una palabra parecía destacar por encima de todas: «espiritualidad». La pronunciaba a menudo, y cada vez que salía de su boca —obviamente para lamentar la falta de esa cualidad en la naturaleza del hombre moderno— resonaba en la estancia como un disparo. Nunca unas gotículas de saliva tan delicadas habían salpicado mi rostro como durante aquellas sinceras declaraciones de fe en el espíritu. Me atreví a preguntarle si alguna vez, en aquella época, había visitado la biblioteca, pero se sonrojó tanto que pensé que sería mejor olvidar esa cuestión.

Nuestra espiritual y madura señorita Bergesio se mostró especialmente esquiva cuando mis preguntas se centraron en los últimos días de su hermano. Prefiriendo pasar por alto las experiencias de éste en la adultez, se extendió en los momentos felices de su infancia; una infancia vivida en un agradable entorno familiar, caracterizada por el entrañable vínculo que le unía a su hermana y compañera de juegos.

—Cuando murió, Giovanni tenía treinta y cinco años y no se sentía precisamente feliz con el empleo que desempeñaba —dijo ella de pronto en un

susurro, frunciendo los labios y volviendo la cabeza hacia otro lado.

Apenas había tenido tiempo de agarrarme a aquel asidero cuando la mujer, mirándome a los ojos, continuó con fuerza:

—¡A Giovanni le encantaban los árboles, las flores, la naturaleza…, siempre los había amado, desde que era un niño!

Interpreté aquello como una invitación a creer lo que ella me decía. Estaba empezando a acostumbrarme a sus repentinos cambios de voz: tonos dulces y ligeramente aflautados cuando en su memoria revivía los buenos tiempos, y una ronquera agresiva cuando se disponía a transmitirme algunas de sus convicciones más profundas. Consideré que aún tenía la opción de acercarme al meollo del asunto recurriendo a una cautelosa maniobra envolvente. Empecé a hablarle de mí mismo, de mi nada apasionante trabajo —le conté que tenía un empleo administrativo en una empresa, que tocaba la flauta dulce en mis ratos libres y que había escrito algunos libros sobre historiografía urbana—, y luego, poco a poco, fui sacando el tema del insomnio hasta que, por fin, me atreví a preguntarle directamente:

—¿Usted también sufría de insomnio en aquella época?

Ella lo negó, lo negó rotundamente. Su hermano, en efecto, había sufrido de falta de sueño a la hora de dormir, pero ella nunca había tenido problemas para conciliarlo. Del énfasis con el que hizo esta afirmación deduje que estaba mintiendo. Al mismo tiempo, sin embargo, comprendí que se habría dejado matar antes que admitir lo contrario. Su amor declarado por la naturaleza, por las flores, su adoración por la infancia de su hermano revelaban un obstinado deseo de ver «la belleza de las cosas» por encima de todo.

Y no me resultó difícil imaginarme su comportamiento diez años atrás, en esos días en que la noche turinesa bullía de vida con el pulular de miles de presencias sonámbulas. Podía verla «oponiendo resistencia», enfrentándose a la reluctancia del sueño con los tendones del cuello tensados al límite y sus fuerzas y las del insomnio en equilibrio estático. El imperativo categórico de la «espiritualidad» erigido en prohibición de asomarse al exterior, a fin de evitar el riesgo de acabar como esas mujeres que se rebajaban a deambular por las calles *vestidas* con un diminuto camisón. Una victoria obtenida al precio de encerrarse herméticamente y aislarse del mundo exterior; el triunfo definitivo de un pasado ya entonces fosilizado. Se me ocurrió pensar que su hermano podría haberse parecido a ella en más de un aspecto. Probé a preguntárselo y no pudo menos de admitirlo. En efecto, ella había compartido con él su amor por las bellas artes, especialmente por la pintura. Y para que pudiera hacerme una idea del talento de su hermano, sacó de un cajón algunas de sus últimas pinturas al temple y me las mostró: vistas de bosques, huertos y casas de labor, un paisaje rústico bajo un delicado cielo salpicado de nubes deshilachadas… Nada, en fin, que sugiriese una visión poco optimista del mundo. La señorita Bergesio me informó de que Giovanni, en esa época, trabajaba en un banco.

—¿No escribió alguna cosa? ¿No dejó ningún diario? —le pregunté. Pero la sospecha de que la pregunta era sólo una treta para sacar de nuevo el tema de

la biblioteca hizo que volviera a sonrojarse…, incluso más intensamente que antes.

Cambiando rápidamente de tema, le pregunté si Giovanni solía hablar con ella en los que resultaron ser los últimos días de su vida, si había confianza entre ellos en aquel tiempo… Y en eso una pequeña partícula de verdad salió a la superficie. Al parecer, últimamente se había vuelto taciturno. Todo, sin embargo, se debía al cansancio, ya que por entonces dormía muy poco. ¡Oh! ¡No había que confundir sus problemas de sueño con la epidemia de insomnio de la que tanto hablaban los periódicos de la época! Giovanni no tenía nada que ver con aquellos insomnes ambulantes. Perdía el sueño porque quería vivir en el campo, ser agricultor, pintar…

—¡Su verdadero mundo era éste! —exclamó ella agitando los cartones pintados.

—Así pues, era por eso por lo que no podía dormir —le dije para complacerla.

Su cabeza se balanceó haciendo una serie de movimientos afirmativos casi tan rápidamente como un pájaro carpintero. La mención del insomnio apenas había dejado entre nosotros la suficiente sintonía para continuar la conversación. Advertí entonces el brillo de dos lágrimas en sus mejillas; se sorbió la nariz y se las secó rápidamente. Era preciso que aprovechara aquel momento de debilidad.

—¡Cómo debió de sufrir su hermano en aquellos días, señorita Bergesio! —le dije sentidamente, tomándole una mano.

Ella la retiró enseguida, pero su cabeza comenzó a moverse de nuevo y más lágrimas brotaron de sus ojos.

—Giovanni llevaba una semana sin pegar ojo y ya no podía soportarlo más; tenía un carácter más débil que el mío —explicó ella, y el tono de su voz se normalizó de pronto—. Decía que tenía mucho sueño, pero que le resultaba imposible dormir… Hablaba continuamente de un lago con un vaso muy profundo; del fondo de un lago en el que en vez de piedras había sillares con bajorrelieves…

—¿Se trataba de un lago seco?

—Sí, de un lago seco. Giovanni tenía esa imagen grabada en la mente: un lago seco con un fondo muy profundo. Él decía que aunque el agua volviera a su cuenca, no podría llenarlo del todo…, que no habría suficiente agua para ello… Un día me contó que el fondo de *su* lago se había elevado de repente, como si alguien, desde abajo, lo hubiera empujado hacia arriba…, y que ya no existía diferencia de nivel entre el fondo lleno de bajorrelieves y cualquier otra cosa alrededor: ni la ciudad, ni el asfalto, ni siquiera esta casa…

Dio un tono dramático a su voz al mencionar su casa. Luego volvió a enjugarse los ojos y continuó:

—Lo que esa noche le impedía conciliar el sueño era que ya no podría sumergirse en el lago, y esta idea acabó por enfurecerlo; se lio a patadas con los muebles y las paredes…, ¡él, que era una persona tan tranquila! Al cabo de un

rato logró calmarse, o al menos eso me pareció…

La vi levantarse de repente y caminar de un lado a otro de la estancia retorciéndose las manos.

—Pero usted dormía entonces, ¿no es así, señorita Bergesio?

—Sí, yo dormía, pero a menudo me despertaba y le oía revolverse inquieto en la habitación de al lado. Sentía mucha pena por él. Los somníferos no podían ayudarle, no podían hacer que el fondo de su lago descendiera hasta su nivel original… Nada en el mundo podía hacer eso. Lo recuerdo hablando del espacio, ¡del espacio!… ¡Quería espacio!… Decía que en su interior había desaparecido el espacio, que ya no le quedaba hueco para moverse, para darse la vuelta; también dijo esta frase terrible: «¡Aunque tuviera valor para suicidarme, no encontraría espacio para morir!».

—Y esa misma noche salió.

—Salió porque esperaba que las calles, las plazas y las avenidas le devolvieran algo que ya no sentía en su interior… Pensaba que mirando el cielo, el firmamento…

La hermana de Bergesio estaba empezando a sollozar. Tuve que esperar a que se calmara antes de preguntarle sobre esos bajorrelieves que había mencionado.

—¿Los bajorrelieves?… ¡Oh!… No lo recuerdo bien…, él decía que estaban muy desgastados… Le pareció reconocerse a sí mismo en algunos, representado de niño; también creyó identificar los rostros de nuestro padre y nuestra madre… Pero ni siquiera él tenía mucha seguridad al respecto; las figuras, según dijo, habían sufrido mucha erosión… —Hizo una pausa para suspirar profundamente—. Yo no sabía lo que estaba ocurriendo en la calle, por eso no intenté detenerle cuando le vi vestirse a toda prisa y dirigirse luego hacia la puerta. ¡Mi lugar está aquí, en esta casa! —dijo con orgullo, con el tono que podría haber tenido una sacerdotisa de Vesta.

—Y después de eso, ¿qué ocurrió?

—¿Después de eso, dice?… No lo sé. No me asomé a la ventana para ver adónde se dirigía… Debió de encaminarse a la avenida Stati Uniti; eso es lo que me imagino, porque al día siguiente lo encontraron allí, al pie de un árbol… Yo no tuve suficiente valor para ir al depósito a identificar el cadáver; fue nuestro tío quien le reconoció por una medallita que llevaba colgada al cuello… Realmente no logro entender lo que le ocurrió aquella noche.

La mujer volvió a sentarse y me miró con ojos húmedos e interrogantes, como si esperase una respuesta de mi parte.

—Creo que yo podría saberlo —me aventuré a decir.

Al oír esto irguió el torso, se movió hacia mí en la silla hasta que sus rodillas tocaron las mías y entonces fue ella quien tomó mis manos.

—¿Por qué no me lo cuenta si usted lo sabe? —me preguntó.

—Sé que salió hacia las dos de la madrugada, completamente vestido, ya que la educación que había recibido de su familia no le permitía salir en pijama, como hacían muchos otros insomnes… —Ella asintió con entusiasmo—. Y

que una vez en la calle tomó por la avenida Castelfidardo, donde estaba seguro de encontrar a otras personas tan irremediablemente desveladas como él. No creo que su hermano intentara hablar con nadie, no habría sabido qué decir; de hecho, nadie hablaba con nadie en la calle durante aquellas noches.

—Lo sé, era muy reservado.

—Estaba obsesionado con el lago seco, con los bajorrelieves; se sentía abrumado por aquellas imágenes de piedra, y buscaba espacio a su alrededor; miraba las casas, las copas de los árboles, las estrellas…

—¡Pobre Giovanni!

—Tal vez cotemplando los edificios y el movimiento de las hojas intentaba estimular su imaginación, ¿quién sabe?, a fin de aflojar ese tornillo de banco que le oprimía por dentro… Fue entonces cuando se topó con el parterre donde se halla el monumento…

—¿El monumento erigido en honor a Vincenzo Vela?[1]

—Sí, en efecto; debió detenerse un momento para mirarlo, indeciso entre seguir la curva de la calle o girar hacia la avenida Stati Uniti… Seguramente su olfato captó un olor extraño, como a vinagre, que en ese momento saturaba el aire…

—¡Es cierto, a veces ese olor llegaba hasta aquí, incluso a través de las ventanas cerradas!

—Sin embargo, es probable que ni siquiera se percatase de ello: el olor a vinagre se había convertido en un hecho casi natural, sobre todo para quienes vivían en el centro urbano histórico… Quizá caminó alrededor del monumento. ¿Nunca le habló de ese monumento?

—No… Bueno, en realidad, sí; un día me habló de eso, medio en broma…, para darme a entender que su memoria empezaba a traicionarle a causa del insomnio… Me dijo: «Alda, ¿quieres saber algo gracioso? Juraría que las estatuas de Vincenzo Vela y Napoleón Bonaparte han intercambiado sus puestos. ¿Acaso no tenía Vela la espalda vuelta hacia nosotros?». «No —le respondí—, siempre ha sido la espalda de Napoleón[2] (o mejor dicho, el respaldo de su sillón) la que ha estado vuelta hacia nosotros, estoy segura». Recuerdo que Giovanni se encogió de hombros y me sonrió con tristeza: «¡Seguro que tienes razón!», dijo.

—En cualquier caso, es probable que su ansiedad se agudizara al contemplar el monumento. La figura gris del escultor Vela y la blanca del moribundo Napoleón debieron parecerle muy diferentes de esos bajorrelieves semienterrados en el lecho de su lago. Se trata de figuras tridimensionales y, en comparación con aquéllos, se le antojarían casi vivas. Preso de una angustia interior que por entonces había alcanzado proporciones paroxísticas, su hermano siguió su camino por la avenida Stati Uniti. En la calle había un gran trasiego de personas yendo de un lado para otro. Algunas la cruzaban en diagonal, otras caminaban en línea recta por la calzada, y otras surgían de entre los vehículos estacionados, bostezando y tambaleándose… Recuerdo bien esas escenas porque yo también me encontraba allí. Algo flotaba a nuestro

alrededor, algo fantasmal. Su hermano se mezcló con esa multitud. Entonces, de repente, creo que debió detenerse.

—¿Junto al árbol?

—No podría asegurarlo, pero ciertamente se detuvo. La rigidez interior que sufría debió extenderse a todo su cuerpo. Pudiera ser que al oír algún ruido a su espalda (el sonido de unos pasos) aún le quedaran fuerzas para volverse y ver quién se acercaba a él. Pero incluso si consiguió hacerlo, no creo que la visión de ese *alguien* lo sorprendiera. A ninguna de aquellas personas le sorprendía nada de lo que ocurría a su alrededor. Eran hechos completamente naturales para ellos, como el insomnio, como el olor a vinagre. Y entonces sucedió la horrible tragedia que ya conocemos; fue agarrado por un tobillo, alzado en el aire y golpeado salvajemente (al parecer, repetidas veces) contra el tronco de un castaño de Indias. Quienes se hallaban presentes en el lugar cuando ocurrieron los hechos afirmaron luego que no habían visto nada. ¿Miedo? ¿Indiferencia?… ¡Detrás de ese silencio, señorita Bergesio, se esconde el misterio de los «veinte días»! Para eso, precisamente, estamos aquí usted y yo, para discutirlo, para tratar de entender…

—¡Entender, dice usted! —exclamó ella sacudiendo la cabeza—. ¡Cómo podríamos nosotros, pobres mortales, comprender los inescrutables designios de la Providencia! Hemos ofendido al Señor con nuestra soberbia; hemos pecado con el corazón, con los sentidos, olvidándonos de esa espiritualidad que…

Alda Bergesio me soltó las manos y me dedicó una tierna sonrisa. «¡Pobre hombre! —parecía decir con ella—. Se empeña en buscar la verdad con los limitados medios de la razón, ¡ignorando que el camino para alcanzarla pasa muy lejos de ésta!…».

Notas

1. Éste y el resto de monumentos que aparecen en la obra pueden visualizarse en el sitio web de Museo Torino: https://www.museotorino.it/site/catalog/search. [Todas las notas son del traductor].

2. El monumento, diseñado por Annibale Galateri en 1911, representa al escultor Vela inspeccionando su obra maestra: una imagen en piedra del moribundo Napoleón en su sillón.

II. La noche del ocho de mayo

El abogado Andrea Segre encuentra espacio en nuestra investigación retrospectiva por una razón, como se verá, un tanto ambigua. Su despacho profesional y su residencia particular se hallan ubicados en la avenida Galileo Ferraris, cerca de la Galería de Arte Moderno y Contemporáneo, en el segundo y tercer pisos de un edificio señorial del siglo XVIII. Se trata de un entorno urbano despejado y arbolado que los más viejos recuerdan con nostalgia al evocar aquellos tiempos, probablemente más felices, en los que era posible caminar por las avenidas sin verse obstaculizado por coches mal aparcados. Al otro lado de la avenida se extiende una amplia zona residencial conocida popularmente como «las villas»: una amalgama de edificios, con sus respectivos jardines aristocráticamente distribuidos entre ellos, donde apenas puede advertirse la mezcla de estilos originales y ciertos subproductos de la moderna imaginación arquitectónica. Lo moderado de sus alturas —dos o tres pisos como máximo— contribuye a crear un aura única de privilegio para todo el conjunto. Aquí los coches tienen acceso limitado: sólo los propietarios de «las villas» tienen derecho de aparcamiento.

El día anterior había concertado por teléfono una cita con el letrado. Nada más entrar en el despacho de éste, me invadió una sensación de malestar al ver el orden que reinaba en la pieza: una perfecta alineación de volúmenes con nervados lomos marrones ocupaba las tres cuartas partes de los estantes de la librería; la cuarta parte albergaba una *Enciclopedia Treccani,* una colección completa de los clásicos de la literatura italiana de Ricciardi, algunas biblias, libros con títulos en hebreo… Toda una «formación cultural» dispuesta en orden de batalla, me dio por pensar.

Había ido allí directamente desde la abigarrada vivienda de los Bergesio, y el contraste entre ambos ambientes me resultó violento. Además, no se trataba de una situación en la que pudiéramos mantener una conversación de tú a tú, cómodamente instalados ambos en sillones, sino de una en la que yo me sentaba ante un macizo escritorio y el señor Segre tras él. La apariencia profesional y erudita del abogado exigía máximo respeto. Si mi intención hubiese sido la de consultarle algún asunto legal, todo habría sido diferente, pero ¿cómo iniciar una conversación cuyo punto de partida quizá no fuera más que un vago recuerdo en la mente de mi interlocutor? Consideré, pues, necesario advertirle de que mi visita no tenía por objeto despejar ninguna duda jurídica, sino satisfacer una curiosidad personal, y que no era mi intención robarle su precioso tiempo manteniendo una conversación sobre un tema tan incierto como espinoso.

Con todo, no tardé en sentirme confortado por su irónica aunque amable sonrisa, a la que acompañaba una mirada incisiva y penetrante que, por un

momento, me hizo creer que Segre había adivinado el motivo de mi visita. Naturalmente, era imposible que lo hubiera hecho: ¿cómo iba a adivinar que su nombre había llegado a mis oídos a través de una compleja red de «rumores», de pistas filtradas por amigos periodistas que recordaban haberle visto entrar en la redacción de un periódico la mañana del 9 de mayo —bastante alterado, según me contaron— para informar de una extraña experiencia nocturna que creía no haber sido el único en vivir y que deseaba poner en conocimiento público? Aunque ningún periódico se hizo eco de su extraña declaración, se sabía que el abogado se había empeñado en llevar a cabo una especie de investigación privada en busca de testigos; y se decía que cuando encontraba alguno y se entrevistaba con él, invariablemente regresaba a su despacho desalentado y, dándose por vencido, volvía a su vida y trabajo cotidianos.

El letrado Segre me ofreció un cigarrillo, el cual me encendió luego con mucho gusto, y se puso una pipa entre los dientes después de haber jugueteado con la cazoleta durante un buen rato.

—Usted dirá —dijo por fin, mirándome de arriba abajo y mesándose con la mano izquierda los pelos de una barba ya canosa. Tenía una nariz aguileña, ligeramente torcida, que le daba el aspecto de un halcón que se hubiera chafado el pico en una peña alpina tras abatirse descuidadamente sobre ella.

—Verá, estoy escribiendo un libro sobre los llamados «veinte días de Turín» —le expliqué— y me gustaría conversar con usted para aclarar algunos puntos al respecto.

Segre se sacó la pipa de la boca y le vi bajar la cabeza hasta tocarse el esternón con la barbilla. Sus labios se afinaron, sus músculos faciales se tensaron.

—Sí, claro…, adelante —me invitó con voz ahogada.

—Me interesaría saber algo más sobre un suceso del que al parecer usted fue…, ¿cómo decirlo?…, «testigo auditivo». Me refiero a la noche del ocho de mayo de hace diez años, si no me equivoco en la fecha.

Levantó la cabeza y volvió a mirarme sin sonreír.

—¿Y cómo sabe que fui «testigo auditivo» (como usted dice) de algo que habría sucedido hace tantos años?… Permítame la pregunta, es simple curiosidad.

Levanté las manos por encima de la cabeza y arqueé las cejas como queriendo decir: «darle una explicación satisfactoria sería poco menos que imposible». Mi respuesta, expresada a base de gestos, pareció relajarlo; volvió a ponerse la pipa en la boca y la encendió de nuevo.

—Entiendo. En realidad, no puedo pretender tener una explicación exhaustiva al respecto, pues nos encontramos ante un asunto demasiado inconcreto y oscuro… En su momento, me esforcé en hacer de ello algo menos intangible, pero, como seguramente sabrá, todos mis intentos fueron en vano. Sinceramente, no puedo culpar a aquellos periodistas por no dar crédito a mis palabras; incluso un jurista supuestamente serio y riguroso como yo puede sufrir alucinaciones momentáneas… Y no descarto que, efectivamente, se

tratase de una mera alucinación.

—Una alucinación auditiva —puntualicé.

—Llámelo como guste. Si tiene alguna experiencia con las historias inglesas de fantasmas, sabrá que las «alucinaciones auditivas» tienen asimismo su importancia: cadenas chirriantes, gemidos de nobles damiselas en torreones semiderruidos… Es una vieja y respetable tradición.

—En efecto, pero en las historias de fantasmas las alucinaciones, al final, resultan no ser tal cosa; los espectros están realmente ahí.

—¡Sí, en los castillos! Pero ¿qué castillo tenemos aquí, además del castillo del Valentino?[3] Aquí tenemos la industria automovilística y la tradición saboyana; tenemos, en fin, el «sentido común» de los ciudadanos, el cual representa, quizá, la más sólida de nuestras instituciones… ¡Todo esto bastaría para hacer que se batiese en retirada el más feroz ejército de espectros!

—Incluso teníamos… la biblioteca —insinué con sorna.

—La biblioteca también puede incluirse en la categoría del «sentido común»… Ciertamente, creo que se ha exagerado un poco al respecto…

En eso, el teléfono del despacho empezó a graznar. Sin quitarme la vista de encima, Segre se rió entre dientes y descolgó el auricular.

Cogí un periódico que descansaba sobre el escritorio y empecé a ojearlo; siempre resulta embarazoso oír conversaciones ajenas, sobre todo cuando éstas se hallan protegidas por el secreto profesional.

No obstante, se habría dicho que el abogado Segre lo hacía a propósito, como si quisiera implicarme en la conversación que mantenía con su cliente. Hablaba con voz sonora, poniendo especial énfasis en la pronunciación de términos abogadescos como «comparecencia» o «comisión rogatoria»; golpes de realismo jurídico que, pensé, parecían calculados para hacer trizas la cuestión que yo había puesto sobre el tapete. Cuando por fin colgó el teléfono, empezó a contarme una historia rocambolesca y dramática, pero lo hizo en el tono más frívolo que uno pueda imaginar. Trataba ésta de un pobre hombre que, habiendo regresado un día inusualmente temprano a su domicilio, se había encontrado a su esposa y a su anciano padre paseándose desnudos por el apartamento en presencia de su hija de 2 años. Ante la natural exigencia de una explicación por parte del marido, la mujer había reaccionado saltando sobre él como una pantera y gritándole a la cara: «¡Cómo! ¿Es que no sabes que Roberta no es tu hija y que, por tanto, tu padre no es su abuelo como tú crees? ¿Dónde has estado viviendo todo este tiempo?». Dado el abyecto comportamiento de la madre, el objetivo era poner a la niña bajo la custodia legal del padre biológico, y había una demanda pendiente al respecto… Cosas similares, según Segre, ocurrían todos los días en Turín, y aquélla ni siquiera era de las más extraordinarias.

—En nuestra querida y vieja ciudad —añadió el abogado—, los demonios aún arden bajo las cenizas, y no es de extrañar que…

—… sucedan cosas como las que vivimos hace diez años, ¿no es así?

—Hace diez años las cosas tenían una apariencia diferente; hoy nos parecen

mejores, pero creo que la esencia es la misma.

—¿Acaso no le sorprendería —le pregunté al abogado, sopesando cuidadosamente mis palabras— volver a oír una de estas noches lo que oyó aquella del ocho de mayo, poco antes de los espantosos acontecimientos a los que me refiero?

Fue consciente enseguida de la pequeña trampa que le había tendido. Era evidente que no se lo esperaba, a pesar de que él mismo me había preparado el terreno con sus alusiones a demonios ocultos. Fuera como fuese, ya era demasiado tarde para echarme atrás. Así pues, volví a encontrármelo tal como lo viera apenas entré en su despacho: rígido y profesional. Por un momento temí que se dispusiera a dar por finalizada nuestra conversación; sin embargo, no fue ése el caso.

—Antes de nada, me parece necesario dejar algunas cosas claras —me dijo con frialdad—. La pregunta que usted me formula es inapropiada. Contestarla me exigiría una interpretación global de tales acontecimientos; algo inaceptable, habida cuenta de que es usted y no yo quien pretende escribir un libro sobre los «veinte días». De modo que será responsabilidad suya y no mía establecer conexiones entre tales y cuales hechos concretos. Dejemos, pues, de lado la hipotética cuestión de lo que sentiría si volviera a experimentar algo que, insisto, ni siquiera estoy seguro de haber experimentado realmente en aquel momento. Aun así, ¿me considera un testigo útil para su investigación histórica? En caso afirmativo, tráteme como tal. Tampoco pretendo hacer ninguna conjetura sobre el futuro. Con todo esto en cuenta, ¿qué es lo que desea específicamente de mí?

—Una descripción de su experiencia —respondí, adaptándome a su tono.

—Eso está mejor. De este modo no correremos el riesgo de malinterpretarnos. Antes de empezar, no obstante, quisiera puntualizar que esta experiencia no tuvo lugar la noche del ocho de mayo, sino la madrugada del nueve… ¡Oh, sí! Porque eran las dos de la mañana cuando sucedió, justo cuando me disponía a irme a la cama después de haber trabajado aquí, en el despacho, hasta bastante tarde. Me sentía muy cansado, pero aún estaba lo suficientemente lúcido para distinguir el sueño de la vigilia. Por tanto, no se trató de un sueño, de eso estoy seguro. En cuanto a esos famosos ataques de insomnio colectivo que azotaron la ciudad y que en ese momento aún se hallaban en sus primeras etapas, le diré francamente que nunca los padecí. ¿Por qué? No sabría qué responder. Quizá fuera porque siempre he viajado mucho debido a mi trabajo… Soy un personaje demasiado escurridizo para dejarme atrapar por una epidemia de ese tipo, tan localizada geográficamente. Pero vayamos al grano. Acababa de desvestirme cuando, de repente…

Segre hizo una pausa y me miró de hito en hito.

—Ya sabe usted lo que suele ocurrir en los cuentos de miedo después de que alguien dice: «cuando, de repente…».

Asentí. Su mirada había recuperado la anterior expresión irónica.

—Sucede algo sorprendente, si no, valiente cuento de miedo sería ése, ¿no le

parece?

—No sería un cuento de miedo en absoluto —convine.

—En efecto, y en ese caso no valdría la pena seguir contándolo; sin embargo, yo sí lo haré. Hace diez años se lo conté a unos periodistas que, después de oírlo, se miraron entre ellos con expresión perpleja y pensando Dios sabe qué sobre mi estado mental. Poco después, acompañado de algunas personas en condiciones de confirmar mi versión de los hechos, se lo volví a contar a los mismos periodistas, que entonces se mostraron aún más condescendientes conmigo. Naturalmente, no apareció ni una sola línea al respecto en la prensa, aunque (estaría dispuesto a apostar una buena suma) alguno de esos plumíferos debió de haber oído lo que yo y otros más oímos aquella noche…

»En resumen: estaba desvistiéndome en mi apartamento de soltero, que se encuentra justo encima de nosotros, cuando de repente oí un grito. Usted me dirá: «¿Qué tiene de extraño oír un grito proveniente de la calle a las dos de la madrugada?». Un grito de terror puede hacer vibrar cada fibra de nuestro cuerpo y empujarnos a salir al balcón para ver qué está pasando. El barrito de un elefante, emitido a todo volumen en medio de la ciudad, podría tal vez lograr un efecto mayor…, pero aún nos movemos en el terreno de las cosas aceptables… El grito que oí, sin embargo, era del todo diferente. En definitiva, he de confesarle que no dispongo de ninguna palabra para definir su cualidad tímbrica… Calificarlo de bestial o inhumano seguramente sería exagerado, aunque el grado de aproximación es bastante alto; más bien lo describiría como un horrendo grito de guerra con algo gris y metálico vibrando en segundo plano… Esto es lo que más se acerca. De hecho, no pensé en un hombre ni en un animal, pues poseía un carácter inorgánico. No estoy seguro de poder plasmar correctamente la idea.

—¿Y no pensó que pudiera tratarse de un sonido amplificado eléctricamente?

—Eso mismo fue lo que tan amablemente me sugirieron los periodistas, pero no tuve esa impresión en absoluto.

—¿Y qué hizo después de oírlo?

—En ese momento, nada. Permanecí allí plantado, atónito, como si me hubiera alcanzado un rayo… Los vidrios de las ventanas aún no habían dejado de vibrar cuando un segundo grito, proveniente de otra dirección, pero también de algún lugar cercano, vino a aumentar mi turbación. Siendo de la misma naturaleza que el anterior, no hallé términos de comparación que me permitieran etiquetarlo de alguna manera. Eso sí, me pareció que su intensidad era menor que la del primero, como si hubiera surgido de una garganta menos poderosa…, aunque este detalle no menoscababa en absoluto su arrogancia intrínseca.

—¿Podría indicarme las direcciones de procedencia? —le pregunté.

En eso, Segre se levantó y, acercándose a mí, me agarró de la muñeca y me llevó al balcón. Caía el crepúsculo; el tráfico motorizado en la avenida era entonces más intenso. Tal es el aspecto que la ciudad muestra invariablemente a esas horas: el de una cotidianidad plana y estruendosa.

—Después del segundo grito —me explicó él— me decidí por fin a salir. El balcón del piso superior no ofrece una vista mucho más amplia que la que éste ofrece. Por la calle deambulaban algunos transeúntes; quizá se tratase ya de las primeras víctimas del insomnio. En cualquier caso, me sorprendió el hecho de que ninguno de ellos parecía asustado. Los únicos signos de inquietud que advertí provinieron del edificio de enfrente, de aquella villa de allí; en una ventana abierta de par en par apareció una mujer que, después de mirar a derecha e izquierda con evidente desasosiego, cerró decididamente las contraventanas. En el aire flotaba un olor extraño…

—¿A vinagre, quizá?

—Sí, algo así… De todos modos, yo diría que el primer grito vino de allí, de la intersección de las avenidas Vittorio Emanuele II y Galileo Ferraris.

—¿Donde se encuentra el monumento a Vittorio Emanuele II?

—Aproximadamente, sí. El segundo, del lado opuesto, de la zona de las villas…; naturalmente, me resulta imposible precisar su origen… Luego hubo un tercero, mucho más lejano…; más lejano y aún más terrible. En ese momento me pareció como si estuvieran pasándose algún tipo de mensaje de uno a otro *aullador.* Transcurridos unos segundos, llegaron más gritos desde las direcciones más dispares… De este mismo barrio y luego de más abajo, del casco histórico de la ciudad, como en respuesta de los primeros… Y siempre con ese algo gris y metálico vibrando en el fondo. Insisto en que por su tono, virulentamente hostil y no sólo arrogante como dije antes, no puedo sino compararlos con gritos de guerra. Pues bien, me pareció que…, pero aquí ya entramos en el terreno de las impresiones subjetivas, esos gritos se alzaban unos contra otros; que, en definitiva, no iban dirigidos a nosotros, sino a otras de esas mismas entidades que los proferían; que expresaban un odio ajeno a nuestros sentimientos, aunque en la esencia de este odio, de algún modo, pudiéramos reconocernos a nosotros mismos.

—¿Podría explicar mejor esa contradicción?

—¿Alguna vez ha visto dos animales peleándose? Pues bien, lo hacen por sus propios motivos, que no nos conciernen. Sin embargo, al ser testigos de su lucha, no podemos evitar sentirnos implicados debido a todas esas ocasiones en que nosotros, también, nos peleamos como animales.

—Es decir, que le parecieron signos anunciadores de una batalla que no tendría a hombres como contendientes, sino a otras cosas.

El abogado hizo un gesto vago para darme a entender que la cuestión se salía de los límites que habíamos acordado. Con una suave sonrisa me invitó a regresar al despacho.

—¿No volvió a producirse el fenómeno? —le pregunté mientras él cerraba la puerta acristalada.

—Yo, al menos, no lo advertí.

—¿Cuántas personas, aparte de usted, oyeron esos gritos?

—Logré reunir una decena de testimonios fiables… Todos, de personas que vivían en el centro histórico de la ciudad. Hasta donde pude averiguar en su

momento, no hubo ningún informe de residentes de los barrios de la periferia.

Como nuestra conversación no parecía tener más posibilidades de desarrollo, me apresuré a darle a Segre una tarjeta con mi dirección, pero éste se negó a aceptarla. Me dijo que no le importaba dónde vivía yo. Sin embargo, si en el curso de mi investigación obtenía algún resultado interesante, a él le encantaría conocerlo. Estaba a punto de despedirme y agradecerle el tiempo que me había dedicado cuando le vi dirigirse a la librería y sacar un librito delgado que me entregó a continuación.

—Se trata de las *Páginas póstumas escritas en vida* de Robert Musil —me explicó—, en una vieja edición de Einaudi, de 1970, que ya no se reimprime. Quédeselo, tal vez encuentre algo que le intrigue.

No era un libro que yo conociera. Le aseguré que lo leería con la mayor atención.

—Abogado Segre —le dije entonces, estrechándole la mano.

—Mis mejores deseos —respondió, correspondiendo a mi apretón.

Notas

3. Un edificio histórico turinés (s. XVI) ubicado en el Parco del Valentino, a orillas del río Po.

III. La Biblioteca

El rubor que encendía las mejillas de Alda Bergesio cada vez que yo aludía —directa o indirectamente— a la biblioteca constituye un síntoma típico de ese malestar, tan extendido entre los turineses, que invariablemente se manifiesta cuando se toca esta cuestión… especialmente delicada. Y es que no hay nadie que recuerde la biblioteca con agrado; salvo, quizá, sus propios creadores, quienes se encargaron de borrar sus huellas con tanta habilidad que hoy resulta del todo imposible localizar a alguno de ellos. Sin embargo, si uno se propone pintar una imagen fidedigna del Turín de la época de los «veinte días», no puede ignorar la biblioteca. ¿Cuántos socios la sostenían y frecuentaban? ¿Trescientos, cuatrocientos, quinientos mil?… ¿O incluso más?… No tiene sentido aventurar cifras: los datos estadísticos relativos a esta institución fueron debidamente destruidos, al igual que gran parte del material manuscrito que albergaban sus estantes. Si el nacimiento y auge de la biblioteca pueden calificarse de rápidos o, mejor, de meteóricos, lo mismo cabe decir de su caída y consiguiente desmantelamiento; el cual se produjo, por orden de las autoridades municipales, un mes de septiembre de hace diez años, sin que se ofreciera ninguna explicación oficial. La cosa fue sencilla. Primeramente se procedió a la confiscación del voluminoso fondo que acumulaba, posteriormente este material fue destruido en una planta incineradora de basura; al menos hasta donde yo sé, nada se salvó, excepto algunos atados de papeles y cuadernos que siguen acumulando polvo en el sótano de un almacén municipal próximo al edificio del ayuntamiento.

Aún me sentía animado por los buenos deseos del abogado Segre cuando decidí hacer un pequeño experimento sociológico: abordaría a algunos conciudadanos con edad suficiente para haber frecuentado la biblioteca y los interrogaría al respecto. Así pues, me interné entre la multitud de clientes de un mercado y, tras acercarme a un puesto donde se vendían quesos, esperé la oportunidad adecuada para entablar conversación con alguien. Elegí al azar a una mujer con un carrito de la compra que se hallaba detrás de mí.

—¡Discúlpeme, señora!, creo que estaba usted antes que yo —le dije cortésmente.

—Pues la verdad es que no me había fijado —respondió ella, visiblemente conmovida por la amabilidad de mi gesto.

—En cualquier caso —agregué—, yo no tengo prisa, así que pase usted delante, por favor. —Y le cedí mi lugar.

La mujer dejó escapar un suspiro de agradecimiento y durante todo el tiempo que estuvo realizando sus compras no dejó de lanzarme miradas furtivas y llenas de gratitud.

—¿Sabe usted, señora? Yo diría que nos conocemos de algo —le dije de

repente en tono jocoso mientras el vendedor le pesaba una porción de queso Fontina.

—¿Nosotros, dice? —respondió ella asombrada.

—Sí, nosotros, ¿no se acuerda? ¡Hace ya mucho tiempo!

La mujer se pellizcó la barbilla con dos dedos y frunció el ceño.

—Bueno…, podría ser —concedió ella—. Siempre he vivido en este barrio.

—No, no fue aquí, nos conocimos en otro lugar. La recuerdo a usted muy bien…; solía verla casi todos los domingos por la mañana…

La expresión de la mujer empezó a oscurecerse.

—¿Quiere usted decir en mi… misa dominical? —tartamudeó ella.

—En misa, sí, pero no sólo allí… ¿No acudía usted también, por casualidad, a la biblioteca?

Cualquiera hubiera pensado que, en vez de hacerle una pregunta, le había propinado un codazo en el estómago. Por un momento me miró sin aliento; al cabo pidió atropelladamente la cuenta, pagó y, dejando caer el queso Fontina en su carrito, se marchó sin decir una palabra. Me sorprendió su reacción; ésta había superado con mucho los significativos rubores de la señorita Bergesio. Habiendo disparado al azar, debí de hacer blanco en uno de los secretos más íntimos de aquella buena mujer. Los demás clientes a mi alrededor fingieron no haberme oído, aunque la señora y yo habíamos hablado bastante alto. Miraban distraídamente a otros lados, y estaba seguro de que, de haberme liado de cháchara con el vendedor, nadie se hubiera atrevido a meterme prisa. Vi a algunos alejarse de la cola discretamente. Me apresuré a comprar una pieza de queso Paglierino y me marché; no era cuestión de alargar innecesariamente aquella embarazosa situación.

Ésta y otras experiencias similares me convencieron de que el método de la entrevista directa no era el más adecuado para obtener información sobre mi objeto de estudio. Comprendí, también, que para llegar más alto era preciso proceder a través de un intermediario, por lo que no pude sino agradecerle enormemente a un querido amigo que intercediese en mi favor ante el alcalde de la ciudad. Gracias a las gestiones de aquél, fui autorizado a rebuscar entre los restos del fondo de la biblioteca que aún se conservan. Más tarde me entrevistaría con personas menos directamente relacionadas con la institución para ampliar mi investigación.

* * *

Para llegar al sótano donde se amontonan los manuscritos que sobrevivieron a la incineración, uno debe antes superar un obstáculo consistente en dos guardias municipales, extremadamente desconfiados, para quienes no entra en cabeza humana que alguien pueda tener interés en consultar un material que prácticamente se deshace en las manos. Ignoro quién los pondría allí y por qué razón, si su cometido es sólo custodiar los restos de la biblioteca o si hay algo más que deben vigilar. Lo que sí puedo decir es que cuando llamé a esa puerta, el guardia que vino a abrirme parecía haber emergido de un océano de letargo;

de su compañero se habría dicho que formaba un solo cuerpo con su silla. Sin embargo, en cuanto les informé del motivo de mi visita…, ¡por Dios!, fue como si una descarga eléctrica hubiera eliminado de repente todo rastro de sopor de sus cuerpos. El brusco e inesperado recordatorio de su función pública los galvanizó con un frenesí burocrático que es raro hallar en quienes desempeñan cometidos semejantes. Se pasaron el uno al otro mi autorización escrita al menos cinco veces, la miraron a contraluz, manosearon incansablemente mi documentación… Además, ¿por qué quería yo bajar al almacén? ¿Y qué esperaba encontrar allí? Pero ¿era realmente aquélla la firma del alcalde? ¿Sabía yo, acaso, que era el primero en hacer semejante petición?

—Está bien… ¡Adelante, baje usted! —me dijeron de repente, después de entregarme una llave grande y oxidada que habían descolgado de un clavo en la pared. La tomé, asombrado por aquel repentino cambio de postura… —.Ande, vamos, ¿a qué espera? Sólo tiene que bajar por esa escalera y abrir la primera puerta que encuentre. —Señalaron con sus pulgares una escalera helicoidal que, a unos pocos pasos de su escritorio, se hundía enroscándose en el suelo y, sin decir una palabra más, se dejaron caer en sus respectivas sillas.

Antes de dirigirme al almacén, había tenido la previsión de equiparme con un par de guantes viejos, una linterna con pilas nuevas y unas buenas tijeras, pues supuse que encontraría mucho polvo, mucha oscuridad y muchos cordeles que cortar. A decir verdad, no encontré oscuridad —el sótano estaba iluminado con tubos fluorescentes—; el resto, sin embargo, superaba mis peores expectativas. Allí abajo flotaba un insoportable hedor a moho y descomposición. El material manuscrito superviviente se hallaba reunido en una sola pila que, prácticamente, ocupaba toda la sala. Me estremecí al pensar que aquella enorme masa de papel usado representaba sólo una pequeña fracción de lo que en su día fue la biblioteca. Me acordé de la biblioteca de Alejandría y la nada absoluta que había escapado al incendio que la destruyó. En el caso de *nuestra* biblioteca, el destino abrasador había decidido hacer una excepción con algunas de las obras allí conservadas. Pero «¿en nombre de qué?», me preguntaba. No hace falta decir que no tenía ni idea de por dónde empezar mi búsqueda. Por otra parte, existía el riesgo de que la montaña se me viniera encima y quedara sepultado bajo cientos de atados de papeles viejos. Hundí la diestra en un hueco abierto en la pila y, sosteniendo con mi antebrazo izquierdo la inestable pared de aquel ruinoso edificio, agarré algunas cosas y tiré lo suficientemente fuerte de ellas para sacarlas a la luz. Se trataba de un rollo de papeles manuscritos atado con un cordel y un par de cuadernos. Los golpeé contra mis rodillas para quitarles el polvo, y la nube resultante me hizo estornudar. Yo había visitado la biblioteca unas cuantas veces durante el año de su nacimiento y desarrollo y, por tanto, estaba familiarizado con el espíritu de aquellos manuscritos; aun así, disfruté de aquella oportunidad que se me brindaba de refrescar mi memoria. El manuscrito constaba de un centenar de hojas enrolladas y atadas que separé inmediatamente con mis tijeras; uno de los cuadernos tenía las tapas de color verde, las del otro eran

negras. Cada uno de ellos llevaba adherido un tejuelo con su código de ubicación. Faltaban, naturalmente, los nombres y apellidos de los autores, lo cual formaba parte de las «reglas del juego». Si un socio-lector deseaba conocer la identidad de un autor concreto, podía solicitársela al personal de la biblioteca, que se la entregaba previo pago de la tarifa establecida. A tal efecto eran cuidadosamente registrados y archivados el nombre y la dirección de cada uno de los autores. La redactora de las hojas manuscritas y enrolladas decía llamarse Evelina, y aseguraba seguir siendo una mujer atractiva a pesar de haber pasado ya de los 40. Se lamentaba de haber alcanzado el climaterio demasiado pronto, lo cual había provocado ciertas desviaciones en sus instintos naturales. Buscaba a alguien que la entendiera y la ayudara, ya que su marido se negaba a complacer sus nuevas exigencias. Éste, además, se dedicaba entonces a perseguir jovencitas. Lo que esta mujer anhelaba era que un hombre joven la ayudara a defecar con sus propias manos…

«Estoy muy estreñida —había escrito ella—, hay días que siento la barriga a punto de estallar, y lloro porque ello me recuerda lo mucho que sufrí durante mi embarazo: ¡Me sentía tan pesada entonces! Hasta que un buen día llegó un señor vestido de blanco y con guantes de látex que me ayudó a liberarme de mi carga; se lo agradecí enormemente, a pesar de que el bebé nació muerto. Ahora podría expresar idéntica gratitud de muchas maneras si alguien viniera en mi ayuda. Se lo pagaría con besos y dinero en efectivo. Hace unos meses gané un buen pellizco en la lotería y tengo un montón de billetes guardados en el banco; éstos también tienen ganas de salir de ese agujero. Estoy dispuesta a dar y dar y dar…».

Seguían páginas y más páginas en las que Evelina describía sus tormentos y la necesidad en que se hallaba de librarse de ellos. Había un capítulo entero dedicado a sus lecturas de retrete: una densa lista de novelas, periódicos y revistas de moda. Una voracidad lectora, la suya, que no parecía hacerle ascos a nada. Los títulos de algunos libros, sin embargo, estaban subrayados en color rojo. Junto al título de una novela de Liala,[4] verbigracia, encontré el de un tratado de semiología. A continuación venía otro capítulo que contenía descripciones de objetos y cubiertos de plata…

«¿Le gustaría conocerme? —Había escrito ella dirigiéndose al desconocido lector—. No soy, como quizá haya podido usted llegar a pensar, una persona materialista; de hecho, también albergo en mi interior un segundo deseo, pero es tan sublime que no podría explicárselo más que verbalmente, cara a cara. Usted se sentiría orgulloso de mí si supiera de qué se trata. Es un deseo muy puro que brilla con una tenue luz en el fondo de mi ser. ¡Venga y haga que resplandezca para mí! ¡Sólo usted puede hacerlo!».

Hacia el final del manuscrito —que leí a saltos, escogiendo párrafos al azar—, Evelina trataba de explicar cuanto había experimentado después de escribirlo: aquel ejercicio de estriptis espiritual ante un público potencial de lectores desconocidos le había dejado una sensación de vacío absoluto, de sequedad en el cauce de su río interior; la certeza, en fin, de que ya no quedaba nada que

rascar en el fondo. Lo que entonces tenía era sed y muchas ganas de dormir: «Pero ¿sed de qué? —se preguntaba—. Y dormir… ¿para soñar con qué?».

Me acordé de la señorita Bergesio y de lo que me había contado sobre el lago seco que obsesionaba a su hermano y los bajorrelieves semienterrados en su lecho. Asimismo, me pregunté si aquella mujer, como Giovanni Bergesio, habría acabado convertida en pulpa sanguinolenta en alguna avenida de la ciudad. Una pregunta puramente teórica, pues Evelina era sin duda un seudónimo, y los datos de los autores que se guardaban en el archivo de la biblioteca ya no existían. Cabría suponerse que ella, mientras deambulaba medio desnuda por las calles empujada por el insomnio, también había oído pasos a su espalda y se había vuelto para ver de quién se trataba… sin que le sorprendiera descubrir su identidad; tal vez un «¡oh!» de asombro, un último reflejo automático de vitalidad antes de que incluso esta brasa se extinguiera. Y que, al igual que a Bergesio, una manaza como un tornillo de banco la había agarrado por un tobillo y volteado en el aire para golpearla luego contra el asfalto, un tronco de árbol o la carrocería de un vehículo aparcado. O, si es que no se encontraba entre los primeros insomnes asesinados, servirse de ella como un garrote para…

El tono de las confesiones incluidas en los dos cuadernos era bastante más mesurado. El lenguaje también estaba más cuidado, y los sentimientos se expresaban mediante complicadas metáforas. En ambos casos era evidente que el autor necesitaba satisfacer un prurito poético. Una de las confesiones finalizaba con una invectiva contra el despotismo imperante en la industria editorial; cualquiera habría dicho al leerla que el autor se había servido de Alfieri[5] como modelo. Ninguna referencia a lagos secos ni nada parecido. Sólo alguna mención a la pobreza de la imaginación humana y a la falta de iniciativa que afligían a la capital del Piamonte. Y en este punto no se equivocaba. Recuerdo muy bien la atmósfera «de muerte» que se respiraba en Turín en aquella época. El colapso de su industria. El éxodo de inmigrantes hacia sus regiones de origen, donde al menos estarían a salvo de la terrible sequía que afectaba a todo el arco alpino. Los trenes abarrotados que salían de la estación de Porta Nuova se dirigían al sur del país y regresaban a la ciudad medio vacíos. Y todos los días nuevos convoyes, nuevas partidas… Encontrarnos, casi de la noche a la mañana, sumidos de nuevo en un ambiente de pureza autóctona —una eventualidad que no pocos naturales del lugar habían esperado con un rancio espíritu provinciano— había provocado una sensación general de desconcierto. «¡Oh! ¡Mirad lo que tenemos aquí! ¡Volvemos a estar sólo nosotros, los turineses, para levantar esto con la ayuda de Dios!». Sin embargo, quienesquiera que profiriesen tales exclamaciones raramente hallaban gente dispuesta a compartir su entusiasmo. Más a menudo se les veía encogidos o se mostraban esquivos y avergonzados, como sucede cuando te encuentras con un amigo al que no ves desde hace décadas y al que el tiempo ha cubierto de arrugas y canas. Aunque la población inmigrante nos había dejado en prenda a sus elementos…, digamos…, descarriados, unos

cuantos ladronzuelos, proxenetas y delincuentes empedernidos no bastaban para cubrir todas las vacantes existentes.

Las autoridades municipales, al menos algunas de ellas, tenían una idea bastante precisa de lo que empezaba a ocurrir y aun de lo que habría de venir. Con todo, ¿de qué podía servir la buena voluntad de unos pocos —se preguntaban algunos— frente a un fenómeno de naturaleza tal que, ciertamente, no podía combatirse con medidas superficiales? ¡Era preciso crear «centros de agregación comunitaria», y hacerlo inmediatamente! Era preciso impedir que nuevas formas de «alienación psicológica» vinieran a sustituir a las antiguas. ¡Era preciso extender la acción preventiva a toda el área metropolitana!… Era preciso, era preciso, era preciso… ¡Cuántos artículos y documentos oficiales, llenos de buenas intenciones culturales y sociales, se redactaron en aquellos días! ¡Cuántas octavillas y hojas volantes mimeografiadas se distribuyeron en las juntas vecinales!… Y, sin embargo, los únicos «lugares de reunión ciudadana» que aún seguían funcionando, al menos hasta cierto punto, eran determinados clubes frecuentados principalmente por gente anciana; todas ellas, además, instituciones con una larguísima historia como la Famiglia Torinese, el Circolo della Stampa, el Circolo degli Artisti… Pero quien haya visitado alguno de estos locales para comprobar por sí mismo si era correcto considerarlos una excepción, seguramente no habrá olvidado la niebla de humo más allá de la cual apenas eran visibles los tapetes de las mesas de billar, los jugadores de *bridge* sentados como estatuas a sus mesas y las enormes arañas de cristal opacado por el tiempo, ¡ni, sobre todo, ese silencio indescriptible; ese indecible silencio que flotaba como una maldición en el aire viciado! De cuando en cuando, alguna jugadora de *bridge* rompía un silencio de horas para, verbigracia, acusar a otra de haberla llamado cariátide.[6]

—¿Yo la he llamado cariátide? —preguntaba la acusada.

—Sí, me ha llamado cariátide —respondía la primera—; usted, mi querida amiga, sí que es una auténtica cariátide.

—Ah, de modo que soy una auténtica cariátide.

—Pues claro, siempre hemos sabido que son ustedes un par de cariátides —intervenía un tercer jugador.

—Tendrá su merecido por llamarnos cariátides…

Y de nuevo se hacía un silencio que sólo las toses y los carraspeos parecían tener derecho a romper ocasionalmente.

No era de extrañar, pues, que una institución como la biblioteca encontrase en Turín terreno abonado para arraigar y prosperar. Se presentaba a sí misma como una buena causa, creada específicamente para animar a la gente a salir de su ensimismamiento y abrirse a los demás. Sus creadores eran poco más que adolescentes: jóvenes sanos, pulcramente peinados y arreglados, sin rastro de vello en sus rostros siempre sonrosados y sonrientes. Parecían haber nacido especialmente para infundir confianza a la gente. ¿Y quién no confiaría en un joven simpático y elocuente que llama a tu puerta y te invita amablemente a

conversar con él de esto y aquello, del sentido de la vida, de la miseria y el sufrimiento que campan a sus anchas en el mundo? Es cierto: se rumoreaba que detrás de ellos actuaban fuerzas oscuras, organismos nacionales e internacionales deseosos de resarcirse de ciertas derrotas sufridas recientemente; pero ¿quién podía creer semejantes rumores delante de aquellos jovencitos educados que siempre te miraban a los ojos y te tendían amigablemente la mano?

Sus amenas exposiciones terminaban, invariablemente, con una humilde invitación verbal a colaborar en la fundación de una «biblioteca». Ésta, que sería instalada en un pabellón del Cottolengo[7] cedido por las Hermanas Servidoras de Jesús, dispondría de un espacio lo suficientemente grande para albergar estanterías y una cómoda sala de lectura.

—¿Y cómo podría yo colaborar? —preguntaba el invitado sin disimular su asombro ante la propuesta.

—Bueno, tú… —preferían el tuteo al tratamiento de «usted» porque consideraban que éste implica distanciamiento— puedes colaborar asistiendo a ella para leer o trayendo tus propios manuscritos, que serán registrados y archivados y pasarán a formar parte del material de lectura de la biblioteca. No nos interesan los libros ni el papel impreso; hay demasiada ficción y afectación en la literatura de hoy, incluso cuando se nos vende como espontánea y popular… Buscamos documentos auténticos, sencillos y naturales que reflejen la verdadera alma de las personas; textos que, en definitiva, traten temas de verdadero interés popular… ¿Será posible que nunca hayas escrito un diario, una confesión íntima, una reflexión sobre algún problema que te inquiete o aflija?

—¡Vaya!, ahora que lo mencionas, creo que sí tengo escrito algo así.

—¡Magnífico!, ¿por qué no nos lo traes? A buen seguro algún otro socio lo cogerá, lo leerá y se interesará por tus problemas… Nos aseguraremos de ponerlo en contacto contigo y os haréis amigos, os sentiréis más libres. Es algo importante eso que pretendemos hacer, pues hoy en día la comunicación entre la gente real se ha convertido en algo muy difícil.

El aspecto económico de la colaboración no era tan leonino que pudiera disuadir a quienes estaban dispuestos a colaborar en la empresa: trescientas liras por el derecho a leer los manuscritos, seiscientas por conocer el nombre y la dirección de un autor, tres mil por la aceptación de un manuscrito. La totalidad de los ingresos obtenidos se destinaría al beneficio de los desafortunados huéspedes de la Pequeña Casa de la Divina Providencia.

—Como ves, también se trata de una obra de caridad. Se necesitan fondos para mejorar la atención a los pacientes acogidos por la institución; la Divina Providencia no es un ente abstracto como quieren hacernos creer. Sin su ayuda material, quién sabe cuántas víctimas del terremoto[8] seguirían hoy allí, viviendo en tiendas de campaña…

La frescura que emanaba de aquellos jóvenes, su contagioso entusiasmo y el hecho de que se mostraran tan activos a pesar de la desfavorable situación

histórica eran elementos que llegaban directamente al corazón de la gente…

—¿Y cuándo empezará a funcionar? —acababa uno preguntándoles.

—De momento sólo abrimos los domingos —respondía el sonriente jovencito —, pero en cuanto la iniciativa tome forma, tenemos previsto mantenerla abierta todos los días.

No es difícil imaginar lo que ocurrió en algunos de los hogares donde la propuesta de aquellos admirables jóvenes fue recibida favorablemente: familias enteras —cada miembro por separado y, a menudo, sin el conocimiento de los demás— se lanzaron a revolver trastos en sus sótanos y desvanes en busca de abandonados manuscritos. Esfuerzos que, en no pocos casos, se vieron recompensados con el descubrimiento de un viejo cuaderno de hojas amarillentas, repleto de recuerdos erosionados, que nada más aparecer recobraba una vida que nadie habría sospechado que poseyera; luego vendrían la frenética relectura de aquél por parte de quien lo escribió y la constatación de la cantidad de cosas que habían sucedido desde que se hiciera la última anotación… De ahí la necesidad de actualizarlo, de comprar cuadernos nuevos para añadir experiencias más recientes. Lo que aquellos jóvenes demandaban eran «documentos auténticos», de modo que las cuestiones de arte o forma eran irrelevantes. La pluma podía fluir libremente siguiendo lo que le dictaba el espíritu. ¡Y qué difícil era detenerse una vez que se había empezado a escribir! La perspectiva de «ser leído por otros» flotaba tentadoramente en la distancia como un espejismo fascinante. Un espejismo «real», sin embargo, como «real» era cuanto se ponía por escrito. «Yo me entregaré a ti y tú te entregarás a mí»: sobre esta base tan humana se realizaría el futuro intercambio. Quienes por pudor o pereza se resistiesen a escribir, siempre podrían reservarse el derecho de hacerlo más adelante, después de haber leído en la sala lo que sus conciudadanos habían decidido confiarle. Y si el peso de la soledad se hacía insoportable, la salida estaría bien indicada: «¿Quién es el autor del manuscrito catalogado con el código de referencia "Xxx-yyy"?». El joven y diligente voluntario que en ese momento estuviera a cargo de la biblioteca informaría de ello al interesado y, por fin, se abriría la posibilidad de establecer una «relación epistolar».

* * *

Permanecí hasta bien entrada la noche rebuscando entre aquellos manuscritos. Ya hacía rato que, en el piso de arriba, los guardias habían empezado a bostezar y mostrar signos de inquietud cuando uno de ellos decidió bajar y preguntarme si me quedaría allí mucho más tiempo. En ese momento tenía en mis manos un legajo en el que un hombre de 70 años, al final de una larga confesión a corazón abierto, le confiaba a sus lectores su deseo de poseer a una mujer virgen de 18 años, la edad que a la sazón tenía su nieta. Leí en voz alta algunos arrebatados pasajes: «Querida mía, mi pequeña y adorable criatura; quizá no sepas que, a pesar de mi edad, mantengo mi cuerpo sano y vigoroso y mi mente activa. Todas las tardes, a las seis en punto, voy al parque Leopardi y

me siento en ese banco que hay junto a los setos de mirto. Sé que tarde o temprano acabarás leyendo lo que he escrito y aceptando mi invitación. Me reconocerás por el libro que estaré leyendo: *Corazón,* de Edmondo de Amicis. ¡Mi corazoncito es todo para ti! Ven a mí, pequeña mía…». Oí la hueca carcajada del guardia y devolví el legajo a la pila.

* * *

La sombría naturaleza del lugar que albergaba la biblioteca[9] había demostrado ser un elemento atractivo incluso para personas que, en realidad, no tenían ningún deseo de «comunicación humana regular». Recuerdo el caso de un hombre aparentemente normal en todos los aspectos —en su forma de expresarse, de razonar, en el ejercicio de su profesión— que, no obstante, divergía de esta «normalidad» en un detalle: su inexplicable necesidad de llenar miles de hojas con expresiones sin sentido y minuciosamente escritas; palabras inventadas, fonemas que sonaban como lamentos, exclamaciones que se sucedían como desesperados gritos de ira, angustia y dolor; frases inconexas o súplicas dirigidas a Dios sabía quién… Y todo lo escrito se hallaba tan bien organizado en su memoria que nadie en su hogar podía mover un solo papel de las pilas que iban creciendo sin descanso día a día. La ausencia o el cambio de posición de una sola hoja —detectadas inmediatamente por sus antenas ultrasensibles— bastaban para desatar su furia. ¿Cómo podría un sujeto así no haber considerado la biblioteca como un refugio ideal para su obra?… Por otra parte, los bibliotecarios aceptaban encantados cualquier pieza que se les ofreciese, ya se tratase de obras exageradamente escuetas o innecesariamente infladas. De unas y otras, a veces, se desprendía una ingenuidad impensable en un mundo dominado por personas astutas y marrulleras. Al menos teóricamente, no habría sido imposible dar accidentalmente con una obra maestra, pero siendo todas tan poco diferentes del resto como un grano de arena de otro, nadie hubiera podido reconocerla a simple vista. Había manuscritos cuyas primeras cien páginas no revelaban nada anómalo, pero que a partir de ahí arrastraban progresivamente al lector a insondables abismos de locura; o que, aparentando ser completamente normales en todo al principio y al final, escondían en su interior aterradoras visiones de depravación humana. Otros, en cambio, parecían enteramente concebidos y ejecutados con un espíritu de pura maldad: páginas y páginas, verbigracia, sólo para recordarle a una pobre anciana, viuda y sin hijos por añadidura, que tenía la piel del color de los limones secos y la columna vertebral retorcida como un sarmiento; cosas que ella, por otro lado, tenía siempre bien presentes… La casuística era casi infinita y poseía la variedad y, al mismo tiempo, la miseria de esas cosas que no pueden encontrar armonía con la creación, pero que, no obstante, existen y necesitan que alguien las observe y reconozca, siquiera, que fue un semejante quien las concibió.

* * *

Cuando por fin salí del almacén, sentía el estómago revuelto y la cabeza me daba vueltas. Entregué la llave a los guardias y abandoné el lugar con la cabeza gacha, cometiendo incluso la grosería de no dejar propina; quizá por eso cerraron la puerta de un golpe a mi espalda. Mi investigación no había hecho más que empezar, y mis ideas eran aún muy confusas… ¿Quién sabía si algún día podría volver a ver al abogado Segre para mostrarle alguno de esos «interesantes resultados» que, según me dijo, le complacería conocer?

Notas

4. Seudónimo de la célebre escritora italiana de novela rosa Amalia Liana Negretti Odescalchi (1897-1995).
5. Vittorio Amedeo Alfieri (1749-1803), poeta y dramaturgo italiano, se distinguió por su denuncia pública de la tiranía y de cuanto pudiera impedir la «libertad ideal».
6. Además de para designar una estatua de mujer que hace función de columna, la palabra cariátide se emplea en italiano para referirse a una persona que, en sociedad, se muestra taciturna y apática. Una de las muchas referencias a la estatuaria antropomorfa que salpican el texto.
7. La Piccola Casa della Divina Provvidenza, conocida también como Cottolengo, es una institución benéfica, fundada por san Giuseppe Benedetto Cottolengo en 1832, que acoge a personas con discapacidad física o mental; está gestionada por las monjas de la Congregación de Hermanas Servidoras de Jesús.
8. En la región de Piamonte se producen una media de 4500 terremotos al año.
9. En su posfacio a *Le venti giornate di Torino: inchiesta di fine secolo* (Frassinelli, 2017), Giovanni Arduino escribe al respecto: «En Turín siempre ha circulado una leyenda urbana, según la cual algunos de sus pabellones albergan seres humanos deformes y dementes, monstruosidades humanas demasiado aterradoras para ser contempladas por la gente corriente».

IV. La segunda víctima

En un número del semanario alemán *Der Spiegel,* con fecha del 15 de julio de hace diez años, aparece un breve artículo digno de ser considerado aquí. Se trata de una entrevista a un matrimonio que, procedente de Stuttgart, se encontraba de paso en Turín la noche del 3 de julio. El tono del artículo es serio sólo a medias; el propio entrevistador demuestra que no le da demasiado crédito a las palabras de la pareja. Rudholf y Ruth Förster, como decían llamarse los dos turistas, habían pasado la tarde en la Galleria Sabauda y el Museo Egipcio de Turín. Después de cenar frugalmente en una pizzería del centro regresaron al hotel Sitea, en la calle Carlo Alberto, y a las 21:30 estaban ya metidos en la cama. Pensaban levantarse muy temprano al día siguiente para llegar a Florencia a lo largo de la mañana.[10] Aún tenían frescas en la mente las imágenes de las momias y las estatuas de basalto del museo… Sobre todo las de las momias; Ruth no había visto ninguna hasta entonces. Le dijo al periodista que se había negado a entrar con su marido en un asador porque la visión de un pollo asado en un espetón le recordaba demasiado a los miembros momificados de un escriba conservado en una vitrina de vidrio.

Una serie de extraños y molestos ruidos en el hotel durante la noche les habían impedido conciliar el sueño: puertas que se abrían y volvían a cerrarse, gente arrastrando los pies por el pasillo, ascensores funcionando constantemente… Rudholf entreabrió la puerta, asomó la cabeza al hueco y vio a un hombre caminando en pijama al que reconoció como uno de los recepcionistas del hotel; tenía las mejillas hundidas y los ojos rodeados por un halo azulado, llevaba las manos agarradas a la espalda y, al tiempo que estiraba el tronco, emitía unos sonidos similares a mugidos que bien podrían haber significado: «¡Dios mío, ojalá pudiera dormir!». Y, con todo, no era el único que andaba por el corredor; había cuatro o cinco personas más entre hombres y mujeres, aparentemente todos lugareños —tal vez también empleados del hotel—, y todos presa de idéntica excitación febril. Una mujer bajaba las escaleras vestida, era un decir, con un camisón transparente muy corto.

Animada por el entrevistador a continuar su relato, Ruth se expresó de la siguiente manera:

—Rudholf y yo nos asomamos entonces a la ventana para ver qué ocurría en la calle, y allí también advertimos un extraño bullir de gente similar al que puede verse en los pasillos de los hospitales o en el patio de las cárceles durante el paseo; todo el mundo con la misma expresión de melancólica resignación pintada en el rostro. La mayoría de los noctámbulos llevaba ropa de dormir, pero entre éstos los había, asimismo, vestidos de diario, aunque sus prendas se hallaban en un estado tan lamentable que casi no se les podía distinguir de los

demás. Reinaba entre ellos una uniformidad que le helaba a una la sangre… ¡Y hacía tanto calor! Rudholf y yo estábamos empapados de sudor. Un grifo del baño goteaba monótonamente. «Señor Förster, si yo estuviera en sus zapatos —le dije a mi marido—, me largaría de aquí cuanto antes». «Yo también lo haría, señora Förster, si estuviera en los suyos», respondió él. Llegados a esta conclusión, no tuvimos más que vestirnos, meterlo todo en las maletas y salir pitando hacia la plaza Carlo Felice, donde habíamos aparcado el coche.

—¿Y fue en la plaza Carlo Felice donde vieron esa cosa?

—La plaza Carlo Felice —intervino Rudholf— parecía ser el punto de encuentro de aquellos melancólicos noctívagos. Se habían formado grupitos aquí y allá, pero no tardaban mucho en deshacerse, como si sus componentes no tuvieran nada que comunicarse entre sí. Tan pronto como un grupo se disolvía, uno nuevo aparecía en otro punto de la plaza… sólo para disgregarse al poco a su vez. Era una especie de movimiento ondulatorio, no se me ocurre otra manera de describirlo…

»También tuve una vaga sensación de peligro. Cuando al fin llegamos a nuestro coche, que se hallaba estacionado junto a los soportales del lado opuesto de la plaza —una plaza preciosa y bien iluminada, con árboles frondosos y una fuente ornamental con un enorme surtidor de agua en el centro—, aún nos duraba la sensación de repugnancia que habíamos experimentado mientras nos abríamos paso, lo más delicadamente que podíamos, entre aquella multitud que parecía haberse atiborrado de Valium o sabe Dios qué clase de sedante.

»Resignados, no obstante, a seguir las indicaciones de la señalización vial, nos dispusimos a dar toda la vuelta a la plaza para salir de ella; una empresa de lo más fastidiosa con todos aquellos vagabundos interponiéndose en nuestro camino… Ya casi habíamos completado media vuelta cuando, justo delante de nosotros, vimos surgir de la oscuridad de los soportales un personaje sorprendente e inverosímil… ¿No es cierto, Ruth?… Era un ser antropomorfo de color gris y apariencia maciza, con una expresión severa y una forma de moverse algo marcial. Pisé a fondo el freno para evitar que se nos echase encima, y ello, lo que quiera que fuese, pasó de largo sin detenerse ni dirigirnos una sola mirada. Oímos resonar sus pesados pasos, y el sonido nos recordó el de los cascos de un caballo; eran pasos vigorosos y decididos que contrastaban con ese andar arrastrando los pies de los noctámbulos que deambulaban por la plaza. Más que miedo, fue incredulidad lo que nos provocó la indiferencia con la que ese extraño personaje fue recibido por aquellos vagabundos… Cualquiera habría dicho que lo hubieran estado esperando, que se habían reunido en aquel lugar sólo para verle llegar. ¡Oh, no es que fueran a su encuentro y lo agasajaran! En realidad, nadie parecía prestarle atención, y sin embargo…, sin embargo…

—Y usted, señora Förster, ¿qué tiene que decir al respecto?

—Bueno, he de admitir que en ese momento empecé a asustarme. Lo que más me impresionó fue la metamorfosis que estaba sufriendo aquel ser, el cual

parecía volverse más ágil en sus movimientos a medida que avanzaba. Iba agarrándose al aire como si cazara moscas…, y lo hacía sin dejar de aproximarse inexorablemente a un grupo de noctívagos, pasando por encima de los bancos, pisoteando parterres de flores… Y, sin embargo, aquellos pasmarotes en pijama, en lugar de tratar de ponerse a salvo, le miraban sin pestañear, como si hubieran sido hipnotizados… En eso, de repente, una de ellos fue agarrada por unas manazas grises…

—¿Y qué ocurrió entonces?

—¡Ah! Como imaginará, aquél no era un espectáculo del que deseáramos conocer el final. Insté a mi marido a pisar el acelerador y, esquivando a los vagabundos como si participáramos en una yincana demencial, tomamos por la primera calle que vimos y nos dirigimos a las Colline Torinesi. Ni se me ocurrió volverme a mirar. ¡Había tenido suficientes emociones para jurarme a mí misma que jamás volvería a Turín!

Así terminaba la entrevista a los señores Förster. En la madrugada del 3 de julio, la misma en que el matrimonio alemán abandonó Turín, una mujer de 37 años, Rosaura Marchetti, fue asesinada en la plaza Carlo Felice de una forma que recordaba mucho el asesinato de Bergesio. También ella tenía el rostro machacado, un feo cardenal alrededor de un tobillo y hematomas a la altura de la cintura. Dos grandes manos dotadas de una fuerza extraordinaria debieron de asirla por encima de las caderas y lanzarla hacia arriba como una pelota; lo suficientemente alto para ser agarrada al vuelo por un tobillo y hacerla girar en el aire: un espeluznante molinete que acabó con la pobre mujer volando hasta impactar mortalmente contra un cuerpo sólido. Cabe señalar que el «cuerpo sólido» contra el que se estampó la señora Marchetti era esta vez un monumento: el monumento homenaje al autor de *Corazón,* Edmondo de Amicis. Quienes acudieron a la plaza Carlo Felice la mañana del 3 de julio para contemplar la «escena del crimen» recordarán el rostro bigotudo del escritor piamontés, el cual sobresale de una losa de mármol, aún embadurnado de sangre y masa encefálica; la sangre de la víctima se había esparcido con suficiente fuerza para salpicar a los niños representados en los bajorrelieves y los pies desnudos de la musa colocada en lo alto del monumento. El atroz asesinato de la señora Marchetti tuvo quizá más repercusión en la prensa nacional y local que el de Bergesio. Inmediatamente se advirtió la similitud entre ambos crímenes: «Un peligroso energúmeno, un loco furioso, deambula por las noches para ensañarse con aquellos de nuestros pobres conciudadanos que pasean para aliviar su insomnio…». Pero ¿de quién podría tratarse? ¿De qué frenopático se habría escapado? En ningún manicomio de Turín ni de ninguna otra ciudad italiana se había registrado nunca una fuga de un paciente interno. Por lo tanto, sólo podía tratarse de un caso de locura súbita, lo que ciertamente no facilitaba la tarea de los investigadores. ¡Qué conmovedor artículo apareció en las páginas de *La Stampa* para expresar el horror y la indignación colectivos que había suscitado el horrible suceso! ¡El despiadado asesino había afrentado irreparablemente el

mundo de la infancia al elegir precisamente aquel monumento, aquel símbolo de bondad e inocencia, para dar rienda suelta a su furia homicida! Un individuo desalmado contra el que se exigía una acción rápida y enérgica, seguida de un castigo ejemplar.

Lamentablemente, los obstáculos que se interponían en el camino de la justicia resultaron ser más complejos aún de lo esperado. La autopsia había atribuido la muerte de la víctima a un aplastamiento de su cerebro, pero era la dinámica del asesinato, única en los anales del crimen, la que planteaba preguntas inquietantes: ¿a quién podrían pertenecer las huellas de enormes dedos presentes a la altura de la pelvis y en un tobillo de la mujer asesinada? ¿Quién podría haber dejado unas pisadas tan profundas en los macizos de flores del parque y en el asfalto de la calzada? ¡La razón humana retrocedía ante aquellos desconcertantes indicios!

Quedaba asimismo por investigar la vida privada de la víctima, pero la señora Marchetti resultó ser una tranquila ama de casa, casada y con dos hijos, a la sazón de vacaciones en un albergue juvenil en Lausana. Nunca se le había conocido una aventura extramatrimonial, y su marido, un importante industrial del sector lácteo, no necesitaba en absoluto la pequeña cantidad de bienes que recibiría como herencia por la muerte de su esposa. Por lo tanto, era evidente que en el caso no subyacía ningún drama doméstico ni existía móvil económico. Es cierto que, de forma inopinada, se había presentado un individuo afirmando poseer información desconocida y muy delicada sobre la mujer asesinada; aquél decía haber leído en la biblioteca uno de los «diarios» de ésta en el que se recogían confesiones aterradoras. «¡En mi opinión, merecía morir de la forma en que lo hizo!», llegó a decir el espontáneo informante. Sin embargo, instado por el comisario encargado del caso a exponer cuanto sabía al respecto, el hombre no hizo más que encogerse de hombros y mascullar frases incoherentes. Resultaba obvio que la combinación del insomnio y el calor se hallaba detrás de la intromisión de aquel sujeto en el caso; por otra parte, su corta estatura no guardaba relación alguna con la gran altura que se le presumía al misterioso asesino.

Pero el obstáculo más grave al que se enfrentaron los investigadores se presentó a la hora de obtener los testimonios de aquellos que, en buena lógica, debían de haber presenciado el asesinato de la señora Marchetti. Resultó que quienes se hallaban en la plaza Carlo Felice la noche de autos no fueron menos parcos en palabras que los que deambulaban por la avenida Stati Uniti cuando Bergesio halló la muerte allí. De nada sirvieron las amenazas de arrestar a todo aquel que, teniendo alguna información al respecto, se resistiese a declarar. La mayoría de quienes se encontraban allí en el momento del crimen afirmaban no haber visto nada; y para quienes sí lo habían hecho, la visión de la carnicería fue algo demasiado confuso. Naturalmente, había que tener en cuenta la falta de sueño que nublaba la vista, la memoria empañada por el cansancio y la despreocupación por la realidad circundante en la que vivían los afectados por el insomnio… Mientras los investigadores hubieron de vérselas

con ciudadanos corrientes, la presión legal siguió siendo el método favorito de la justicia para obtener declaraciones de éstos; ahora bien, cuando entre los testigos presenciales empezaron a aparecer miembros de las fuerzas del orden y la judicatura —y hasta el propio presidente del Tribunal de Apelación, según se decía—, sin que aportaran ningún elemento válido a la investigación al ser interrogados, las autoridades se mostraron más cautas a la hora de hacer alarde de su fuerza y condescendieron a emplear la persuasión y los incentivos a fin de obtener alguna pista, por poco fiable que pareciese, que les permitiera iniciar las acciones pertinentes. Se ofreció, verbigracia, una recompensa de treinta millones de liras a quien finalmente se decidiera a hablar, con la garantía de mantener en secreto la identidad del posible informante. No sirvió de nada. El único indicio digno de ser considerado lo constituían los lugares elegidos por el asesino para llevar a cabo sus horrendos crímenes. Tanto la avenida Stati Uniti como la plaza Carlo Felice pertenecían al casco histórico de la ciudad; como más tarde quedaría aún más claro, quienes empleaban semejantes métodos para matar parecían preferir, precisamente, aquellos barrios donde la tradición turinesa hunde más profundamente sus raíces. Y era precisamente allí, en esas zonas concretas, donde se producía la mayor afluencia nocturna de ciudadanos insomnes. ¿Existía acaso alguna conexión entre los dos fenómenos? ¿Podrían los escasos datos recopilados ser de alguna ayuda para quienes investigaban los crímenes?

Notas

10. Son unas cuatro horas de viaje en automóvil.

V. Los milenaristas

Lo que más me atraía del alcalde Bonfante era su fondo de humanidad teñida de tristeza. La importancia del cargo que ocupaba, en lugar de infundirle soberbia o vanidad, parecía haberle desinflado: se habría dicho que el gran peso de la responsabilidad institucional que había asumido acabaría por aplastarlo en cualquier momento. ¡Qué diferencia con el alcalde Ambesi, quien ocupara esa misma poltrona en la época de los «veinte días»! Aquí, un rostro audaz y optimista que transmitía confianza; allí, dos mejillas demacradas cuya palidez olivácea sugería un inextinguible conflicto interior. Bonfante hablaba en voz baja y con tono apagado, como quien permite que largos períodos de dolorosa reflexión precedan a cada una de sus acciones. Cuando no se veía contraído por una mueca amarga, el rostro afilado como el de una comadreja estaba iluminado por una sonrisa dulce e invitadora…

—Tengo entendido que desea usted que le cuente lo que sepa respecto al origen y los fines de la biblioteca… —me dijo él en su despacho del ayuntamiento, en el que había sido amablemente recibido gracias, una vez más, a las gestiones realizadas por mi amigo—. Verá, en aquella época yo era un simple concejal y no me encontraba, como ahora, atado a este escritorio por mis numerosas obligaciones; disponía de tiempo para seguir con mis propios ojos la marcha de la vida urbana y, desde luego, no desdeñé adentrarme en los recovecos de aquella institución, hoy, afortunadamente, bien muerta y enterrada. No creo que la biblioteca hubiera podido pasar del estado de proyecto de no haber hallado un terreno favorable y propicio, una amplia predisposición moral a la que apelar… Pasaremos por alto la tendencia generalizada entre la ciudadanía a confiar sus inquietudes y estados de ánimo a ciertas secciones de determinados periódicos y a ciertos programas radiofónicos de determinadas emisoras… Lo cierto es que de los escaparates de aquellos medios de información se pasó a un subsuelo fangoso, a una fosa séptica donde cada cual podía verter cuanto se le antojara, toda la porquería que acumulaba en su interior. ¿Alguna vez ha visto crecer algo sano o hermoso en una cloaca?

—No, francamente no —reconocí—. Pero ¿no le parece posible que la biblioteca consiguiese, al menos, uno de sus objetivos declarados? ¿El de acercar a las personas?

—¡Oh! Naturalmente que logró objetivos…, ¡y no pocos, por cierto! —exclamó con un estallido de énfasis sarcástico—. ¡Pero ciertamente no ése del que usted habla! Ni siquiera aquellos consultorios sentimentales de los periódicos o confesionarios radiofónicos nocturnos (a los que la biblioteca vendría a desplazar) lograron romper ese círculo de soledad en el que se hallaba confinado cada uno de nuestros conciudadanos. Sólo sirvieron para

crear la ilusión de una relación con el mundo exterior: un miserable mecanismo de evasión del mundo real impulsado por un poder cínico y centralizado, interesado únicamente en mantener a la gente en un estado de perpetuo aislamiento. ¡Los creadores de la biblioteca habían aprendido bien la lección!

Un pesado silencio siguió a aquellas palabras del alcalde. Me pareció que podía leer en su interior y oír crepitar la ira que ardía en su pecho.

—Así pues, ¿no vio nada positivo en esa institución, nada que pueda hacerle decir ahora: «en términos generales fue un fracaso, pero en algunos casos particulares, al menos…»?

—Si se refiere al caso de ciertas personas que, a pesar de todo, lograron conocerse y cultivar una amistad sincera… —respondió Bonfante, inclinándose hacia mí con las palmas de las manos apoyadas en el escritorio—; bueno, admito que es posible que se dieran casos de este tipo. Sin embargo, ¿qué importancia podría tener eso frente a todo lo demás? El típico frecuentador de la biblioteca era un individuo retraído, deseoso de ahondar lo más posible en su propia soledad y agobiar con ella a cuantos le rodeaban. Esto sólo contribuía a hacer cada vez más hermético ese círculo vicioso de sospechas y temores que, por antigua tradición, siempre ha impedido a nuestros conciudadanos abrirse a los demás y comunicarse con ellos. ¿Necesita ejemplos? Pues bien, suponga que un tal señor Rossi se presenta un domingo por la mañana en la Pequeña Casa de la Divina Providencia para leer uno de los manuscritos albergados allí. Después de hacerlo, pregunta a uno de aquellos encantadores jóvenes que tuvieron la idea de fundar aquella institución el nombre y la dirección del autor. Se los proporcionan. ¿Y qué hace entonces el señor Rossi? Se aposta discretamente frente a la casa del autor, digamos el señor Bianchi, y con la paciencia de un sabueso profesional espera a verle salir. ¿Que sale el señor Bianchi? El señor Rossi le sigue, se convierte en su sombra; seguramente ignorando que, a su vez, es objeto de seguimiento por parte de alguien, también socio de la biblioteca, que ha estado leyendo uno de sus «diarios». De este modo fue tejiéndose, lenta e inexorablemente, una red de espionaje mutuo tan insidiosa como inútil… A esas alturas, ningún socio de la biblioteca podía salir de casa, abordar un tranvía o entrar en un lugar público sin sentir al punto clavarse en él una mirada ávida… La de alguien que, haciéndole ver que era conocedor de sus más íntimos secretos, pretendía seguir perforando el yacimiento. Si yo hubiera dejado algunas de mis confesiones íntimas en ese lugar, probablemente también habría perdido el sueño…, y quizá algo más.

—¿Cree entonces que existía una conexión entre el insomnio y la biblioteca?

—Nunca di crédito a quienes atribuían la epidemia de insomnio al calor, a la sequía o a supuestos gases acéticos que enranciaban el aire y hacían que oliese a vinagre. En todo caso, los enranciados éramos nosotros… ¡Cómo! —continuó acaloradamente—: ¿acaso cree usted realmente que las personas somos pozos sin fondo? ¿Que podemos dejar sangrar nuestra alma sin esperar

que tarde o temprano se agote su caudal? Con toda probabilidad, eso es lo que muchos creyeron en aquella época; de lo contrario, habríamos detenido a tiempo esa locura. Pero, por desgracia, optamos por dejar que los vampiros nos chuparan hasta la última gota…, ¡con las terribles consecuencias que todos conocemos!

—Entonces, en su opinión, aquellos horribles crímenes, aquellos *matarifes*…

—Sobre eso prefiero no pronunciarme…; en ese punto hemos de ser especialmente cautelosos. Lo único que puedo decirle es que nuestra ciudad necesita reinventarse. Es una gran ciudad que sufre profundos desequilibrios; con una base productiva gigantesca y monolítica, pero rematada por un vértice atrofiado; con enormes pulmones para respirar, pero dotada de una tráquea muy estrecha que apenas permite el paso del aire. Sólo ahora estamos empezando a rasgar ese asfixiante velo de abstracción e hipocondría funcional en el que, dada nuestra forma de entender la vida urbana, ha venido encarnándose la disociación entre los medios y los fines. Se trata, como comprenderá, de una tarea extremadamente compleja. Llevamos sobre nuestras espaldas un siglo y medio de historia, empezando por el Estatuto Albertino de 1848,[11] que conspira para dar al traste con todas nuestras iniciativas. Las fuerzas oscuras que pretenden impedirnos avanzar se hallan muy lejos de estar derrotadas. Sin embargo, continuamos luchando. Tenemos a nuestro favor el optimismo de la voluntad y una amplia disposición para la imaginación constructiva.

* * *

Las últimas afirmaciones del alcalde Bonfante me habían infundido ánimo. Me dirigía entonces a casa en mi coche, sin prisa, y no podía evitar sentirme como un elemento más de aquella hermosa tarde primaveral, aclarada por una insistente brisa del sudeste. Los edificios, la gente, los árboles…, todo poseía esa claridad coloreada y un poco abstracta que el viento puede darle incluso a las ciudades industriales más grises. Mientras circulaba por la avenida Regina Margherita, contemplaba el inusualmente luminoso paisaje urbano y sentía que de todo ello se desprendía un hálito de alegría y felicidad. En las aceras, los transeúntes caminaban a buen paso, pero también había personas que charlaban animadamente entre sí, gesticulando mucho con las manos. Unas risas infantiles llegaron a mis oídos. Dos mocosos se cruzaron en mi camino en la calzada lateral y se volvieron para hacerme burla; ni corto ni perezoso, repliqué enseñándoles tanta lengua como me fue posible. Uno de ellos cogió un guijarro de la mediana y me lo arrojó al parabrisas; contesté haciendo sonar el claxon a ritmo de marcha. No dejaba de preguntarme qué era lo que me impulsaba a hurgar en un pasado cuyas huellas, probablemente, estaban en proceso de desaparición. ¿No sería preferible hacer causa común con aquellas fuerzas que luchaban por darle un nuevo rostro a la ciudad a perder el tiempo mirando atrás? Si al día siguiente hubiera vuelto a visitar al alcalde Bonfante para pedirle que me confiara una tarea —por humilde que fuera— con la que

contribuir de algún modo al renacimiento de la ciudad, ¿quién sabe cómo habría reaccionado? «Empiece por su barrio —me habría dicho—; acuda a la asociación de vecinos que tenga más cerca, pregunte a su alrededor, consiga información…, verá que hay mucho trabajo por hacer». Tal vez esto fuera más provechoso que intentar sondear los misterios del insomnio y la biblioteca, de aquellos asesinatos increíbles y los gritos que el abogado Segre había creído oír…

A mi izquierda vi alzarse la basílica santuario de María Auxiliadora, con su gran cúpula dorada por el sol poniente. Se hallaba situada al otro lado de la avenida, en una plaza parcialmente oculta al final de una calle, donde se me antojaba el telón de foro de un lejano escenario teatral. Salí de la calzada lateral y me dirigí allí. Esta iglesia había sido uno de los centros de irradiación de propaganda a favor de la biblioteca. Desde la oscuridad de sus ornamentados confesonarios —en las capillas consagradas a san Alfonso, san Felipe y la gran Madre de Dios— se invitaba en voz queda a los feligreses a unirse a los ya numerosos socios de aquélla, «a fin de realizar un acto de devoción al prójimo mediante el sacrificio de la intimidad». Aparqué el automóvil cerca del monumento a don Bosco y entré en el templo. La nave central se hallaba casi vacía; sólo había dos mujeres ancianas arrodilladas ante el altar mayor. En medio de aquel silencio con olor a cera e incienso, donde cada pequeño ruido reverberaba en las pétreas bóvedas, mis pasos sonaban como los de un gigante y advertí en ellos un eco de irreverencia religiosa. Con las manos hundidas en los bolsillos, miré a mi alrededor como si hubiera aparecido de pronto en un mundo completamente ajeno a mi tradición. Cosa curiosa: aunque mi investigación versaba sobre ciertos misterios locales, el «misterio» sobre el que descansa gran parte de nuestra vida nacional me parecía indigno de mi consideración en aquel momento, además de molestarme su empalagosa ostentación. Las dos feligresas arrodilladas en actitud de adoración eran entidades casi insignificantes en comparación con las estatuas de los mártires, las madonas de mármol blanco veteado de azul, los corazones de plata traspasados por lanzas y saetas, los santos de cera yacentes sobre lechos de flores en los sarcófagos de cristal de las capillas laterales… El cuerpo de uno de estos santos, una monja, poseía una inaudita apariencia de vida. Cuando me hube acercado lo suficiente a ella, tuve la impresión de que, en el ínterin, sus vítreos globos oculares se habían vuelto para dirigirme una mirada: una mirada hosca y oblicua.

Salí sin prisa de la iglesia, pasé por delante de la puerta que da a la «capilla de las reliquias» y volví a subir al coche. Me dirigí entonces a la Pequeña Casa de la Divina Providencia. Allí ya nada recordaba a esa época en la que cientos de personas hacían cola a la entrada para cumplir con su piadoso deber como lectores o contribuyentes de material escrito. Al otro lado de los largos y desnudos muros de aspecto carcelario del Cottolengo, la vida había recuperado su antigua normalidad, como si allí nunca hubiese ocurrido nada fuera de lo normal. Sombras inciertas iban y venían tras los cristales esmerilados del

puente que conecta ambas alas del hospital. Aunque las grandes puertas del patio ya se hallaban cerradas, aún podían verse en el exterior algunas monjas con los brazos cargados de sábanas, realizando sus últimas tareas antes de retirarse a sus celdas para pasar la noche. Acudieron a mi memoria esos rumores que circularon por Turín cuando el número de insomnes asesinados empezó a aumentar de forma alarmante. Se decía que el crecimiento anormal de la biblioteca había obligado a las monjas a reducir el espacio destinado a los internos y que éstos vivían hacinados, en unas pocas salas, en horrendas condiciones de insalubridad y promiscuidad; que el último pabellón, donde jamás había penetrado ningún ojo extraño, albergaba a los últimos supervivientes de una raza de gigantes dementes; que éstos eran liberados por la noche y que poco antes del amanecer regresaban apaciguados y cubiertos con la sangre tibia de sus víctimas…

Advirtiendo entonces que los turbios recuerdos de aquella época amenazaban con saturarme la mente, resolví alejarme de aquel lugar y retomar la ruta de la que me había desviado. Al llegar al comienzo de la calle Cigna, donde ésta se abre a una rotonda en la que confluyen varias calles, me llamó la atención una concentración de personas que lucían ropas coloridas y múltiples abalorios; entre ellas destacaba un grupo de chicas y chicos con el cabello y la barba largos y desaliñados, como los que solían verse hacía treinta años, en la época de las «protestas».[12] Sentí curiosidad por ver qué estaban haciendo. Reinaba allí una curiosa atmósfera de sacralidad. Una muchacha sentada en el suelo al estilo indio apoyaba una guitarra en el regazo y cantaba acompañándose con imprecisos acordes; una canción que sonaba como una de esas antiguas letanías. Aparqué el coche en la avenida Valdocco y caminé hasta el lugar. Mezclados con los jóvenes había adultos que también vestían de forma estrafalaria. Una mujer envuelta en un sari color turquesa me saludó con la mano y una amplia sonrisa. Respondí maquinalmente al saludo, y sólo tras una mirada más atenta, cuando ya se había puesto de perfil, reconocí en ella a la hermana de Bergesio. Mientras un joven repartía octavillas a los curiosos, el grueso de los manifestantes formaba un semicírculo ante un monumento rodeado por un jardincito y arrojaba flores sobre la hierba con elásticos gestos de danza. Presté atención a las palabras que la joven cantaba con tono salmódico y capté estos versos:

> Aquí, a la glorieta de la horca,
> regresa la bondadosa figura
> del patrono de los ahorcados[13]
> para recordarnos que la justicia humana
> ha de ir siempre acompañada
> de la caridad de Cristo.

El significado de aquella especie de ritual me resultaba oscuro. Un anciano de aspecto patriarcal, vestido con una túnica de arpillera, alzaba los brazos hacia el monumento como instando a los transeúntes a contemplarlo. De vez en

cuando inclinaba la cabeza y juntaba las manos en un gesto de profunda devoción. Se trataba del monumento al padre Cafasso, representado mientras consolaba a un reo de muerte que, con el rostro desencajado y las rodillas dobladas, parecía de todo menos tranquilizado por sus palabras.

La muchacha seguía salmodiando:

> … Como un puente ideal entre la cúpula de la Consolación y la de la Auxiliadora,[14] brillan las figuras de los santos Cottolengo, don Bosco y don Cafasso, que dieron fama al nombre de Turín en todo el mundo.

Acepté una octavilla y me puse de nuevo en camino, esta vez decidido a llegar a mi domicilio sin hacer más paradas. La ceremonia o lo que fuera que acababa de presenciar me había llenado de dudas. Me resistía a creer que en el centro de aquellas piadosas atenciones se hallara la «figura histórica» del patrono de los ahorcados. Éstas, más bien, parecían dirigidas al «monumento en sí mismo». Mientras conducía agarrando el volante con una mano, ojeé la octavilla que sujetaba en la otra. Estaba impresa por los milenaristas. Contenía exhortaciones y advertencias redactadas en italiano, francés y español. Entre los pecados capitales, además de la sensualidad y la impiedad, figuraba el desinterés por todo aquello que aun siendo imperceptible a los sentidos exige nuestra máxima atención.

«¡Manteneos alerta! —podía leerse entre otras cosas—. ¡Si no os arrepentís, si no dejáis de concentraros en vosotros mismos y de ignorar lo que no creéis que en realidad sois, la ira de Dios, que puede manifestarse a través de todas las cosas, volverá a caer sobre vosotros! Los "veinte días de Turín" fueron la última advertencia del Señor…».

Y en el texto redactado en español: «¡Pon a salvo tu vida! ¡Huye de la ira que ha de venir! ¡Ahora o nunca! ¡Ahora, no más tarde!». Hice una bola de papel con la octavilla y la tiré por la ventanilla abierta.

Nada más llegar a casa tuve la desagradable sensación de no haber cumplido con algo que se me había pedido, pero no conseguía recordar de qué se trataba. Fue preciso que cenase, fumase un par de cigarrillos, escuchase el concierto para flauta y orquesta K. 313 de Mozart y, en definitiva, me relajase razonablemente para que un destello de la memoria acudiese a resolverme el misterio. ¡Aún no había leído el libro que me regalara el abogado Segre! Busqué desesperadamente las *Páginas póstumas escritas en vida* de Robert Musil y, finalmente, encontré el libro en el lugar más impensable: ¡bajo el colchón de mi cama! ¿Qué podría haberme impulsado a dejarlo allí? ¿Acaso algunos objetos poseían una vida ignorada?… Lo abrí por la página de contenidos y recorrí los títulos con inquietud: «Papel matamoscas», «La isla de los monos», «Pescadores del Báltico», «Inflación». Y a continuación, bajo el título secundario de «Consideraciones desagradables», venían los siguientes artículos: «Magia negra», «Puertas y portones», «Monumentos»… Me detuve en este punto. El recuerdo de lo que había visto de camino a casa me impulsó a abrir el libro por la página setenta y cinco…

«Entre las peculiaridades de las que pueden presumir los monumentos —en alemán, verbigracia, uno nunca sabe si en plural debe decirse *denkmale* o *denkmäler*— hay aún muchas otras, como dijo el escritor vienés. La más importante resulta un tanto contradictoria; en efecto, lo más extraño de los monumentos es que no se notan en absoluto. No hay nada en el mundo más invisible. Y, sin embargo, no cabe duda de que están hechos para ser contemplados; mejor dicho, para llamar la atención. Al mismo tiempo, empero, tienen algo que los hace, por así decirlo, impermeables: la atención fluye sobre ellos como gotas de agua sobre una tela barnizada con caucho, sin detenerse allí ni un instante. Uno puede pasear durante meses por una determinada calle y conocer cada número, cada escaparate, a cada guardia de tráfico…; ni siquiera se le escapará una moneda de un céntimo caída en la acera. Pero, inevitablemente, se llevará una gran sorpresa si un buen día, al alzar la vista hacia una bonita muchacha asomada a un balcón del primer piso, descubre una placa de considerables dimensiones en la que está inscrito con letras indelebles que en esa casa, desde 1800 hasta 1800 y poco, vivió y trabajó el inolvidable don Fulano de Tal…».

¿Sería acaso éste el pasaje que, según el abogado Segre, debería haber despertado mi curiosidad? Leí el resto de las *Páginas póstumas* de Musil, pero no encontré nada que pudiera iluminarme al respecto. Me pareció ver de nuevo esa expresión irónica con que el abogado me miraba cada vez que le planteaba una pregunta. ¡Cuántas cosas sabría él que no había querido contarme! Me entraron ganas de telefonearle, pero me sentía demasiado cansado, demasiado confuso para reanudar una conversación cuya naturaleza parecía entonces oprimirme más que atraerme. Así pues, me fui a dormir.

Ya muy avanzada la noche, el teléfono empezó a sonar. Me levanté y me apresuré tambaleante hacia el aparato para descolgar el auricular, pero al otro lado de la línea nadie respondió a mis repetidos «¿hola?». Quizá fueran ladrones, me dije; ladrones que querían cerciorarse de que no había nadie en casa para venir a robarme… No sería mala idea poner una cerradura nueva, pensé mientras me volvía a la cama.

Notas

11. Según esto, la acción de la novela se situaría a finales de la década de 1990 (1998) y, por tanto, los acontecimientos conocidos como los «20 días» habrían tenido lugar a finales de la década de 1980 (1988).

12. Si las *contestazioni* a las que alude el protagonista son las protestas estudiantiles que se iniciaron con la ocupación del palacio Campana en Turín, en 1967, de nuevo podríamos situar la acción de la novela a finales de la década de 1990, y los «20 días» a finales de la década de 1980.

13. San José Cafasso (1811-1860), sacerdote católico piamontés, también conocido como el «santo de la horca». Es fama que asistió espiritualmente y acompañó hasta el patíbulo a unos setenta reos de muerte en la prisión turinesa de Le Nuove.

14. Se refiere al santuario de la Consolata y a la basílica de María Auxiliadora.

VI. Un interludio

A la mañana siguiente —era domingo— vino a mi casa un amigo al que no veía desde hacía diez años; no pude menos de soltar una exclamación de asombro al encontrarle ante mi puerta tal y como le recordaba: la misma tez sonrosada en un rostro ligeramente infantil, el mismo cabello rubio y fino, los mismos ojos azules dispuestos a chispear de ingenio en cuanto se presentara la oportunidad adecuada. ¿Y qué mejor oportunidad que la que él mismo había propiciado apareciendo allí de improviso, como una estrella fugaz en un cielo de verano, animado por su espíritu bufonesco? Por otra parte, ¿qué podía esperarse de un veneciano que disfrutaba inventando chistes para contárselos a los demás y ver cuánto tardaban en volver, transformados, a sus oídos?

Eugenio Ballarin —así se llama este amigo mío— toca la flauta en la orquesta sinfónica del teatro La Fenice; fue él quien me enseñó los primeros rudimentos musicales que, con el tiempo, me permitieron convertirme en el aficionado a tocar la flauta dulce que sigo siendo hoy. Ballarin llevaba ya dos días en Turín, pero él no había sido el autor de la llamada telefónica de la noche anterior; de lo contrario, me dijo, ¿dónde habría quedado la sorpresa de su visita, eh? ¿Acaso no pensaba yo así?

El efecto que en mis oídos producía el sonido cantarín de su acento veneciano sólo era comparable con el de una brisa fresca en una tarde de canícula. Disfruté de lo lindo oyéndole contar cómo había pasado los dos días anteriores en la ciudad: un revoltijo de detalles que gravitaban en torno a nuestro teatro Regio, donde iba a actuar como solista la próxima temporada, salpicado con algunos comentarios picantes sobre una cantante que había conocido allí. «¿Por qué nunca vienes a verme a Venecia?», me reprochó apenas nos hubimos acomodado en mi estudio. Me vi obligado a admitir que tenía razón, pero le aseguré que mi intención era instalarme allí tan pronto como resolviera algunos asuntos en Turín. Mi amigo torció la boca en una mueca de incredulidad. No se lo creía. Ya le había expresado demasiadas veces la idea de cambiar mi ciudad por la suya. Si no había conseguido hacerlo diez años antes —cuando él mismo había huido de Turín—, ¡cómo iba a mudar de ciudad entonces, anclado como estaba allí hasta la muerte! Creo que empalidecí al oír su severa sentencia. Es posible que él se percatase de ello, pues cambió rápidamente de tema y me propuso ir a almorzar a la colina de la Magdalena.

La colina de la Magdalena, con su enorme estatua de la diosa Victoria —cuyo faro gira por la noche en perpetuo recuerdo de los caídos de la Gran Guerra—, no era quizá el destino más adecuado para quienes, como yo entonces, deseaban olvidarse de todo durante unas horas. La vasta aglomeración urbana se extendía sombríamente por la llanura al pie de la colina y, desde el claro al que Ballarin y yo habíamos ascendido, se me antojaba un gigantesco útero

impaciente por reabsorberme; inmóvil, pero con una inmovilidad que yo sabía fingida. Preferí darle la espalda a aquel panorama ambiguo y caminar con mi amigo por los senderos del vecino parque del Recuerdo.[15]

Mientras paseábamos entre los árboles, Ballarin se detenía de vez en cuando a leer los nombres de los soldados caídos entre 1915 y 1918, grabados en placas de bronce fijadas en el extremo superior de estacas clavadas en el suelo. «¡Pobre muchacho!», exclamaba al encontrar una placa con una muerte demasiado prematura; luego sacudía la cabeza y lanzaba coloridas imprecaciones dedicadas al general Cadorna.[16] No pude evitar comparar la atención que mi amigo le dedicaba a aquel parque conmemorativo con la que predicaban los milenaristas para el monumento al padre Cafasso. Me pregunté cómo se habrían comportado en aquel lugar la hermana de Bergesio, aquellos muchachos melenudos y el viejo patriarca que los acompañaba. Pregunta que guardé para mí, pues la brecha que me separaba de Ballarin era entonces demasiado grande para poder salvarla contándole mis últimas experiencias. Prefería su compañía cuando no paraba de hablar, cuando me contaba cómo le iba en su querida Venecia.

Sólo un rato antes me había contado una anécdota que me hizo reír a carcajadas. Ésta se remontaba al año 1947 y ocurrió durante un festival de música contemporánea. Los compositores de renombre de aquella época se apellidaban Petrassi, Dallapiccola, Ghedini… Fue después de que finalizara uno de los conciertos, cuando el público ya había abandonado el teatro y los músicos se dirigían a los restaurantes cercanos para cenar. El tal Ghedini, que por nada del mundo quería coincidir con Dallapiccola —ambos mantenían una rivalidad ancestral—, se había marchado solo, y algunos miembros de la orquesta que le vieron deambulando por las calles oscuras, con su cráneo calvo como en una tragedia griega, decidieron seguir sus pasos. De pronto, inopinadamente, el silencio de la noche veneciana fue roto por una grosera canción cuartelera; Ghedini, sintiendo a sus espaldas la amenaza de la barbarie, apresura el paso. Un par de esos músicos, con los faldones de la camisa por fuera y desgreñados para la ocasión, se lanzan en su persecución mientras, ¡ay!, cantan a pleno pulmón. El compositor intenta darles esquinazo, pero antes de que pueda desaparecer en un oportuno callejón, suena un «¡TARATITTA-TARA-TAAAA-RA!» detrás de él. Se estremece hasta los huesos: era el tema principal de su trío para piano, violín y violonchelo, que había sido interpretado en el festival la noche anterior. El pobre debió pensar que estaba soñando. Entretanto, mientras los de atrás siguen cantando con voces cada vez más cascadas, los de delante gritan: «¡Viva la generación del Veintinueve, la generación de hierro!». Y en eso, a lo lejos, vuelve a sonar «¡TARATITTA-TARA-TAAAA-RA!». Ghedini se hallaba al borde del paroxismo. Habían conseguido encajar tan bien las voces en el tema principal de su trío que sonaban como un estribillo…

—¡Ahora ya puedes hacerte una idea de lo que siente un compositor serialista cuando se le saca de sus casillas! Qué forma de perder la cabeza, ¡bendito sea

Dios! ¡Palabra de Ballarin!

Durante el almuerzo, cuando ya estábamos en los postres, Ballarin me contó otra historia bastante divertida, aunque no me hizo reír tanto como la anterior.

—¿Conoces a Mandeli? —me preguntó él.

—¿Gianni Mandelli, el barítono? Sí, es muy bueno.

—Muy bueno, sí… —convino él, hinchando los carrillos y dibujando con los brazos la circunferencia del abultado abdomen del cantante—, pero a un obús con patas como ése no le deberían permitir interpretar el papel de don Giovanni;[17] Mandeli no tiene, precisamente, porte de seductor. ¿Quién puede tomarle en serio al oírle cantar «Là ci darem la mano» o, peor aún, verle batirse en duelo? Imagínatelo entonces ante la estatua del comendador, con la hermosa luna redonda en lo alto, cuando la estatua comienza a hablar y él, como un don Juan inflado, la invita a cenar en vez de cagarse en los calzones. ¡Las estatuas que hablan y se mueven no son cosa de risa! ¡Hay que tener unos nervios de acero para enfrentarse a ellas! Pero, claro, los directores de escena no piensan en estas cosas; prueba de ello es que contrataron a Mandeli en La Fenice precisamente para cantar esa parte.

—¿Y resultó un fiasco?

—Un fiasco no, porque el público no le da importancia a la actuación y, además, es buen cantante; sin embargo, tuve la satisfacción de poner a prueba al barítono, y te contaré cómo.

Mi amigo hizo entonces una larga pausa; al cabo, levantando el tenedor con dos dedos como si fuera una batuta, entonó en voz baja uno de los pasajes más dramáticos del *dramma giocoso* de Mozart: «Don Giovanni! A cenar teco m'invitasti».[18]

—Ahora, después de esta breve introducción musical —prosiguió Ballarin—, trata de imaginarte a Mandeli regresando por la noche al hotel Danieli, completamente solo, poco después de haber sido felizmente arrastrado al infierno…, en el escenario, se entiende.

Cerré los ojos.

—Creo que puedo imaginármelo —le dije.

—¡Magnífico! Ahora tenemos a Mandeli atravesando el enorme campo de Santo Stefano, donde se alza la estatua de Niccolò Tommaseo, más conocida como «el cagalibros»; cerca de ésta hay un pedestal circular, y sobre él otra estatua de un hombre. Hay muchas estatuas como ésa en Venecia, y… ¿quién se fija en ellas?

—¡Mandelli, en cambio, sí se habría fijado en ella! —le interrumpí ansioso.

—¡Ah, ojalá hubiera sido así! ¡Pero no se hallaba en el escenario! Él sólo ve las estatuas que están en el escenario, y no tenía ningún guión allí que le indicara que debía verla.

—¿Qué sucedió entonces?

—Lo que sucedió es que la estatua expelió una sonora ventosidad: «¡prack!»; una hermosa obertura ejecutada con el ano. El barítono, al oírlo, se dio la vuelta y vio la estatua en su sitio, pero haciendo gorgoritos con el culo: dos,

tres, cuatro «¡prack!»… Y en eso, palabra de Ballarin, el rostro se le descompuso y empezaron a temblarle las canillas como al pobre Leporello[19] en la obra. Al quinto «¡prack!» echó a correr más ligero que un gamo…, y yo caí de culo en el pedestal, desternillándome de la risa y con unas ganas terribles de ir tras él. En la siguiente representación, un poco antes de la escena final, le encontré bastante menos jocoso y le oí desafinar unas cuantas veces antes de que el comendador le agarrara de la mano para llevárselo al báratro.

Su extraordinario sentido del humor y su simpático acento veneciano ejercieron un efecto balsámico sobre mi alma dolorida. En su compañía sentí nacer una fuerte nostalgia por ciertas «dimensiones del espíritu» a las que, quizá, me había acercado con excesiva precaución. Me refiero a la música y a mi afición a tocar la flauta dulce; distracciones que, en efecto, no habían logrado absorberme tanto para que hallase en ellas un oasis, un refugio en caso de necesidad. De ahí mi perpetua exposición a los demonios del subsuelo y la necesidad que sentía de embarcarme en arriesgadas investigaciones. Ballarin, por el contrario, no dudaba un instante en hacer las maletas y guardar su instrumento en el estuche cuando una situación se volvía demasiado compleja para su gusto. Le había visto hacer eso mismo diez años antes, cuando algo en el aire de Turín empezó a sonar de forma demasiado siniestra en sus oídos.

A media tarde le acompañé a la estación de Porta Nuova. Pasé el resto del domingo en un cine, y cené algo rápido en un pequeño restaurante cerca del Po, donde también se encuentra mi domicilio. A las ocho de la tarde ya había oscurecido; paseé un rato a lo largo del río para contemplar las luces reflejadas en el agua, las cuales se me antojaron largas colas de lagarto fosforescentes colgando en la oscuridad.

Antes de dirigirme a mi casa en la avenida Casale, me detuve ante la iglesia de la Gran Madre de Dios. En eso, sintiendo el repentino impulso de seguir las exhortaciones de los milenaristas, me puse a estudiar el templo con atención. Delante del edificio neoclásico se alza el monumento a Víctor Manuel I: «REY DE CERDEÑA · RESTITUIDO A SU PUEBLO · XX MAYO MDCCCXIV…». Flanqueando la gran escalinata hay dos grupos simétricos de estatuas de piedra blanca presididos por sendas mujeres, con la cabeza cubierta y vestidas con peplo, que representan la fe y la religión. Una de ellas —*la Fede*— sujeta un libro abierto con la mano derecha y alza un cáliz[20] con la izquierda; a su lado hay un pequeño ángel semidesnudo. La otra mujer —*la Religione*— sostiene una cruz con la mano diestra, y junto a ella se ve a un joven arrodillado. Nada más entrar en la iglesia, supe por una placa informativa que era obra del arquitecto Ferdinando Bonsignore y que había sido inaugurada en 1831 por su majestad el rey Carlo Alberto. En el interior del templo, de planta circular, hay otras estatuas colocadas en nichos equidistantes: *San Mauricio,* de Angelo Brunelli; el *Beato Amadeo de Saboya,* de Caniglia; la *Beata Margarita de Saboya,* de Marcia… Mientras contemplaba el semblante de la beata representada a tamaño natural —una cándida y blanca monja con los ojos vueltos hacia arriba—, recordé la última anécdota que me contara Ballarin: el

célebre barítono Mandelli huyendo en medio de la noche veneciana aterrorizado por un ruido imposible. ¿Qué habría hecho yo si la beata Margarita me hubiera agredido con semejante broma? Rompí a reír, soltando una carcajada sollozante que no pude contener. Después de recuperarme, me persigné y abandoné el lugar.

Mientras caminaba hacia el portal de mi casa, tuve la vaga sensación de que alguien me seguía. Pasos rápidos y ligeros. Decidí no volverme a mirar porque me parecía absurdo ceder a semejante sugestión. Ya había sacado la llave del bolsillo y me disponía a insertarla en el ojo de la cerradura cuando la sensación se agudizó; en efecto, el suave golpeteo en la acera había cesado. Ya no cabía duda alguna, ¡alguien aguardaba a mi espalda! Al darme por fin la vuelta me encontré con una figura blanca plantada ante mí; me sobresalté al percatarme del extraordinario parecido que tenía con la beata Margarita. Se trataba de una monja, ¡tampoco cabía dudar de eso! La palidez de su rostro era, sin embargo, una palidez humana, y esto bastó para tranquilizarme un poco. Vi que me sonreía dulcemente…

—Perdóneme, soy la hermana Clotilde —se presentó con voz suave—. Usted es el señor X, ¿no es así?

Asentí con la cabeza.

—Después de haberle buscado durante buena parte del día, decidí montar guardia cerca de su casa y esperar su regreso; lamento la intromisión, pero es preciso que hable con usted.

—¿Hablar conmigo? —respondí en un tono algo brusco.

—Sí, con usted. Pertenezco a la Congregación de las Hermanas Servidoras. Mis hermanas de la Pequeña Casa de la Divina Providencia me han rogado que le buscara para dirigirle una humilde petición… He visto que hace un rato estaba usted en la iglesia, me permito creer que la fe habita en su corazón.

Permanecí un momento en silencio, esperando ver hacia dónde se dirigiría su discurso…

—¿Va usted a decirme que debo cambiar de vida? —me aventuré a preguntar al cabo—. ¿Que he de renunciar a ciertos vicios, a realizar ciertos excesos?

—¡Oh, no! Nada de eso —respondió ella, dándole calidez a su voz—. ¡No es su vida privada lo que nos inquieta! Nos consta que es usted una persona buena y amable. Sólo quisiéramos que demostrara mayor respeto hacia quienes ahora reposan en el sueño eterno; que se abstuviera, por respeto a la sagrada memoria de éstos, de indagar con un espíritu más mundano que piadoso las razones por las que ciertos pobres pecadores abandonaron este valle de lágrimas… Sé que usted comprende lo que quiero decir.

Me pareció advertir un tono de sombría amenaza acechando tras la dulzura de su voz.

—Por lo tanto, debería dejar de preguntarme, dejar de buscar…

—¡Buscar! ¡Preguntarse!… ¿Quién de nosotros podría considerarse hijo de Dios si no se hiciera preguntas, si no buscara explicaciones…? ¡Siempre y cuando éstas y aquéllas se circunscriban a nuestra vida interior, al alma que él

nos ha dado! Pero ¿por qué preocuparse por nuestros pobres difuntos, preguntándonos qué males, qué manos feroces nos los han arrebatado? Si de verdad nos importa su destino eterno, la santa madre Iglesia nos ofrece los medios necesarios para ayudarles: misas en sufragio de sus almas, ofrendas por las ánimas del purgatorio, oraciones… ¿Acaso no le basta todo esto?

—¡Por el amor de Dios!… Yo también tuve una educación religiosa, de modo que…

—¡Y qué importa eso! Si usted está con nosotros, si las aguas del bautismo no mojaron en vano su frente, ¿por qué insistir en buscar allí donde la razón humana no podrá ver más que tinieblas? La misericordia de Dios es infinita, y si no hemos podido penetrar ciertos misterios en esta vida, más allá de ella estará su luz para iluminarlo todo… ¿Realmente es incapaz de sacrificarse un poco hasta entonces? —Ella había inclinado ligeramente la cabeza y percibí una sutil malicia en su sonrisa.

—Bueno, si eso es todo lo que ustedes quieren de mí… —respondí, abriendo mucho los brazos.

—¿Y qué más podríamos demandarle? ¿Qué derecho tendríamos a interferir en su existencia?… El sufrimiento sobre el que doblamos el espinazo día y noche en el Cottolengo es inmenso, créame; ciertamente, no son personas sanas de cuerpo y alma como usted quienes precisan de nuestros cuidados. No puede imaginarse lo feliz que me hace poder comunicarle a las hermanas la noticia de que ha aceptado usted satisfacer nuestra petición.

La monja parecía no tener nada más que decirme. Le hice una ligera reverencia, ella flexionó un poco las rodillas y se persignó. La vi alejarse con la misma ligereza con la que me había seguido.

Aquella noche me costó conciliar el sueño.

Notas

15. En el Parco della Rimembranza o Parco della Magdalena se honra la memoria de los 4787 soldados turineses caídos durante la Primera Guerra Mundial.

16. Luigi Cadorna (1850-1928), comandante en jefe del Ejército italiano durante la Primera Guerra Mundial; sus decisiones en la batalla de Caporetto (1917) le costaron a aquél más de setecientas mil bajas entre muertos, heridos, prisioneros y desertores.

17. *El libertino castigado o Don Juan* (1787), drama jocoso con música de Wolfgang Amadeus Mozart y libreto de Lorenzo da Ponte.

18. «¡Don Juan! Me invitaste a cenar contigo».

19. El sirviente de don Giovanni.

20. Popularmente se cree que la iglesia fue construida sobre las ruinas de un antiguo templo dedicado a la diosa egipcia Isis, y que esta estatua, en realidad, representa a la Virgen sosteniendo el santo grial.

VII. Las voces

Hacía una semana que había vuelto a practicar con la flauta dulce en el tiempo libre que me dejaba mi trabajo en la oficina. Había empezado de nuevo con las escalas y la digitación de trinos; quería que mis dedos se agilizaran lo suficiente para poder interpretar no sólo las zarabandas de Bach, que mal que bien era capaz de tocar afinadamente, sino también las gavotas y las gigas, que tienen pasajes mucho más difíciles. No podía conformarme con interpretaciones inexactas; al tener que dirigir la mente hacia ámbitos distintos de aquellos en los que me había aventurado hasta entonces, debía tener cuidado de no irritarla con notas falsas, sonidos entrecortados u otros signos de inseguridad, pues aquélla habría visto en éstos manifestaciones de un alma resquebrajada y no habría dudado en juzgarme duramente. ¿Estaba acaso buscando un remanso de paz? Nada que objetar, siempre y cuando el lugar fuera bello y acogedor: *tertium non datur!*[21]

Pero ¿por qué no podía Ballarin estar conmigo para guiarme y aconsejarme? En aquel momento, seguramente, se encontraría en su estudio rodeado de partituras, con su piano de cola y sus atriles, tocando la flauta tan libre como un ruiseñor; tal vez, incluso, con una hermosa muchacha acompañándole al piano. De hecho, ya me había hablado del dúo que pretendía formar con una joven pianista de Verona. ¡Una fusión de música y pasión romántica! En cuanto a mí, el último contacto con el bello sexo que había tenido era el de hacía una semana con la hermana Clotilde… Lo cual me llevaba a preguntarme: ¿cómo es que ella sabía de mí, de mis investigaciones?… Tip, tap, tip, tap, tip, tap… ¡Cómo recordaba esos delicados pasos suyos! Incluso soñaba con ellos por la noche; sólo que en mis sueños la hermana Clotilde era Margarita de Saboya… Pero ¿era aquélla realmente una monja? Y, en caso afirmativo, ¿por qué en la Pequeña Casa de la Divina Providencia les preocupaba tanto lo que yo hacía? ¿Con qué derecho se inmiscuía la Congregación en mis asuntos?… La situación empezaba a enojarme. Mis manos seguían repitiendo torpemente el mismo aburrido tresillo de corcheas; entretanto, mi mente aprovechaba ese estado de semidistracción para perderse en sus habituales caminos tortuosos, en su familiar laberinto. «Vamos, mente mía, sé buena niña, vuelve aquí y no me obligues a ponerte la correa; dime cómo tocar este pasaje en su tempo correcto y sin desafinar». «Sigue intentándolo —me respondió ella—, y cuando lo consigas, llámame».

Me dije que si la biblioteca aún funcionara, aquél sería un momento pintiparado para escribir una larga y dolorosa confesión con destino a sus anaqueles. El estado de ánimo en el que me encontraba era perfecto para hacer algo así. ¡Y pensar que me había embarcado en aquel proyecto con el ánimo de

realizar una investigación histórica objetiva y desapegada! Una mano metafísica, sin embargo, me había agarrado de pronto por el cuello para arrastrarme diez años hacia el pasado: «¿No querías vivir un idilio con lo prohibido? Pues ahí lo tienes, ¡ahora disfrútalo!». «Sí, pero no entraba en mis planes perder el sueño justo ahora, cuando todo el mundo en Turín duerme de nuevo en paz». «Entonces dedícate por entero a la flauta dulce, aprende a tocarla bien, trabaja durante el día en la oficina y practica con ella por las noches; ya verás cómo el sueño no te abandona… ni vienen tampoco a molestarte las Hermanas Servidoras…».

¡Riiin, riiin!, sonó el teléfono de pronto. Aquélla era la tercera vez que lo oía sonar desde que volviera del trabajo, aunque en las dos anteriores sólo había encontrado silencio al otro lado de la línea. Si se trataba de ladrones, ya deberían haberse dado cuenta de que me hallaba en casa. En eso me abalancé sobre el aparato, decidido a dedicarle unos buenos insultos al desconocido pelmazo…

—¿Quién es? —casi rugí.

—Buenas noches, ¿hablo con el señor X?

—Sí, soy yo, ¡¿quién es usted?!

—Hola, tal vez me recuerde, soy el abogado Segre.

—¡Oh!, abogado Segre, ¿cómo está usted?… Disculpe el tono con el que he respondido a su llamada, pero pensaba que…

—¿He interrumpido algo importante? ¿Acaso tiene usted compañía?

—No, en absoluto, estoy solo; me alegro mucho de volver a saber de usted.

No me pregunté entonces cómo se las habría arreglado Segre para localizarme, habida cuenta de que en su momento rehusó aceptar mi tarjeta de visita y de que hay varios nombres como el mío en la guía telefónica.

—¿Sigue trabajando en ese libro suyo sobre los «veinte días»? —me preguntó.

—Sí; bueno, quiero decir…, de vez en cuando le doy un empujón.

—Pero no ha abandonado su proyecto, ¿no es cierto?

—No, pero…, bueno, se trata de un tema complejo y… espinoso.

—¿Qué le ha parecido el libro que le regalé?

—Excelente —respondí—, muy interesante.

—¿Ha leído los pasajes sobre el papel matamoscas y los trabajadores del Báltico?… Musil era un gran escritor, una de las últimas mentes brillantes de las que podía presumir Europa.

—En efecto, poseía un intelecto extraordinario.

—Naturalmente, no se trata sólo de estos pasajes que le he citado. Es una obrita llena de intuiciones y observaciones muy agudas.

—Me ha parecido especialmente curiosa la parte dedicada a los monumentos.

—La parte de los monumentos… También las dedicadas al telescopio prismático y al Edipo amenazado… Y por último, asimismo magníficos, los cuentos que no son cuentos… Lástima para él que Viena no reconociera su talento; murió prácticamente olvidado. Su redescubrimiento se produjo bien entrada ya la década de 1950…; en cualquier caso, no creo que le hayan

erigido un monumento, eso habría sido el peor insulto para él.

—De hecho, por lo que pude deducir de la lectura de ese artículo…

Se produjo entonces un largo silencio. No sabía si debía decirle algo o esperar a que él me lo dijera a mí. Le oí aclararse la garganta.

—¿Conoce usted a Paolo Giuffrida? —me preguntó de repente.

—No, creo que no, ¿quién es?

—Vive en una apartada casita en las colinas de Turín… Si aún tiene usted intención de continuar con su proyecto, tal vez le convenga ponerse en contacto con él. Se dedica profesionalmente a la crítica de arte y literaria, pero en su tiempo libre se ocupa de cuestiones como la parapsicología y el ocultismo…, aunque no está limitado por esas deformaciones mentales que parecen connaturales a los «especilistas» en estos temas. Lo que quiero decir es que se trata de una persona seria. Tiene algunas grabaciones relacionadas con su objeto de estudio que vale la pena que escuche. ¿Estaría interesado en conocerle?

—Naturalmente que sí…, pero ¿qué se supone que he de hacer para ello?

—Le daré su número de teléfono y podrá usted llamarle en un cuarto de hora. Le avisaré de su llamada… Ahora le dejo porque debo atender a un cliente.

—Gracias. Ha sido usted muy amable, abogado, acordándose de mí.

—Esto no tiene nada que ver con la amabilidad; siempre me han caído bien los historiadores, y me pareció correcto darle alguna información que pudiera serle de utilidad en su trabajo.

—De todos modos, muchas gracias, señor Segre.

—Buenas noches, señor X.

—Buenas noches.

* * *

La cuestión de si debemos sentirnos agradecidos a quienes contribuyen, incluso con las mejores intenciones, a dejarnos en medio de una encrucijada es ciertamente muy problemática. En mi caso concreto, por un lado estaba «el llamado de la flauta», con lo que para mí podría significar de «paz reencontrada»; por otro, ese número de teléfono anotado en un papel: un faro en la noche indicando un posible lugar de arribada en el que, a buen seguro, acechaban todos los peligros de lo desconocido.

Ni que decir tiene que, al cabo de un cuarto de hora, llamé por teléfono a Paolo Giuffrida. Él ya sabía lo suficiente sobre mí y mi proyecto para invitarme a visitarle esa misma tarde en su casa sin necesidad de hacerme más preguntas. Antes de despedirnos, me dio instrucciones precisas para encontrar su vivienda en medio de un dédalo de callejuelas y caminos. La casa, en efecto, se hallaba ubicada en un lugar bastante apartado; a diferencia de otros propietarios de villas o chalés de las colinas, era evidente que mi anfitrión rechazaba cualquier medida defensiva basada en una vecindad forzosa: allí, la única protección contra las amenazas exteriores era la presencia de un perro, la cual se hizo patente en cuanto llamé a la verja de su pequeño jardín.

Paolo Giuffrida era un hombrecillo enjuto, de edad indefinible, con un rostro alargado y una poderosa dentadura que me hicieron pensar en la testa de un caballo plantada sobre el cuerpo de un jinete. Al hablar arrastraba ligeramente la «r», y su tono se me antojó algo afectado. Mientras me tendía suavemente una mano a la entrada de la casa, con la otra acariciaba al perro, cuyos fuertes ladridos me habían alarmado un poco; se trataba de un joven perro lobo de pelaje rubio que respondía al nombre de Gauguin, un animal aparentemente dócil que enseguida empezó a frotarse el hocico contra mis pantalones y a olisquearme los zapatos.

El jardín, la casa y el mobiliario de ésta parecían delimitar exactamente el espacio vital indispensable para que un hombre de las proporciones de Giuffrida pudiera vivir cómodamente sin hacer un solo movimiento de más. Reconocí en aquél el calculado entorno de una «persona de buen gusto» que contrapesaba su amplia apertura a la modernidad con discretos guiños al pasado: grandes pufs de colores vivos, máscaras africanas, esculturas de formas insectiles y un equipo de sonido de última generación convivían en perfecta armonía con muebles de estilo imperio, un cuadro original de Cignaroli, una estatua de Diana cazadora colocada en el jardín, grabados prerrafaelitas…

Fascinado por aquel equilibrio tan bien logrado entre el presente y el pasado, mi primer saludo a mi anfitrión fue un mecánico «buenas noches» pronunciado entre admirativas miradas hacia cuanto me rodeaba. Esta reacción tan poco elegante, sin embargo, debió de resultarle muy halagadora, ya que él también, antes de corresponder cortésmente a mi saludo, se dispersó en una serie de sonrisas repartidas entre el perro y yo, vistazos al jardín envuelto en oscuridad y diversos gestos distraídos que podrían haber demorado indefinidamente nuestra entrada a la casa. Gauguin, poniéndose de pie y apoyando sus patas delanteras sobre mis hombros, se encargó de desbloquear la situación. «¡Gauguin! ¡Perro malo, fuera de aquí!», le ordenó su amo; y el animal, bajándose al punto, se alejó de nosotros obedientemente y fue a ovillarse a un rincón.

La planta baja de la villa de Giuffrida —por expreso deseo suyo, según me explicó— estaba constituida por una sola pieza. A los placeres que la vista experimentaba allí había que añadir los disfrutados por el olfato y el oído: el aroma del incienso indio y una música de clavicémbalo apenas perceptible en la que reconocí las notas del *Herrero armonioso* de Händel. Si mi anfitrión, tal como me asegurara el abogado Segre, era un estudioso de la parapsicología y el ocultismo, desde luego tales intereses se hallaban muy bien disimulados; nada a mi alrededor sugería inclinaciones ajenas a la cultura y la ciencia «oficiales». Cuando por fin me encontré cómodamente sentado en un gran puf, con Giuffrida tumbado frente a mí en el suelo alfombrado, la sensación de bienestar físico que me invadió fue tan completa que llegué a creer que me había equivocado de persona. Siempre había pensado que la evocación de presencias fantasmales y el registro de voces de ultratumba sólo eran posibles en estancias lóbregas con mobiliario sobrio y sillas rígidas y angulosas.

No obstante aquel relajado ambiente, que tanto invitaba a la divagación, no tardamos en abordar la cuestión que me había llevado hasta allí. Giuffrida me resumió brevemente lo que sabía sobre mí y el libro que pretendía escribir, y me explicó que sus intereses extraprofesionales no debían confundirse con ciertas seudociencias de carácter más o menos esotérico como el mediumnismo, el mesmerismo o los intentos de contacto telepático con entidades extraterrestres; temas para los cuales podría haberme servido el club Archaeopteryx —según él, un conciliábulo de oficinistas aburridos y abogados enfermos de nostalgia mística a los que un poco de erotismo bien entendido habría curado en unas pocas horas—. En sus ratos libres, cuando las galerías de arte le dejaban unos momentos de respiro, Giuffrida se dedicaba a registrar en cinta magnética «manifestaciones acústicas» de fuentes no identificables; una actividad técnica completamente objetiva para la que no era necesario poseer ningún don sobrenatural. En resumen, ¡él no era un émulo del mago Rol![22]

—¿Tienen acaso algo que ver sus experimentos con las grabaciones de «voces de difuntos» realizadas en su momento por Friedrich Jürgenson y Kostantine Raudive?[23] —pregunté, interesado en el tema.

—Sí…, con la diferencia de que Jürgenson, Raudive y otros de su escuela se han atrincherado en posiciones espiritistas ante ciertos fenómenos, en tanto que yo soy muy cauteloso a la hora de relacionar todo esto con el llamado «más allá». En todo caso, me inclino más por la hipótesis formulada por Hans Bender,[24] que atribuye al inconsciente esta clase de manifestaciones… Imagino que el abogado Segre le habrá hablado de algunas grabaciones mías que podrían estar relacionadas con el tema que usted investiga.

—Sí, me habló de ello por teléfono, aunque de forma superficial.

—¿De forma superficial, dice usted? —preguntó sorprendido Giuffrida—. ¡Entonces tendré que hacerle algunas aclaraciones antes de dejar que las escuche! La cinta que he escogido para usted contiene voces de naturaleza completamente distinta a la de las grabadas por Raudive. No son, para decirlo sin rodeos, «voces del más allá», las cuales pueden ser registradas por cualquiera y en cualquier momento con un magnetófono…, incluso nosotros podríamos hacerlo ahora mismo si lo pusiéramos en marcha. Las voces capturadas, que he logrado conservar casi inalteradas gracias a un método de conservación desarrollado por mí, datan de hace diez años; desde entonces no han vuelto a aparecer en ninguno de mis barridos de radiofrecuencias. Se trata de un documento único y, de hecho, debo rogarle encarecidamente que no le hable de ello a nadie, pues no descarto que pudiera haber personas interesadas en arrebatármelo si supieran de su existencia.

Le tranquilicé al respecto con la mayor cordialidad.

—¡Se lo digo muy en serio! Le pido por favor que mantenga esto en la más estricta confidencialidad.

Por mi parte, no habría sabido decir si sus advertencias expresaban miedo

real o eran un recurso del director para obsequiar al público con una pincelada de misterio. Le vi levantarse, meter una mano en un estante y sacar de éste un objeto de forma ovoidal. Le vi mirar alrededor con recelo, abrir la puerta principal para echar un vistazo al jardín y volver a cerrarla con dos vueltas de llave. Cuando por fin se volvió hacia mí, advertí que un temblor nervioso hacía vibrar su rostro. Introdujo el objeto en un dispositivo oculto tras una cortina, pero antes de empezar con la audición se entretuvo dándome algunas explicaciones técnicas: las «voces» que íbamos a escuchar a continuación no habían sido grabadas directamente con un magnetófono, sino captadas previamente con un transceptor.[25] Había empezado a recogerlas accidentalmente una noche, cuando aún no se habían revelado como voces y no eran más que ruidos parásitos…, aunque tan extraños que lo intrigaron de inmediato. Tal descubrimiento se remontaba al mes de abril de hacía diez años. Al principio pensó que se trataba de una broma que le gastaba algún radioaficionado, pero la persistencia de los ruidos, su transformación progresiva —noche tras noche— en palabras aisladas y reconocibles, el timbre antinatural de las voces y, sobre todo, su conversión final en sorprendentes e inexplicables «manifestaciones acústicas» le convencieron de la autenticidad del fenómeno. Giuffrida prefirió no decirme nada más para, según me explicó, darme total libertad de interpretación. Después podríamos intercambiar impresiones.

Presionó la tecla de reproducción en el aparato y, mientras corría la cinta guía, me explicó que el casete contenía grabaciones realizadas durante un mes. Para escucharlas todas habríamos tenido que dedicar al menos dos días, de modo que seleccionaría para mí los fragmentos que él consideraba esenciales.

Después de un largo minuto de silencio susurrante, me pareció empezar a oír un ligero ruido de cincelado; un golpeteo profundo y cadencioso como el que, en efecto, produce un cantero al labrar la piedra. Al poco fueron añadiéndose otros cinceles hasta completar la imagen sonora de una remota actividad excavadora: una operación minera subterránea acompañada de jadeos de esfuerzo y algo parecido a los latidos de un enorme corazón. De este modo, el magma sonoro iba fluyendo y adquiriendo consistencia lentamente. Gauguin, que hasta entonces había permanecido tranquilo en su rincón, levantó el hocico y aguzó las orejas; un gemido entrecortado surgió de su garganta. Su amo fue a susurrarle palabras cariñosas y lo convenció para que volviera a echarse en el suelo, pero el animal siguió gruñendo sordamente y enseñando los dientes.

—Espero que no se ponga a ladrar ahora —dijo Giuffrida—; nunca le han gustado mucho estos ruidos.

Los sonidos cesaron y el aparato volvió a reproducir un susurro crepitante; después de una breve pausa empezó a oírse un ligero ruido de tierra desmoronándose, tras el cual advertí una amalgama de voces de la que, de tanto en tanto, destacaba una de timbre metálico que parecía expresar —eso, al menos, me pareció— un claro deseo de abrirse paso y aventajar a los demás

participantes en aquel esfuerzo colectivo. Sentí entonces un rumor similar al de piedras rodando por una ladera, como el que puede oírse un momento antes de un desprendimiento de rocas; a continuación, el estallido de una ronca y poderosa exclamación, al tiempo que el golpeteo de los cinceles se hacía más intenso. Una segunda exclamación sucedió a la primera y al poco llegó una tercera, y en cada una de ellas creí reconocer un siniestro tono de triunfo. El conjunto sonaba como la erupción simultánea de un circo de géiseres; sólo que en vez de chorros de vapor, lo que vomitaban los cráteres recién abiertos eran bufidos extrañamente modulados, donde unos largos «UUUUH» se fundían con series de enervantes crujidos, como si algo removiera la tierra para coger rocas y convertirlas en ásperos «RRRRH», en fragorosos «CCCCH» y en pesados «NNNNH»: obstáculos materiales que sólo después de una angustiosa lucha parecían dejarse asimilar. Entre estas pétreas consonantes eran perceptibles el suave siseo de las «eses», un denso runrún de chasquidos labiales y el furioso golpeteo de quienes aún no habían logrado alcanzar la superficie. Gauguin azotaba el aire con la cola y tenía el pelaje encrespado. Al oír el primer gruñido, Giuffrida detuvo el avance de la cinta. Me lanzó una mirada escrutadora con la intención, sin duda, de recoger mis primeras impresiones, pero como no pronuncié palabra y ninguno de mis sentimientos al respecto debió reflejarse en mi rostro, volvió a pulsar el botón de reproducción, aunque antes me explicó que lo que iba a escuchar representaba una segunda fase en la recepción de ruidos parásitos: un singular periodo de transición que se prolongó durante una semana, antes de que éstos se convirtieran en palabras reconocibles.

Me sorprendió ver que, nada más volver a sonar el susurro crepitante de la cinta, Giuffrida se tapaba los oídos con los pulgares; entonces no podía entender el motivo de aquel gesto. También noté que las contracciones nerviosas de su rostro se habían intensificado y que, de cuando en cuando, miraba al perro con evidente preocupación; y esto sin dejar de observarme atentamente, como si esperase quién sabía qué reacción por mi parte a lo que estaba a punto de escuchar.

En eso, inopinadamente, oí un lejano y siniestro borboteo —una agitación de aguas profundas y lodosas— seguido de un ruido de desagüe que, habiendo empezado como un discreto sonido de succión, fue poco a poco transformándose en el de una operación de drenaje a gran escala; se habría dicho que cientos de ávidas bocas se habían sumergido en un monstruoso pozo con la intención de vaciarlo, que una sed milenaria había hallado por fin una fuente en la que saciarse. Me invadió un repentino malestar; tenía la sensación de que aquellos labios resecos extraían de mi organismo la savia que necesitaban. La desazón pasó tan rápidamente como había llegado, pero no pude evitar taparme también los oídos. Giuffrida se percató de mi turbación y, dedicándome una sonrisa condescendiente, detuvo la cinta por segunda vez.

—Todo esto le recuerda a algo, ¿no es así? —me dijo.

La alusión era obvia y consideré innecesario responderle. El recuerdo de

Bergesio y su lago seco se hallaba bien presente en mi mente. Yo también, en los días de la epidemia de insomnio, había sufrido una especie de aridez interior, si bien el sueño nunca llegó a abandonarme del todo. En aquella época atribuí este malestar al estado de mis nervios, agotados por un trabajo que me resultaba insufrible, y nunca se me ocurrió pensar en la intervención de una fuerza externa; pero entonces, mientras escuchaba esos ruidos de succión, fue concretándose la sospecha de que yo también había sido, aunque sólo fuera en parte, víctima de un misterioso proceso de ósmosis. ¿En virtud de qué ignorada capilaridad se filtraban las aguas muertas que absorbían aquellas bocas?… Miré a Giuffrida: estaba pálido. El perro se había levantado y se paseaba por la estancia con el rabo entre las patas, gimoteando.

—También él está inquieto —explicó mi anfitrión—. Sólo tiene cinco años, y aunque ni siquiera había nacido cuando hice estas grabaciones, es un animal sensible y no puede evitar sentirse implicado cuando percibe una amenaza que nos afecta tan de cerca.

—Pero ya han transcurrido diez años…, y el peligro, a estas alturas…, debería haber pasado —respondí vacilante.

—Puede que aún permanezca aquí, en estado endémico y latente… Naturalmente, nos gustaría creer que ya ha pasado, pero sería irresponsable caer en un optimismo ingenuo. Hasta ahora, nadie se ha atrevido a hacer un diagnóstico en profundidad de aquellos hechos; se ha preferido encubrirlos mediante una conspiración del silencio, incluso negando todas las evidencias. Si ahora intentáramos levantar el velo de la *omertà,* correríamos el riesgo de enfrentarnos no sólo a los responsables materiales de lo ocurrido, sino también a las personas que, consciente o inconscientemente, contribuyeron a desencadenarlo. No en vano sólo el abogado Segre, usted y yo tenemos conocimiento de este documento sonoro.

—Y las palabras, ¿cuándo aparecieron? —pregunté, mostrando un interés que no lograba ocultar mi nerviosismo.

—Enseguida podrá escucharlas… No debería tener problemas para entenderlas; a diferencia de las «voces de los muertos» de Raudive, que suelen expresarse en varios idiomas (cometiendo sospechosos errores de pronunciación), las de las entidades que capté con el transceptor hablan en italiano… Señal de que éstas, de algún modo, proceden de nosotros mismos, de que es en nuestro entorno social y, me atrevería a decir, urbano donde tienen su origen. Si algún día llegan a manifestarse en otros lugares de la tierra, quizá descubramos algo más sobre ellas…, todo dependerá de las costumbres que rijan la vida pública en esos hipotéticos países.

Giuffrida hizo avanzar y retroceder la cinta en modo rápido hasta detenerla en el punto exacto que buscaba y entonces comenzó la tercera audición.

Las voces no se hicieron esperar. Hablaban de forma lenta y pesada, como si cada sílaba pronunciada se añadiera a una carga ya de por sí aplastante y agobiante. Cuando callaban, sonaba como si un saco lleno de pedruscos cayera desde una gran altura. Sin embargo, no se oía sonido alguno de respiración:

esa impresión de inmensa fatiga provenía de la misma pesadez del lenguaje. Aún era incapaz de entender el significado de las frases, las cuales eludían todas las reglas de puntuación y acentuación; las frecuentes pausas, anegadas al instante por un ruido de succión, se debían al ingente esfuerzo realizado para arrastrar las palabras.

—En realidad, no creo que estuvieran hablando entre ellas en absoluto —dijo Giuffrida—. En mi opinión, se trataba de ondas de pensamiento, mensajes telepáticos que mi transceptor logró captar accidentalmente. Hasta cierto punto, nadie que se hallase cerca de las entidades emisoras o receptoras habría notado nada; mejor dicho, las habría encontrado tan silenciosas e inmóviles como siempre… Sólo al final, antes de que los mensajes cesaran para dar paso a otras manifestaciones físicas, se produjo un verdadero fenómeno acústico perceptible para el oído humano. Si tiene un poco de paciencia, también podrá oírlo.

Escuché, pues, atentamente. En medio del doloroso progreso de aquellos discursos era a veces capaz de aislar alguna serie de sílabas que, unidas entre sí con mucha aspereza, formaban palabras reconocibles. Así pude recomponer la palabra «tron-co»…, la palabra «mu-ro»… Y aguzando el oído descubrí que cada sustantivo iba precedido del predicado «ve-o»: «ve-o-tron-co»…, «ve-o-mu-ro». Se trataba de puras y simples afirmaciones, como si aquellas desconocidas entidades, tras de haberse abierto paso horadando lo sólido y absorbiendo lo líquido, hubieran salido a la superficie sólo para dar constancia de cuanto percibían con la vista y describir sumariamente su naturaleza. Una voz, más cavernosa que las demás, construyó la oración «ve-o-ca-mi-no-en-tre-las-ca-sas»; y otra, con la misma monótona cadencia, respondió: «ve-o-ca-mi-no-en-tre-las-plan-tas». Poco a poco, aquel intercambio oral de información fue adquiriendo mayor flexibilidad. El agua muerta absorbida en cada pausa parecía actuar como un lubricante. En los enunciados, sin embargo, faltaban adjetivos. Aquéllos no eran más que descripciones sencillas de lo que quiera que cayese dentro de un determinado campo visual. Y se trataba de campos estrechos y fijos de los que la mirada del espectador parecía no poder escapar; con todo, en la repetición de las proposiciones —hasta seis veces se llegaba a afirmar la presencia de una puerta— se advertía una progresiva introducción de inflexiones que daba a las frases un cierto ímpetu colérico. La determinación con la que aquellos seres habían luchado para alcanzar la superficie fue transformándose gradualmente en amargura; una amargura alimentada, al parecer, por la imposibilidad de acceder a horizontes más amplios. No obstante, me di cuenta de que aquel estado de reclusión óptica no afectaba del mismo modo a todas las criaturas. Una de ellas, verbigracia, acababa de informar de que veía ante sí un cielo abierto y colinas; y en su descripción, menos sumaria que las de sus congéneres, se notaba cierto aire de petulancia. Deduje de ello que la inteligencia que animaba aquellas voces obedecía a impulsos no del todo ajenos a la naturaleza humana. De hecho, después de este último mensaje se produjo una especie de silencio

amenazador, durante el cual sólo pude oír una voz débil que, como si masticara las sílabas, decía: «Yo-en-cam-bio-ve-o-so-lo-u-na-co-lum-na».

Giuffrida no había dejado de observarme ni un solo momento. No obstante el nerviosismo que delataba, interpreté la expresión de su rostro como un gesto de complicidad con el que parecía decirme: «Está empezando a entender de qué va todo esto, ¿no es así?».

Por el momento, en realidad, sólo podía albergar sospechas al respecto; las voces, en efecto, me habían permitido vislumbrar algunos fragmentos de verdad, pero era incapaz de formarme una imagen de conjunto clara del fenómeno. Naturalmente, quedaba descartada la posibilidad de que se tratara de «voces de difuntos» o, como había dicho Giuffrida, radioaficionados con ganas de broma. Pero seguía sin ver la conexión entre aquellas manifestaciones y el núcleo de mi investigación. ¿Qué tenía que ver todo aquello con las masacres?

En los siguientes fragmentos pude observar un curioso enriquecimiento del lenguaje. Habían aparecido los adjetivos, y las oraciones se beneficiaban de una mayor complejidad sintáctica; los sobrios inventarios de cuanto se tenía a la vista habían sido sustituidos por relaciones a menudo muy coloridas, como si aquellas entidades compitieran entre sí por ver quién describía mejor el paisaje que tenían delante. El ser que había hablado del cielo y las colinas, verbigracia, se vio interrumpido por una voz nueva que intervino para enumerar las bellezas de un jardín lleno de árboles y flores. A esto lo siguió una exclamación de ira. Una tercera voz, profunda e insinuante, relató el espectáculo de un castillo encantado con sus torres, sus pináculos y sus hermosas doncellas peinándose los dorados cabellos: «¡Eso es lo que veo!», concluyó la voz con un tono incisivo, casi insolente. Por entonces, las descripciones de sórdidos paisajes urbanos prácticamente habían desaparecido. En segundo plano, sin embargo, aún podía oírse a quienes maldecían el destino por haberlos condenado a la visión perpetua de algún rincón inmundo: paredes desconchadas y regadas de orines, cierres metálicos oxidados y pintarrajeados, oscuros callejones llenos de basura… Y en tales voces advertí un sombrío deseo de venganza y el ansia funesta de aplacar su inextinguible sed. Sentí una voz que decía: «Veo colosales árboles de alcanfor; veo palmeras del azúcar que, herido su tronco, destilan un licor dulce y embriagador; más allá veo magníficas palmas de areca dobladas por el peso de los grandes racimos de nueces; hay también mangostanes tan altos como cerezos, cuyos frutos, del tamaño de las naranjas, son los más sabrosos y delicados que puedan hallarse en la tierra; veo palmas datileras de hojas muy grandes, y trepadoras de *Uncaria,* y árboles de gutapercha y caucho…». La interrumpió una especie de quejido de consternación, un largo «¡OOOOH!» similar a una exclamación de incredulidad. «¡¡¡Mientes!!!», gritó acusadoramente una voz. «¡Pues venid a verlo si no lo creéis!». Al poco surgió una voz nueva y desafiante: «Y veo un islote de trescientos cincuenta metros de largo, sombreado por hermosas palmeras de sagú y árboles de durián, defendido hacia el extremo oriental por

un viejo pero aún sólido fuerte dayaco, construido con tablones y postes de teca; una madera dura como el hierro que resiste el impacto de balas de cañón de gran calibre». «¡Mentiroso!», intervino otra voz. «¡Me limito a informar exactamente de lo que veo!».

—Me parece estar escuchando a Kipling —le dije a Giuffrida.

—Yo diría más bien a Salgari —precisó él con una sonrisa trémula.

Llegó un momento en que se habría dicho que la imaginación de aquellas entidades había alcanzado su límite. Una de ellas volvió a hablar, y lo hizo de un océano sin límites, de naves navegando en la raya del horizonte; siguió a esto una referencia a una especie de paraíso mahometano habitado por huríes envueltas en tules vaporosos…; se oyeron más imprecaciones metálicas y al cabo la pugna por hacer la relación más colorida pareció llegar a su fin. Se produjo un silencio muy largo. Percibí entonces un zumbido profundo, como cuando uno se acerca una caracola al oído. De la oquedad resonante de aquel silencio se elevó una voz decidida y belicosa, con un timbre más metálico que las anteriores, la cual me trajo a la memoria la descripción que hizo Abba de la restallante voz del general Bixio.[26]

—¡Yo te arrebataré ese puesto!

—¡Y yo esperaré a que lo hagas para echarte a ti de allí!

—¡Ya veremos si eres capaz de hacerlo!

—No me importa a quién pertenezca, yo me quedaré con el mejor de los puestos…

Se trataba, en fin, de una sucesión de desafíos, lanzados desde diversos flancos, que parecían converger en un deseo único y común: desalojar de sus miradores a quienes alardeaban de vistas agradables para apoderarse de ellos. Después de eso, las voces pasaron a discutir sobre cómo habrían de verificarse los duelos resultantes de aquellos desafíos. Tenían entonces un tono seco y preciso.

—Veo delante de mí unas cosas que se mueven y que podríamos emplear para golpearnos.

—No se moverán durante mucho más tiempo, ya casi no queda jugo que extraer ahí dentro.

—Estoy de acuerdo en usarlas como espadas o garrotes.

—Sin embargo, antes debemos asegurarnos de su solidez.

—Nada que objetar a eso.

—Primero las probaremos contra las aceras.

—El que se sirvió de la piedra para matar será asimismo usado con el mismo fin.

—En esto estamos todos de acuerdo.

—Decidamos, pues, cuándo comenzará la lucha.

—El dos de julio, y sólo pelearemos de noche.

—¡Bravo!

—El dos de julio habrá lucha, y será nuestra lucha.

—¡Sí, habrá lucha!

—¡Bravo!

Y en eso se oyó un grito, un grito terrible seguido de otros que reverberaron como ecos. No me cabía ninguna duda de que se trataba de gritos de guerra y no de simples «mensajes telepáticos», como tal vez hubiese sido el caso hasta ese momento.

—¡Son los gritos que oyó el abogado Segre! —exclamé, mirando a Giuffrida.

—Fueron captados y grabados el nueve de mayo a las dos de la mañana; la hora, desde luego, coincide —señaló él deteniendo la cinta.

—De modo que por fin tenemos las pruebas.

—Pruebas que tendremos que mantener en secreto.

—¿Y eso por qué?

—No creo que a nadie le agrade saber cómo nos consideraban esas entidades.

—¿Significa eso que no podré hablar de ello… en mi libro? —pregunté con desánimo y resignación.

—Por supuesto que podrá hablar de ello… Pero mucha gente se preguntará por qué no lo hizo hace diez años. La conciencia pública al respecto en aquel momento no era muy distinta a la actual; imagino que usted también vio aquellas huellas en el asfalto, en los parterres…, y los lugares a los que conducían si uno las seguía.

¡Naturalmente que las había visto…, y cosas aún peores también! De modo que incliné la cabeza en silencio, mordiéndome el labio inferior, como si las palabras de Giuffrida me hubieran herido y desenmascarado ante él.

—Pero ahora… —balbuceé— también conocemos los motivos…, el porqué de aquellas carnicerías.

—No, sólo lo que nosotros entendemos por tales —me corrigió mi anfitrión, que sacó el casete de la pletina y se lo guardó en un bolsillo. Yo estaba a punto de añadir algo más, quizá con la intención de justificarme ante él, cuando de repente vi que se tensaba para escuchar con atención.

—¿Qué ocurre? —me dio tiempo a preguntar antes de que él me agarrara por la muñeca para obligarme a guardar silencio. Gauguin se había abalanzado sobre la puerta, ladrando; parecía a punto de arañarla con las patas. Entonces, habiendo alcanzado su furia el punto culminante, retrocedió de repente con la cola baja, como si fuera presa de un miedo invencible.

—¡Quédese quieto! —me ordenó Giuffrida—. Debe de haber alguien merodeando por el jardín… No sé de quién puede tratarse; los ladrones le tienen demasiado miedo al perro para pensar en visitarme.

Yo no oía más que los ladridos de Gauguin, el cual parecía alternar la ira con el terror, como un chihuahua ante un gato rabioso. Al cabo de un momento se calmó un poco, lanzó un gruñido largo y arrastrado que se desvaneció en un gañido y fue a agazaparse de nuevo en su rincón.

—Será mejor que le acompañe hasta donde haya dejado el coche —dijo Giuffrida al notar mi palidez.

—¿Tiene usted un revólver? —le pregunté.

—No me gustan las armas de fuego. Gauguin se basta y se sobra para

defendernos si fuera necesario.

Le puso la correa al animal y tiró de él hacia la puerta. Los seguí con cautela y esperé a que Giuffrida echara el primer vistazo al jardín.

—No parece que haya nadie —dijo con tono de alivio—; ha debido de ser un zorro o una comadreja…

Recorrí con la vista el pequeño jardín y, a la luz de la luna, no vi más que algunos arbustos ralos, un pequeño árbol y la estatua de Diana brillando de pura blancura ante ellos. Le pregunté a Giuffrida por qué la conservaba y me explicó que la había comprado, precisamente, porque no tenía ningún valor. Había sido esculpida por un artesano especializado en esculturas funerarias y, en opinión de mi anfitrión, añadía un adecuado toque *kitsch* al entorno; ya se sabe que una pizca de mal gusto siempre le da mayor relevancia a las obras de verdadero valor artístico.

Llegamos los tres al lugar donde había aparcado el coche. Giuffrida me estrechó la mano suavemente, como hiciera a mi llegada; noté que estaba inquieto y temblaba ligeramente. No me molesté en preguntarle si nos volveríamos a ver; imaginaba demasiado bien la respuesta: «Ahora que posee la información, el uso que haga de ella será sólo responsabilidad suya».

Le agradecí a Giuffrida que me hubiera recibido y le di unas palmaditas en el lomo a Gauguin; abordé el vehículo, lo puse en marcha y conduje colina abajo.

Un coche me venía siguiendo.

Notas

21. «No hay una tercera oportunidad».
22. Gustavo Adolfo Rol (1903-1994), célebre vidente y parapsicólogo turinés.
23. Friedrich Jürgenson (1903-1987), productor cinematográfico sueco. Kostantine Raudive (1909-1974), psicólogo letón. Son considerados pioneros de la grabación de voces atribuidas a entidades del más allá.
24. Psicólogo y médico alemán (1907-1991), estudioso y divulgador de la parapsicología.
25. Un aparato transmisor y receptor de radio.
26. En *Vita di Nino Bixio* (1905), del escritor italiano Giuseppe Cesare Abba (1838-1910).

VIII. La hemeroteca

Había recibido una carta de Ballarin enviada desde Venecia poco después de su llegada allí; a pesar de que sabía positivamente que me hallaba encadenado a Turín como Prometeo a su roca, me animaba encarecidamente a hacer las maletas e instalarme en la Ciudad de los Canales. Mi amigo me explicaba que, después de haberse pasado la vida saltando de una ciudad muerta a otra, había descubierto que en la Serenísima República el oído y la vista aún podían ejercer su función, a pesar del hedor procedente de Marghera.[27] Mi sentido artístico debía tener en cuenta ciertas ventajas, por efímeras que parecieran. ¿Por qué postergar indefinidamente una decisión que sólo podía reportarme beneficios? Todo aquello, naturalmente, resultaba muy agradable viniendo de un buen amigo. Le respondí que, en aquel momento, mi odioso empleo en una firma turinesa era lo único que me permitía sobrevivir; tan pronto como viera una oportunidad de establecerme cerca de él, ¡la aprovecharía sin pensarlo! Ni que decir tiene que le oculté lo esencial; esto es, que mi flauta no era como la suya, ¡ese hipogrifo que él podía montar para emprender el vuelo en cualquier momento!

Y yo era plenamente consciente de ello, sobre todo después de mi visita a Giuffrida; pues incluso las zarabandas de Bach y ciertos adagios de Albinoni y Vivaldi que, mal que bien, siempre había podido interpretar con la consiguiente satisfacción interior, me dejaban entonces indiferente. La belleza de sus frases musicales ya no lograba conmoverme: se me antojaban vacías, ajenas a mí, como si el recuerdo de los ruidos de succión oídos en casa de Giuffrida, actuando sobre mí retrospectivamente, me privara del placer de saborearlas. Me sentía cansado y deprimido; con los dedos descansando flojamente sobre el instrumento, exhalaba estúpidamente por la boca como quien sopla en una cerbatana. Incluso intenté abandonar a los «clásicos» para lanzarme con «espíritu de ruptura» sobre ruidosos cacharros escogidos de entre mi utilería de cocina; pero aporreando cacerolas con un cucharón o afilando cuchillos mientras gritaba como un poseso no logré más que aumentar mi malestar interior: había un exceso de angustia, de desolación, que no podía expresar musicalmente.

Una de esas noches de aflicción sufrí una pesadilla; en ella unos jóvenes arqueólogos, excavando un yacimiento próximo a Volterra, habían descubierto unos bajorrelieves que revelaban que el gran poeta Virgilio había sido en realidad un avestruz. Las tallas databan de la época de Augusto. El anónimo escultor había representado al poeta romano en diferentes posturas y situaciones: de pie, con su largo cuello casi vertical y su cabecita picuda animada por dos ojillos brillantes de inteligencia; corriendo y batiendo las alas

en el interior del palacio imperial, entre guardias pretorianos que le presentaban sus armas… A esta serie la seguía una escena grupal: Augustus Imperator, Horatius Flaccus, Publius Ovidius Naso, Publius Virgilius Maro Struthiocamelus[28] y, alrededor de ellos, algunos consejeros de palacio. Finalmente, Virgilio aparecía muerto y colgado de un gancho en una carnicería. La revelación había conmovido al mundo entero y reforzado las tesis de quienes creían que incluso el cuerpo de un ave estrucioniforme puede albergar un alma sublime.

El sueño, además, arrojó una luz nueva y siniestra sobre mi flauta que me llevó a asociarla con las de los pastores que conversan en las *Bucólicas* de Virgilio. Con esta idea en la cabeza, la partí en dos y tiré los fragmentos a la calle por una ventana. La visión onírica de los bajorrelieves me había llenado de espanto. Los había visto desfilar ante mis ojos a un palmo de distancia, y luego desaparecer en mi interior, de modo que ya no me fue posible verlos, pero sí sentirlos. Su presencia interna me impedía acceder a lo que había tras ellos; se habían convertido en la tapa del sarcófago que albergaba todas mis riquezas. Sin embargo, pensé, alguien o algo podría excavar una galería subterránea para venir a succionármelas.

En ese estado de inquietud e inseguridad salí de casa a las ocho de la mañana para ir a trabajar a la oficina. Hacia las seis de la tarde me encontraba cómodamente instalado en una biblioteca pública, con la intención de consultar periódicos antiguos en los que se informaba de sucesos que habría dado cualquier cosa por olvidar. «¿Sigue siendo ésta la ciudad de Gramsci y Gobetti?»,[29] podía leerse en *La Stampa*; y en otros diarios: «Un estallido de violencia», «Una furia sin sentido se apodera de la ciudad», «Hora crítica en Turín», «Un enigma pavoroso»… «Si nos halláramos sólo ante unos cuantos asesinatos aislados, ciertamente horrendos como los perpetrados en la avenida Stati Uniti y en la plaza Carlo Felice —declaró a la prensa un portavoz de la Policía—, al menos podríamos considerarlos como la sangrienta obra de uno o varios perturbados; y esto supondría un alivio para todos, tanto a nivel político como al de nuestra conciencia humana. Pero si es así que hay locura de por medio, en este caso posee un carácter colectivo y ciertas implicaciones ideológicas». «El ambiente festivo del verano parece haberse esfumado después de estas masacres —afirmaba *La Gazzetta*—; una pesadilla que la ciudad, afectada por una epidemia de insomnio, ya no podrá olvidar. Una multitud de ciudadanos, el sonido continuo de pasos arrastrados bajo la Galería Subalpina […]. Un libro de condolencias custodiado por una guardia de honor formada por cuatro agentes de policía, un gran crespón negro colgando de la bandera nacional que cubre la mesa. Los turineses acuden en masa a estampar su firma y dejar sus palabras de condolencia en estos registros mortuorios, los cuales se llevan al ayuntamiento cuando ya no queda un solo espacio en blanco en ellos. Algunos niños creen que en esas hojas los adultos escriben sus deseos para las próximas fiestas. Es difícil…, no, imposible explicarles lo que tienen ante los ojos».

En las áreas comerciales de la ciudad, especialmente en las tiendas de ropa, el negocio se estancó dolorosamente… «Los rostros de plástico de los maniquíes —jóvenes y hermosos— sonríen inexpresivamente a la multitud triste y marchita que pasa ante ellos». Y entonces llegó el mensaje del presidente de la República: «Las horrendas matanzas que han inundado de sangre las calles de Turín, una ciudad tan querida para nosotros, dejan a la nación consternada por su inaudita brutalidad, su exceso de maldad y el insultante atrevimiento con que se llevan a cabo. Se trata de eslabones de una sangrienta cadena de actos terroristas que debemos romper a toda costa para salvaguardar las vidas y la libertad de nuestros ciudadanos. Corresponde a las fuerzas del orden democrático, corresponde a las autoridades judiciales —ante las que se acumulan numerosas denuncias por incitación a actos de terrorismo— devolverle a la ley su soberanía tal y como lo exige el pueblo italiano. Corresponde a la ciudadanía en su conjunto apoyar los esfuerzos de la justicia y las fuerzas del orden democrático en la defensa de la vida frente a la violencia asesina. A usted, honorable presidente del Consejo de Ministros; a usted, señor ministro del Interior, deseo expresarles mi solidaridad con la acción que el gobierno lleva a cabo a fin de reprimir estos actos criminales dirigidos a subvertir la orientación libre y democrática de nuestra patria. Les ruego que, en nombre de la nación y en el mío propio, hagan llegar las más sinceras condolencias a los familiares de todas las víctimas».

La opinión pública exigía la detención y el castigo de los culpables y sus posibles instigadores. Las autoridades eclesiásticas también lo demandaban; naturalmente, se mostraban muy preocupadas por los rumores que con tanta insistencia corrían por Turín, según los cuales los asesinos eran liberados cada noche de la Pequeña Casa de la Divina Providencia. Quienesquiera que fuesen aquéllos —se defendía el clero—, nada tenían que ver con los desdichados huéspedes de la Piccola Casa; por el contrario, nos enfrentábamos a criaturas plenamente conscientes y malvadas, si no por naturaleza, sí al menos por la funesta influencia de determinadas ideologías perversas y disolventes… ¡Y la ciudadanía, además, debía dejar de una vez por todas de desconfiar de la biblioteca, una de las pocas instituciones benéficas, si no la única, nacida en medio de una sociedad que había perdido ya todo sentido moral!

El 16 de julio de ese mismo año, un hombre de 36 años llamado Antonio Mangiaferri fue detenido por una patrulla de carabineros en su propio domicilio, una pobre vivienda de la calle Barbaroux. Se tenía contra él el testimonio de un conductor de tranvía que le había visto, en la plaza Cavour, en una actitud que no dejaba lugar a dudas. El sospechoso medía dos metros y seis centímetros de altura, arrastraba un turbio pasado y una más que dudosa reputación, cambiaba constantemente de empleo debido a su carácter inconstante y rebelde, leía panfletos subversivos y ambicionaba iniciar una carrera de actor, aunque hasta ese momento no había hecho más que algunas breves apariciones en pequeñas películas que circulaban en el ambiente *underground*. La detención de Mangiaferri permitió por fin a la prensa «poner

al monstruo en primera plana»; y, ciertamente, ¿qué otra cosa podía ser, sino un monstruo, con esa mirada vacía y esa enorme mandíbula prognata, con esa fea cicatriz surcándole la mejilla derecha y esa profunda arruga horizontal partiéndole la frente en dos, con esas manos inmensas con las que podría haber jugado a la petanca con sandías…?

Por si eso fuera poco, todo el mundo coincidió en definir al testigo como una persona buena y agradable, equilibrada y de pocas palabras. «Angelo es un pedazo de pan —dijo de él su hermano—. Si acudió a la policía y a los carabineros para denunciar algo así, no hay duda de que está seguro de lo que afirma. Por mi parte, puedo añadir que desde crío ha tenido una memoria de elefante. Durante años ambos estuvimos ayudando a nuestros padres, que regentaban una tintorería. Angelo siempre se acordaba de todo: los nombres de los clientes, las direcciones de entrega… No había peligro de que se equivocara. Reconocía de un solo vistazo la ropa que nos entregaban para limpiar. Y si no lo creen, vayan y pregúntenle a mi madre, Francesca Moroni; tiene setenta y cuatro años y vive en casa de mi hermana…».

La prensa extranjera, sin embargo, acogió con frío escepticismo la detención de Mangiaferri y las motivaciones políticas que las autoridades atribuían a sus presuntos crímenes. Según aquélla, lo expuesto no cuadraba en absoluto con las descripciones de las matanzas, por muy vagas que fuesen, que hicieron los turistas que se encontraban en Turín en esas fechas. Existía coincidencia respecto al gigantismo de los *matarifes* —aunque no en la totalidad de los casos, empero: algunos, al parecer, eran de estatura prácticamente normal—; pero, a decir de los testigos extranjeros, su furia no parecía dirigirse sólo contra los seres humanos; esto es, no se limitaban a agarrar a los insomnes noctívagos y golpearlos contra el pavimento o los troncos de los árboles. En efecto, después de haber inmolado a algunos ciudadanos de esta manera, agarraban a otros —después de escogerlos cuidadosamente de entre la indolente multitud— y se servían de ellos como garrotes para golpearse entre sí. ¡Exacto! Y tampoco vestían ropas modestas y corrientes como Mangiaferri. Algunos turistas juraron haberlos visto cubiertos con amplias capas que caían formando llamativos pliegues, abiertas por delante para dejar al descubierto unos torsos ceñidos por estrechas casacas con largas hileras de botones. Por lo general, unos calzones ajustados completaban el vestuario de estos carnífices. La expresión de sus rostros era casi siempre grave, abstraída; incluso durante los combates singulares, en los que los duelistas —llamémoslos así— se rodeaban el uno al otro, midiéndose mutuamente como si buscaran algún signo de debilidad en su oponente. Cuando la distancia que los separaba era sólo de unos pasos, alzaban sus garrotes humanos y empezaban a golpearse furiosamente, aunque en silencio. Qué los incitaba a ello, no obstante, nadie podía decirlo…

Ante unas insinuaciones tan delirantes e intolerables, la indignada prensa italiana protestó de forma airada y unánime. Nuestros representantes en el Parlamento Europeo, asimismo, amenazaron con abandonar sus escaños si no

se detenía inmediatamente la campaña de difamación contra una ciudad tan rica en gloriosas tradiciones. Y como las insinuaciones no cesaron —como tampoco lo hicieron las matanzas—, el gobierno italiano puso sobre la mesa amenazas más concretas; de éstas, la más preocupante para nuestros socios internacionales fue la de dejar de pagar la enorme deuda contraída con el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.[30]

Los medios de comunicación extranjeros se volvieron inmediatamente más prudentes. En un gesto de clara intención conciliadora, el célebre psicoanalista Jean Lescaut expuso en *Le Monde* una teoría que podía considerarse como un compromiso razonable. Según ésta, la epidemia de insomnio —en cuyas posibles causas, sin embargo, prefería no entrar— había llevado al límite extremo de lo soportable la tensión psíquica de los turineses. Una vez que el umbral fue traspasado —aseguraba el sabio francés—, ésta explotó como un barreno cargado de dinamita y, al tiempo que cedían las defensas psicológicas, la fuerza física se centuplicó; por eso pudimos presenciar formas de agresión impensables en tiempos normales. Los afectados de insomnio se abalanzaban sobre el primer transeúnte que se les acercara, el cual, a su vez, podía ser otro insomne agresor. Esto explicaría, siquiera en parte, el pacto de silencio que sellaba los labios de los testigos; en efecto, ¿cómo iba a atreverse nadie a denunciar a uno de sus convecinos si a la noche siguiente, o quizá a la otra, él también podía comportarse de la misma manera? Las expresiones de dolor público en la Galería Subalpina habrían sido, pues, una forma de exorcizar el sentimiento de culpa que cada turinés albergaba en su interior.

El artículo en *Le Monde,* mal que bien, contribuyó a calmar los ánimos. Nuestras relaciones con otras naciones europeas volvieron, por así decirlo, a la normalidad. En cuanto a la teoría del doctor Lescaut en sí misma, hay que decir que no fue tenida muy en cuenta por los investigadores del fenómeno: ésta negaba la posibilidad de que existiese alguna motivación ideológica, y si se examinaba con detenimiento, se acababa advirtiendo un trasfondo ofensivo que afectaba por igual a todos los ciudadanos turineses. De modo que se optó por mantener a Mangiaferri en prisión y someter a vigilancia a cualquier persona que tuviera algún vínculo con él.

A pesar de las protestas alentadas por algunas organizaciones cívicas radicales, ninguna de las personas que se hallaban en prisión provisional por su supuesta relación con los hechos fue llevada a juicio. Después de haber pasado cuatro años entre rejas, Mangiaferri y los demás fueron puestos en libertad al expirar los plazos fijados por la ley para la prisión preventiva. Para entonces, sin embargo, los «veinte días de Turín» —que habían terminado el 22 de julio tan repentinamente como empezaran— eran ya considerados como un acontecimiento lejano; un acontecimiento que, por añadidura, nadie deseaba recordar.

Notas

27. Una localidad perteneciente al municipio de Venecia; su zona industrial alberga

plantas petroquímicas y de producción de fertilizantes.
28. Horacio (65-8 a. C.) y Ovidio (43 a. C.-17 d. C.), poetas en lengua latina; Virgilio «el avestruz» (70 a. C.-19 a. C.), poeta latino, convertido aquí en personaje fantástico.
29. Antonio Gramsci (1891-1937), teórico marxista y fundador del diario *L'Unità* —en el que el autor colaboró entre 1958 y 1965—; Piero Gobetti (1901-1926), periodista y escritor. Ambos son considerados turineses ilustres y fueron víctimas de la represión fascista en Italia.
30. La novela fue escrita en 1975-1976, y el Banco Central Europeo se creó en 1998.

IX. Los mensajes

La sensación de estar siendo constantemente vigilado no me había abandonado desde la noche de mi encuentro con la hermana Clotilde; a esto, además, debía añadirse la cuestión de las llamadas telefónicas «mudas» —recibía al menos un par de ellas al día— y el automóvil que me había seguido durante el trayecto de vuelta a casa desde la de Giuffrida: un Simca rojo con dos personas a bordo —no logré identificar su sexo— que en vez de adelantarme —como podía haber hecho en cualquier momento, pues mi coche tiene una cilindrada ridícula— había preferido pisarme los talones con una obstinación que llegó a inquietarme. Habiendo estacionado mi vehículo a unos metros del portal de mi edificio, vi que el Simca se había detenido cerca de la iglesia de la Gran Madre de Dios. Permaneció allí mientras yo buscaba las llaves y abría la puerta, y cuando ya me disponía a entrar en el vestíbulo, arrancó bruscamente y, con un desagradable chirrido de neumáticos, ¡salió disparado hacia la plaza Vittorio Veneto!… Hubo otros incidentes extraños además de éstos, pero de naturaleza demasiado intangible para poder describirlos.

En vez de eso, me detendré en un nuevo episodio que se inició una tarde que había dedicado a buscar material para mi investigación en la Biblioteca Cívica Central. Al regresar a casa, encontré un sobre dirigido a mí bajo la puerta de mi apartamento. El nombre del remitente no aparecía en ninguna parte; si deseaba responder a la misiva, según se me explicaba en el interior, tendría que depositar mi respuesta en un buzón fuera de servicio cerca de la estación de Dora. Transcribo a continuación —de forma prácticamente literal— el contenido de la carta:

Estimado señor:

Desde hace mucho tiempo —meses, años tal vez, lo ignoro— dedico un rato cada día a escribir una carta a alguna persona escogida al azar en una vieja guía telefónica. Jamás he recibido respuesta a ninguna de ellas, pero esto no me impide continuar haciéndolo. Le confieso que no consigo explicarme la razón de esta resistencia a establecer un diálogo. Tal vez haya quien piense que no poseo un estilo lo suficientemente atractivo o se imagine que deseo entrometerme indebidamente en su intimidad; restregar, por así decirlo, la mugre de mi alma en sus pantalones. ¡Pues bien, esto es absolutamente falso!… Por otra parte, yo no le pido nada a nadie; en mi juventud trabajé en una compañía aseguradora, y ahora vivo holgadamente del seguro que me hice a mí mismo. Pero dejémonos de preámbulos y vayamos a lo que nos interesa; esto es, conocernos el uno al otro, sentar las bases de una relación epistolar en la que usted, así lo deseo, pueda sentirse a gusto… Para empezar por algún lado, le diré que tenía un perro… Sin embargo, como es posible que no le gusten los perros, será mejor que pase directamente a hablarle de mí. Físicamente soy un hombre bien parecido, más bien pequeño de estatura, pero en modo alguno se me puede considerar enclenque. La vida que llevo,

aunque modesta, es tan digna como la de cualquier hijo de vecino. Tarde tras tarde subo a mi pobre cuartucho; tarea bastante penosa en sí misma, pues vivo en un octavo piso y desde hace algún tiempo no hay ascensor ni escaleras en el edificio. Durante mi lenta y agotante ascensión, mientras busco y aprovecho cualquier cosa a la que pueda agarrarme, oigo caer los desperdicios desde los pisos superiores y las voces burlonas de mis vecinos, aunque apenas consigo entender lo que dicen. Una vez me encuentro sano y salvo en mi guarida, me dedico a releer atentamente un viejo diario que encontré hace tiempo en la basura. Cuando termino la lectura, la cual me resulta cada día más entretenida, doblo cuidadosamente el periódico y, durante cinco minutos, chupo mis cerezas al marrasquino como si fueran caramelos… Al filo de la medianoche las vuelvo a meter, casi intactas, en su tarro de cristal, donde cada noche veo cómo sube el nivel de saliva… He de confesarle, mi querido señor, que a veces me gustaría tener allí a alguien que fuera testigo de mi alegría. Está el perro, es cierto, pero éste es un asunto del que no puedo permitirme hablar, al menos hasta que usted me dé su consentimiento… ¿Será tan amable de dármelo, mi desconocido amigo? ¿Puedo contar con ello?… Espero haberle expuesto con la mayor franqueza cuanto un hombre puede decir de sí mismo sin faltar a la prudencia que, necesariamente, ha de observarse en la relación epistolar con un desconocido. A la espera de su respuesta, que bien podría ser el inicio de un intercambio de opiniones sobre cuestiones de interés común, le saludo cordialmente…

Le ruego deposite su posible respuesta en…

Atentamente…

Al principio, he de reconocerlo, preferí pensar que me hallaba ante la elaborada broma de algún amigo; sin embargo, la innegable certeza de que entre mis amistades no había nadie dotado para el humor negro me hizo sospechar que el asunto era menos frívolo de lo que a primera vista parecía. Advertí en aquella carta una escabrosidad demasiado natural. Incluso la elección del lugar donde debía dejar la respuesta se me antojó en armonía con su contenido. Que el extraño la hubiera deslizado por debajo de mi puerta parecía descartar la mano de uno de mis vecinos, a los que, por otro lado, conocía razonablemente bien: gente sencilla y reservada, desprovista de imaginación y bien protegida psicológicamente por sólidos afectos familiares. ¡En efecto! La única persona que, en cierto sentido, tenía «razones íntimas» para comportarse de un modo semejante… ¡era yo mismo! Pero… ¡demonios!, ¡aún no había logrado desdoblar mi personalidad hasta ese punto! Dejé la carta a un lado con la intención de volver a leerla luego con más calma. En eso descubrí que el inesperado hallazgo me había quitado el apetito, de modo que decidí posponer los preparativos de mi solitaria cena. Además, empezaba a dolerme la cabeza y pensé que lo mejor sería dar un buen paseo por el barrio.

La noche era clara y serena; difícilmente podría hallar un analgésico más eficaz para aliviar mi cefalea que la brisa primaveral que soplaba. Respiré profundamente un par de veces, expandiendo el abdomen —tal y como enseñan los yoguis— para llevar el oxígeno a la base de los pulmones. Serían alrededor de las ocho y media; esa hora en que la gente decente abandona las calles a fin de observar los ritos y ceremonias del hogar y los bares disfrutan de un breve respiro a la espera de la avalancha de clientes nocturnos, la cual nunca se produce antes de las nueve. Aquél, pues, era el nivel máximo de

silencio al que podía aspirar si pretendía aflojar la banda que me oprimía el cráneo.

Alcé la vista hacia el cielo y advertí que la luna estaba en menguante. En el lado opuesto de la calle, un letrero de neón defectuoso parpadeaba con un ritmo irregular. Tres vehículos estacionados en batería a lo largo de mi acera eran de la misma marca, modelo y color; sus matrículas, además, tenían varios dígitos en común. Me pareció que había menos transeúntes de vuelta a casa que de costumbre. A mi derecha —aún no me había acercado al puente que cruza el Po, como era mi intención— vi a dos jóvenes con el cabello rubio peinado hacia atrás, impecable traje oscuro y corbata morada que charlaban entre sí y, de vez en cuando, me miraban de reojo. Parecían dos misioneros mormones; naturalmente, había visto a otros como ellos haciendo proselitismo de su secta frente a la estación de Porta Nuova: rostros sonrosados y cuellos siempre como recién rasurados.

Nada más percatarse de que yo también los observaba, los jóvenes se volvieron y apresuraron a tomar por la primera calle perpendicular. Entre los coches aparcados al otro lado de la avenida, me llamó la atención un Simca rojo que, no sé muy bien por qué, enseguida relacioné mentalmente con ellos. Ciertamente, nada advertí en su comportamiento que me hiciera suponer que tuvieran algún propósito particular…, al menos hasta que al cabo de un rato los vi reaparecer a mi izquierda —aparentemente después de haber dado la vuelta a la manzana— y dirigirse a la iglesia de la Gran Madre de Dios, donde se detuvieron ante la escalinata y contemplaron largamente las estatuas de piedra; entonces me pregunté si tendrían algo que ver con los milenaristas. Recordé, sin embargo, que los milenaristas no se vestían de forma tan convencional ni se conducían de un modo tan marcial. Por otra parte, la severidad que irradiaban aquellos jóvenes asustaba. Esto bien puedo asegurarlo, pues al ver que no se movían de allí, que, por el contrario, permanecían como empalados junto a una de las estatuas neoclásicas que flanquean la escalinata, me acerqué cautelosamente a ellos a fin de vigilarlos más cómodamente. Uno de los jóvenes tenía un *walkie-talkie* pegado al oído y susurraba palabras ininteligibles para mí. Los ojos de ambos estaban clavados en la estatua, como si esperasen una respuesta de ella. Yo también me puse a mirarla desde mi escondite: no me habría sorprendido verla asentir con la cabeza en cualquier momento. Como, para mi gran alivio, el tiempo pasaba sin que ocurriese nada extraño, me di la vuelta para alejarme de allí y reanudar mi paseo.

Paseé durante media hora bajo los soportales de la calle Po, deteniéndome de tanto en tanto a mirar algún escaparate. Cuando me dirigía de vuelta a casa, reparé en que los dos jóvenes se habían ido y que el Simca tampoco se encontraba ya allí. ¡De modo que, después de todo, mis sospechas tenían cierto fundamento! No podía, pues, descartarse una relación entre aquellos dos tipos y el vehículo que me había seguido desde las colinas de Turín. Me acerqué a echarle otro vistazo a la estatua y, mientras observaba su olímpica indiferencia,

vi por el rabillo del ojo una figura blanca recortándose contra el portal de la iglesia en lo alto de la escalinata. Dirigí enseguida la vista hacia allí. Uno de los batientes de la puerta estaba enteramente abierto y, en contraste con la oscuridad interior del templo, la aparición resultaba fantasmagórica. La figura femenina tenía los ojos clavados en mí y los brazos cruzados sobre el pecho; en su mirada advertí una voluntad inquisitiva… «¡La hermana Clotilde!», balbuceé. Esperaba verla venir hacia mí para reprocharme el no haber seguido sus exhortaciones y las de sus hermanas de congregación… El desnivel y la distancia que nos separaban no me permitían apreciar correctamente las expresiones de su rostro, y la imaginación empezó a jugarme malas pasadas: por un momento me parecía terriblemente serio y, sin embargo, un instante después habría jurado que me sonreía; su manto blanco, asimismo, parecía agitado por la brisa, pero al poco sus pliegues se me antojaban rígidos, como tallados en mármol.

Incapaz de soportar por más tiempo la ambigüedad de la visión, empecé a ascender por la escalinata; al cabo de unos cuantos pasos, sin embargo, la religiosa se volvió y desapareció en el interior de la iglesia. El batiente se cerró suavemente a su espalda sin hacer el menor ruido.

En aquel momento sentí unas ganas terribles de salir corriendo de allí en dirección a mi casa. Así lo hice, y una vez encerrado en ella encendí la radio, subí el volumen al máximo y me dispuse a preparar la cena. Cociné con desacostumbrada meticulosidad, incluso consulté un libro de recetas que había heredado de mi madre. Después de comer y bajar un poco el volumen del aparato de radio, me senté ante mi escritorio y releí la carta del desconocido. ¡Sentí entonces que era preciso hacer alguna cosa, entretener mi mente de algún modo! Como la flauta dulce ya no se contaba entre mis efectos personales, pues me había deshecho de ella, intenté escribir algunas frases. No recuerdo bien lo que escribí; sé que metí la hoja escrita en un sobre y que al día siguiente —me avergüenza confesarlo— fui a depositarlo en el lugar cercano a la estación de Dora que me había indicado mi anónimo corresponsal…

Unos días después, al volver de la oficina una tarde, encontré una segunda carta bajo la puerta:

Estimado señor:

He recibido su carta, cuyo contenido es del máximo interés para mí. He de confesarle que, cuando subí con ella a mi cuartucho, tuve que llevarla entre los dientes para tener las manos libres, ya que la administración de la finca aún no ha encontrado una forma de hacer más cómoda la subida a los pisos… En cualquier caso, un poco de ejercicio nunca viene mal, sobre todo en estos tiempos en los que la calidad del aire…, ¡ah, la calidad del aire! Tendrá que disculparme, mi desconocido amigo, si le respondo sin haber leído aún íntegramente su carta, pero una lectura concienzuda no es algo que uno pueda hacer así como así, de un tirón. Por otra parte, no debería usted fiarse de todo lo que le digo; en efecto, puede que sí la haya leído y prefiera no admitirlo por alguna razón particular —por ejemplo, la luz es del todo insuficiente en este edificio—. Pero mejor hablemos de otra cosa. Ahora me gustaría pintarle una imagen del bloque de pisos en el que habito. Se trata de una torre cilíndrica muy alta. La escalera fue

demolida hace ya mucho tiempo y ahora su caja está vacía. En su momento, la administración de las últimas plantas emitió un comunicado explicando los motivos de esta disposición, pero esto, en el fondo, es lo de menos: de un modo u otro, un muro siempre puede ser escalado; lo que me deja perplejo es que la administración haya autorizado a los vecinos a usar el hueco de la escalera como vertedero de basura. Al principio no le presté mucha atención; se trataba de muebles y libros viejos, papel usado, restos de cocina… Pero, más tarde, la naturaleza de los residuos empezó a volverse…, ¿cómo decirlo?…, más escandalosa e íntima. Eran, si se me permite el término, excrementos humanos lo que principalmente caía desde arriba en cantidades cada vez mayores. Con el paso de los años, el nivel de inmundicia ha ido subiendo y en la actualidad llega hasta las viviendas del primer piso; las cuales, afortunadamente, están ocupadas sólo por familias de clase trabajadora. Pues bien, ¿me creerá usted si le digo que aún no he escuchado ni una sola palabra de explicación al respecto? Por otro lado, el miedo a sanciones severas es tal que mis vecinos de piso prefieren guardar silencio, como si verse cubiertos de mierda por el poder gerontocrático —todos los inquilinos de los pisos superiores son ancianos— fuera algo perfectamente normal. Ahora, mi buen amigo, yo le pregunto: ¿le parece razonable este *statu quo*? ¿Le parece mínimamente correcto? No me cabe duda de que querrá responderme; y a la espera de su carta, que será uno de los regalos más gratos que puedo esperar recibir, le saludo cordialmente.

Atentamente…

El hecho de haber cedido a la tentación de responder al desconocido me había causado una profunda sensación de abatimiento y humillación. No sabía cómo conciliar este fracaso personal con el deseo, cualquier cosa menos aletargado, de proseguir con mi investigación. Era como si me esforzara por expulsar a un enemigo con el que, al mismo tiempo, me estuviera acostando. Naturalmente, todas las tardes, al salir del trabajo, iba a la Biblioteca Civica o a la Nazionale y no había un día en que no hiciese algún pequeño descubrimiento. En adición a esto, un sábado por la mañana entré en una peluquería de la plaza Lagrange —la de Eligio, para quienes no la conozcan—, no tanto para cortarme el pelo como para charlar un rato con el dueño, pues me parecía posible que tuviera alguna información de utilidad para mí. ¡El bueno de Eligio llevaba veinte años trabajando en aquella plaza y debía de haber visto muchas cosas por allí!

Cuando el maestro estaba a punto de aplicarme las tijeras a la cabellera, abrí un manoseado ejemplar de *Tuttosport* a disposición de los clientes, pensando que me ayudaría a iniciar una conversación. Al cabo de un rato, en efecto, el tema del «fútbol» consiguió romper el hielo entre nosotros. Me resultó bastante fácil descubrir a qué equipo apoyaba y no tardé en hacerle saber que también era el mío. Le permití entrar en detalles técnicos sobre el estilo de juego de tal o cual futbolista y, demostrándole siempre que estaba de acuerdo con él, esperé a que se calmara su entusiasmo crítico para asegurarle que podía considerarse un hombre afortunado. Y es que no sólo su equipo iba a ganar el campeonato aquel año, sino que además tenía la enorme suerte de trabajar en una de las plazoletas más hermosas de Turín. Le confesé que yo habría dado cualquier cosa por estar en su lugar. Le describí la sordidez de la calle donde se encuentra la empresa en la que trabajaba y me quejé de la aridez de mi empleo

administrativo, el cual, ciertamente, apenas valía el esfuerzo de una licenciatura universitaria. Eligio me dio la razón. Sus padres habían querido enviarle a la universidad, pero él se mantuvo en sus trece: ¡sería barbero o nada! Se había salido con la suya, y entonces se sentía más que satisfecho con su vida.

—Por cierto, ¿no estuvo esta plaza dedicada en su día a Paleòcapa? —le pregunté con indiferencia.

El peluquero fingió no haberme oído.

—Lo pregunto porque una vez, hace ya mucho tiempo, vine a cortarme el pelo y me pareció que en ese pedestal estaba la estatua de Paleòcapa y no la de Lagrange.[31]

—¿Ah, sí? —dijo Eligio.

—Quizá se deba a que vengo poco al centro y no sigo mucho lo que pasa aquí —insistí—, pero juraría que el nombre de la plaza era diferente… ¿Lleva usted mucho tiempo establecido aquí?

—Hará unos diecinueve años.

—Entonces debió de haber notado el cambio… ¿No se preguntó el porqué de ello?

—Yo me limito a hacer mi trabajo y no suelo prestar atención a lo que pasa ahí fuera —respondió, dándole más velocidad a las tijeras—. Debía de encontrarme en la montaña cuando el alcalde cambió de lugar las estatuas.

—¿Por qué supone que fue el alcalde quien las cambió de sitio?

—¿Y quién si no podría haberlo hecho? Si quiere ver el monumento a Paleòcapa, sólo tiene que cruzar la plaza Carlo Felice y lo encontrará al otro lado… Por otra parte, las estatuas están bien donde están, igual que yo estoy bien donde estoy… ¿Le corto por atrás a ras del peine?

—No, gracias, no me descargue demasiado.

Un nuevo cliente había entrado en el establecimiento; un tipo alto y fornido que, nada más sentarse, cogió una revista y se puso a hojearla ruidosamente. En el espejo pude ver que cambiaba las piernas de posición cada dos por tres.

—¿Conoce bien el centro de la ciudad? —le pregunté a Eligio.

—Bueno, he nacido aquí, ¿le basta eso?

—¿Sabe si ha habido otros cambios como éste?

Eligio volvió un momento la cabeza para mirar al otro cliente, que había bajado la revista al oír mi pregunta; me pareció que ambos hombres intercambiaban una expresión de inteligencia.

—¿A qué se refiere?

—Sí, a otros intercambios de nombres entre calles o plazas.

—No, no me consta; en realidad, no, estoy seguro de ello.

—De modo que sólo aquí: Lagrange en lugar de Paleòcapa y Paleòcapa en lugar de Lagrange…[32] Se diría que estos dos personajes no estaban muy contentos con el puesto que ocupaban anteriormente.

—¡Cómo!, ¿acaso usted está contento con el puesto que ocupa? —replicó irónicamente el peluquero.

—Bueno, no demasiado, a decir verdad.

El cliente empezó a reírse y me sentí obligado a hacer lo mismo.

—Ya ve, cada uno se adapta como buenamente puede… A mí también me gustaría trabajar en la plaza San Carlo… o tener un salón de peluquería para señoras de postín.

No podía reprochárselo, desde luego; pero la risa del cliente, cada vez más estridente, me impulsó a continuar.

—Sí, estoy de acuerdo con usted: poca gente está contenta con el puesto que ocupa…, pero si para cambiarlo por el de alguien que tiene uno mejor (o que creemos que lo tiene) hay que armar una escabechina, con el resultado de que sólo un par de personas de cada mil conseguirán realmente cambiar…, sinceramente creo que es mejor dejarlo todo tal cual.

Se hizo un gran silencio. El cliente dejó de reírse y se escondió detrás de la revista. Eligio cambió las tijeras por la navaja y al poco sentí un escozor en la mejilla derecha.

—¡Ay! —me quejé, pero Eligio estaba listo para impedir el movimiento de mi mano…

—¡No se toque! Lo desinfectaré con alcohol, ¡es un cortecito de nada!

Permití, pues, que cogiera un poco de algodón, lo empapara en alcohol y lo presionara sobre el corte. No tardé en comprender que a Eligio no le había gustado mi discurso. Abrí de nuevo el *Tuttosport* e intenté leer un poco. Cuando volví a levantar la vista me di cuenta de que el otro cliente había desaparecido… Eligio fingió no percatarse de mi sorpresa. Me rogó entonces que me quitara las gafas porque tenía que pasarme la rasuradora por las patillas. Obedecí en silencio. Ya no volvimos a intercambiar más palabras. Después de peinarme me preguntó si quería un poco de agua de colonia. Negué con la cabeza. Fue a buscar el espejo para mostrarme el trabajo terminado. Estaba perfecto. Me cepilló los pelillos del cuello y me pidió un precio desorbitado por el servicio. Pagué sin rechistar y salí a la plaza… La estatua de Lagrange se me antojaba fuera de lugar en aquel pedestal; la inscripción no le hacía justicia a su biografía como matemático. Al menos, yo ignoraba que hubiese sido ingeniero hidráulico y un estadista tan eminente como Paleòcapa. Pensé que de haber sido escultor me habría gustado hacer algunas correcciones en el monumento… Sin embargo, hube de admitir que también yo me sentía un poco fuera de lugar…, aunque ignoraba cuál podría haber sido el *puesto* más adecuado para mí.

Notas

31. Pietro Paleòcapa (1788-1869), político e ingeniero italiano, vivió y falleció en Turín; Giuseppe Luigi Lagrangia o Lagrange (1736-1813), matemático y astrónomo turinés.

32. Naturalmente, nunca hubo tal cambio. La estatua de Paleòcapa, obra de Odoardo Tabacchi, fue erigida en 1871 en la plaza dedicada a aquél; la de Lagrange, obra de Giovanni Albertoni, se encuentra desde 1867 en la plaza que lleva el nombre del matemático turinés.

X. De nuevo el abogado Segre

Entretanto, la correspondencia con el desconocido había continuado; no transcribiré aquí, sin embargo, el contenido de nuestras cartas, pues no considero que ello fuese a aportar nada útil a mi informe. He de confesar, no obstante, que intenté descubrir su identidad, para lo cual realicé una operación de vigilancia nocturna, apostándome cerca del lugar donde depositara uno de mis sobres. Me mantuve al acecho hasta pasada la medianoche, pero ya se debiese a la lluvia o a Dios sabe qué, el caso fue que no vi a nadie acercarse por allí. Esto no impidió que llegara a mi domicilio otra de sus misivas, esta vez enviada de forma convencional por correo ordinario.

Lo que finalmente interrumpió nuestro intercambio epistolar —al menos por mi parte— fue una serie de pequeños aunque significativos hechos, de los que empecé a ser consciente mientras paseaba por las calles de la ciudad. Trataré de exponerlos de la forma más objetiva posible; de hecho, tardé bastante en percatarme de su, por así decirlo, carácter anómalo. En efecto, ¿quién prestaría atención a un individuo que se detiene un momento ante una papelera, de las muchas que hay por ahí, para tirar un volante de propaganda, una octavilla, etc.? ¿O a un hombre o una mujer que se agachan a recoger algo del suelo, como esos vagabundos que recolectan colillas de cigarrillos? Uno habría de tener el experimentado ojo de un director de cine para advertir tales acciones; y aun así, ¿para hacer qué con ellas? ¿Un documental sobre las costumbres de los peatones turineses? ¿Qué interés podría tener eso para nadie?

Si llegué a ser consciente del trasfondo insólito del asunto se lo debo exclusivamente a mi correspondencia con el desconocido: sus palabras, ciertamente, habían sensibilizado mis sentidos a todo lo que, a primera vista, parecía ser desechado, rechazado… Así, descubrí que no todo el mundo empleaba las papeleras para deshacerse del papel usado; algunos individuos, por el contrario, metían disimuladamente la mano en ellas en busca de determinados papeles que ponían enseguida a buen recaudo en sus bolsillos. E incluso aquellos que acostumbraban a coger cosas del suelo se mostraban especialmente interesados en ciertos papeles aparentemente inservibles; no se limitaban a recoger monedas de un céntimo, sellos perdidos, paquetes de cigarrillos que aún pudieran contener alguno…, al menos, no todos lo hacían.

De modo que yo también me dediqué a hurgar discretamente en esos recipientes y recoger gurruños de papel tirados en las aceras.

Durante los primeros días no encontré nada particularmente interesante. Pero una mañana, cuando me dirigía a mi trabajo —cosa que hacía a pie por primera vez en mi vida—, cayó en mis manos algo que no pudo menos de alarmarme. Se trataba de un pequeño bloc de notas de esos que pueden adquirirse en cualquier papelería, con las tapas desgastadas y todas sus hojas

de papel cuadriculado y grasiento cubiertas de una escritura minúscula; en la parte superior de cada página figuraba una fecha, y en la última, además, un nombre y una dirección postal. Procedí a leerlo inmediatamente y no tardé en descubrir la verdadera naturaleza de mi hallazgo. ¡Había dado con un diario! ¡Pero no con un diario corriente, sino con uno muy parecido a los que diez años atrás se depositaban en la extinta biblioteca! Similar, al menos, en cuanto a su espíritu y forma, pues encontré el contenido aún más obsceno que las indecentes confesiones escritas entonces; en efecto, ¡en aquellas notas se evidenciaba el gravísimo deterioro que, desde la época de los «veinte días», había sufrido la salud moral de los turineses! Arrojé el bloc a la papelera de donde lo había sacado y, arriesgándome a ser sancionado por llegar tarde al trabajo, me aposté en la acera de enfrente y me dispuse a hacer guardia. No tardé en verme recompensado. Al cabo de aproximadamente una hora —entretanto, muchos de mis conciudadanos habían utilizado la papelera empujados por su sentido cívico—, vi a una persona acercarse a ella con una inequívoca expresión de avidez en los ojos. Era un hombre más o menos de mi edad —una etapa de la vida nada desdeñable aún—, que podría haber sido perfectamente uno de los vecinos de mi edificio. Sin embargo, la forma en que hundió las manos en la papelera, el modo en que las giró para revolver su contenido y el brillo de perversa alegría que iluminó sus ojos al sacar el bloc se me antojaron signos muy reveladores. Le dedicó una mirada codiciosa y se lo guardó en un bolsillo, luego se alejó de allí dando rápidas zancadas y pegado a las fachadas de los edificios.

… No me detendré, pues, a exponer las razones por las que interrumpí mi correspondencia con el desconocido. Ver cómo aquel transeúnte solitario hurgaba en la basura hasta obtener su premio me había conmocionado extraordinariamente. Además, me percaté de que yo no era el único que montaba guardia en aquella acera; en la esquina opuesta de la misma manzana descubrí a otras dos personas que también parecían interesadas en seguir los movimientos de aquel tipo. Sólo que, mientras yo me sentía horrorizado, ellos se mostraban complacidos con lo que veían. Tomaban notas en un cuaderno y, de cuando en cuando, intercambiaban miradas de inteligencia y sonrisas de complicidad. Ambos eran jóvenes de aspecto respetable a los que cualquier familia habría invitado gustosamente a su mesa. Los trajes que vestían eran oscuros y estaban primorosamente cortados, como los de esos otros tipos que viera delante de la iglesia de la Gran Madre de Dios. Asimismo, me trajeron a la memoria la imagen de aquellos muchachos que, diez años antes, habían ido de puerta en puerta por toda la ciudad en busca de socios para la biblioteca; aunque en los que tenía a la vista, ciertamente, no se advertía nada parecido al entusiasmo, sólo una fría determinación por alcanzar un objetivo cuya naturaleza no me era dado conocer… Poco después fueron abordados por un hombre de edad madura, con gafas de montura negra y gruesas lentes, al que entregaron el cuaderno en el que habían estado escribiendo. El recién llegado saludó con la cabeza a los dos jóvenes, y éstos se alejaron en direcciones

divergentes… Mientras me encaminaba a toda prisa a mi trabajo, hube de recurrir a toda mi fuerza de voluntad para no mirar atrás: ¡no habría dado pie con bola en todo el día de haber descubierto entonces que alguien me seguía!

Al poco de llegar a la oficina, el director me llamó a su despacho para reprenderme por mis frecuentes retrasos; yo me limité a escuchar y prometerle ser más puntual en lo sucesivo. Después del sermón, me entregó una carta que había recibido y me explicó que el sobre, en el que figuraba mi nombre, venía dentro de otro dirigido a él; ignoraba a qué podría deberse aquello, pero me pidió que advirtiera a mis amigos que no le gustaba que le tomaran por mi cartero. No pude por menos de disculparme en mi nombre y en el de mis «amigos». Me guardé el sobre en un bolsillo y me dirigí a mi cuchitril. Antes de empezar con la odiosa rutina diaria, decidí sacar la carta y leerla; era del desconocido: me informaba de que, a partir de entonces, me enviaría sus cartas a través de mi director, y me explicaba detalladamente los motivos que tenía para ello. A continuación pasaba a darme noticias de carácter personal: la inmundicia en la caja vacía de la escalera había alcanzado ya el sexto piso; sólo dos pisos más y llegaría a su pobre cuartucho. Así tendría que vivir en un confinamiento forzoso hasta el final de sus días, el cual podría perfectamente sorprenderlo bien entrado en su novena década de vida; de hecho, empezaba a considerar la posibilidad de alimentarse a base de excrementos humanos… ¡Y mientras tanto, los inquilinos del noveno piso —muy viejos, pero tan longevos como todos los miembros de la administración— estarían vaciando botellas de champán y atiborrándose de caviar iraní! Esta situación, con todo, ya no le parecía tan injusta como antes: la encontraba, por el contrario, en plena armonía con las leyes de la creación. Me apremiaba a escribirle cuanto antes, pues en un par de semanas, calculaba él, le sería materialmente imposible continuar nuestra correspondencia. En esta ocasión, sin embargo, no le respondí. Cuando salí de la oficina —y ahora creo que no debería hacerlo hecho—, arrojé la misiva del desconocido a la papelera donde había encontrado el bloc, no sin antes haberle añadido las indicaciones del desconocido para contestar; quizá alguien la recogiese y respondiese por mí… No monté guardia entonces; me dije que ya había «otros» que lo harían gustosos.

* * *

Un tremendo golpe en la puerta de mi edificio interrumpió mi sueño en mitad de la noche; habiéndome costado tanto quedarme dormido —¿era así como empezaba el insomnio?—, la ira resultante del inesperado despertar se sumó al sobresalto causado por la amplificación del estruendo en el hueco de la escalera. Por un momento estuve a punto de bajar corriendo en pijama para darle una lección a aquel perturbador de mi descanso, pero en el último instante decidí permanecer arrebujado entre las sábanas; ¿no había notado algo insólito en la tremenda violencia de aquel impacto? Pensándolo bien, no me parecía posible que lo hubiese producido una mano humana…, a menos

que estuviera equipada con un martillo; ¡pero ni siquiera así! En todo caso, con una maza de hierro como las que usaban los guerreros medievales. El miedo me impidió incluso asomarme a mirar por la ventana. Empecé a sospechar que eso era exactamente lo que esperaba el desconocido «macero»: verme sacar la cabeza para agujerearme la frente con un disparo de rifle. Tomé tres somníferos y decidí aplazar hasta el día siguiente la comprobación de los daños sufridos por la puerta.

Pero a la mañana siguiente —muy temprano, antes de que sonara el despertador— el teléfono se encargó de infligir un nuevo golpe a mi ya precario sueño. Sin embargo, no se trataba de una de esas llamadas mudas: era el abogado Segre. Respirando aceleradamente, me pidió disculpas por haberme molestado a una hora tan temprana, pero era preciso que me informara de un horrible suceso. Él acababa de enterarse; ningún periódico lo recogía en sus páginas, aunque el desgraciado acontecimiento se había producido hacía unos días. Ante la certeza de que ambos nos hallábamos en peligro, había creído su deber avisarme enseguida y consideraba indispensable que nos viéramos esa misma tarde. Paolo Giuffrida había sido asesinado. Habían hallado el cuerpo sin vida en el jardín de su villa, con profundas marcas en el cuello y la nuca. El asesino, haciendo pinza con el índice y el pulgar de cada mano, le había aplastado la tráquea hasta asfixiarlo. Gauguin había permanecido gimiendo y temblando junto a la verja del jardín hasta que, dos días después, los de la perrera vinieron a buscarlo para aplicarle una inyección de estricnina. A Segre no le cabía ninguna duda de que las cintas con las «voces» habían sido robadas; en cuanto al autor material del crimen, tenía su propia teoría, que no creía conveniente exponerme por teléfono. El abogado creía que detrás del crimen debían de ocultarse cosas aún más preocupantes…

Me llevó sólo un momento vestirme y abordar mi vehículo. Sin que me importara lo más mínimo volver a llegar tarde a la oficina, conduje colina arriba en dirección a la casa de Giuffrida. Lo que más pesaba entonces en mi ánimo era el deseo de comprobar con mis propios ojos lo que estaba ocurriendo. Una vez allí, sin embargo, no pude ver gran cosa: los carabineros tenían la casa vigilada y me dieron el alto en cuanto me vieron acercarme a la verja. Les expliqué que era amigo de la víctima y que acababa de enterarme de su muerte; a continuación, con la intención de ganarme su confianza, les pregunté si sabían cuándo se celebraría el funeral. «¡No habrá ningún funeral!», me respondió bruscamente el suboficial al mando. Me alejé y eché una ojeada al jardín a través del enrejado; todo parecía encontrarse en su sitio, tal como lo recordaba de mi anterior visita. Si la policía judicial estaba registrando la casa, lo hacía de forma discreta, con las ventanas y la puerta principal cerradas a cal y canto. Me fijé especialmente en la estatua de Diana cazadora, blanca y enhiesta en su pedestal; no se advertían huellas ni alteración alguna en el suelo a su alrededor: macizos de flores, senderos de grava, todo parecía recién rastrillado. Si no hubiera sido por la presencia de los carabineros, habría creído que Giuffrida seguía vivo y que el abogado Segre se

había inventado la noticia… Comprendiendo que nada en claro sacaría allí, no tardé en abandonar el lugar. Por la tarde, hacia las nueve, me reuní con el abogado Segre en la plaza Castello.

Segre vestía una chaqueta de piel de color claro, unos pantalones de terciopelo marrón oscuro y una camisa azul claro; la corbata estampada de tonos vivos que llevaba no desentonaba en absoluto con su indumentaria. Recordando su agitación cuando me llamó por teléfono esa misma mañana, esperaba verle llegar tan desaliñado como yo, y me sentí un poco avergonzado por haberme dejado llevar por la emoción en detrimento de mi imagen personal. Su gesto era casi sonriente; cuando me invitó a entrar con él a un restaurante de la plaza, en el que los clientes están a la vista de los transeúntes tras una cristalera, le pregunté si no sería mejor cenar en un lugar con más privacidad. Me respondió que el lugar era irrelevante; si alguien pretendía acecharnos, lo haría de todos modos, aunque nos escondiéramos en las galerías subterráneas de Pietro Micca.[33]

Una vez sentados a una mesa, el abogado procedió de inmediato a estudiar la carta, a cuyo apartado de vinos dedicó la mayor parte del tiempo; después de consultar mi parecer sobre un vino de las Cinque Terre que le parecía excelente, hizo un gesto con la cabeza hacia el camarero. Encargó una combinación de platos a la que nada tuve que objetar y entró de lleno en el asunto por el que nos habíamos reunido. En su opinión, era preciso que yo abandonara inmediatamente la ciudad. Daba igual adónde fuera; lo importante era que me mantuviera alejado de Turín todo el tiempo que me fuese posible. El problema, en su caso, no era tan acuciante: al día siguiente partiría hacia Reino Unido, donde un asunto de trabajo le retendría durante una buena temporada. Por otra parte, un jurisperito como él siempre tenía las espaldas mejor cubiertas…, aunque en aquellos tiempos tan revueltos… Le mencioné Venecia como posible destino para mí… «¡Magnífico!», respondió; él conocía a alguien allí a quien podría dirigirme para pedirle trabajo. Si necesitaba dinero para realizar tranquilamente el traslado, él me lo prestaría gratuitamente y sin plazo de devolución… En el fondo se sentía un poco responsable de mi suerte por haberme puesto en contacto con Giuffrida; si yo no hubiera ido a escuchar la cinta de las «voces», mi situación sería entonces muy distinta y quizá…, ¿quién podía saberlo?, Giuffrida seguiría vivo.

—¿Y por qué todo esto? —le pregunté, genuinamente asustado.

—Porque solo Giuffrida y yo conocíamos la existencia de las «voces»; cuando descubrieron que habíamos implicado a una tercera persona (y muchos tenían ya noticia de su investigación), empezaron a temer que el asunto se difundiera por la ciudad y…, créame, hay alguien que no puede permitir en absoluto que salga a la luz.

—¿Y quién es ese alguien? ¿Las autoridades regionales, acaso? ¿El alcalde?

—El alcalde Bonfante es una de las personas más buenas y honestas que he conocido nunca; no son las fuerzas que él representa a las que debemos temer…, sino a algo muy diferente cuya historia se remonta muy atrás en el

tiempo…

Llené mi copa hasta el borde.

—¿Ha percibido algo inusual a su alrededor durante estos días? —me preguntó.

Le conté todo lo que me había sucedido desde mi encuentro con la hermana Clotilde.

—Entiendo… Las cartas de su desconocido corresponsal; la gente dejando y cogiendo manuscritos en las calles; esos jóvenes de aspecto tan pulcro en la iglesia de la Gran Madre de Dios, apostados con sus *walkie-talkies* junto a la estatua de Vittorio Emanuele I; el fuerte golpe asestado anoche contra la puerta de su edificio… Un asunto que todos creíamos felizmente concluido vuelve a ponerse en marcha, y lo hace con una claridad y una frialdad impensables en la época de los «veinte días»… Tal vez hasta las cartas del desconocido formen parte del plan…

—¿En qué sentido?

—Creo que no eran más que un señuelo, un ardid para captar la atención de su inconsciente y reducirlo a usted a la pasividad. Quienesquiera que las escribiesen conocían muy bien a la persona a la que iban dirigidas, sus puntos débiles… Muchos de nosotros hemos sido cuidadosamente estudiados y clasificados por ellos… Buscaban abrir una brecha en sus defensas y acceder a su interior para succionarle su energía vital… Con usted lo consiguieron a medias, pero quién sabe cuántas personas, menos preparadas que usted, habrán caído en la trampa… Incluso conmigo lo intentaron.

—Si es tal y como usted dice —probé a deducir—, entonces no hay motivo alguno para temer por nuestras vidas…; la trampa no ha funcionado, nuestra energía permanece casi intacta.

El abogado me miró y sonrió ante mi ingenuidad.

—Si no han logrado robarle su energía —explicó— es porque usted, de alguna u otra manera, ha opuesto resistencia…, y quienes se resisten no son del agrado de ese «poder oculto» que ahora se está reorganizando. En la época de la biblioteca, los servidores humanos de este poder se afanaban sobre todo en quebrar nuestra voluntad y hacernos rodar pendiente abajo. Los resultados superaron sus previsiones más optimistas y no pocos debieron de sorprenderse; pero la marcha de ciertos procesos, una vez que son puestos en marcha (incluso si se hace de forma inconsciente), tal vez sea irreversible. O quizá esas potencias estén reviviendo porque hemos comprendido qué alimento necesitan y siempre es posible hallar personas dispuestas a ofrecérselo. Los *matarifes* de los «veinte días» ya no parecen ser los protagonistas absolutos de la nueva situación; ahora, por el contrario, se diría que son manejados por otros, que se han establecido nuevas y misteriosas alianzas… La consecuencia de esto es una violencia menos tumultuosa, más selectiva e intencionada, pero no por ello menos peligrosa, más bien al revés…

Sentí que el abogado se acercaba a un punto muy delicado; deseaba preguntarle por qué esos instrumentos de muerte y sus aliados o instigadores

no podían ser señalados ante la opinión pública y combatidos de manera abierta…

—No creo que sea ya posible trazar una línea divisoria entre esos *matarifes* y quienes, al menos en apariencia, los comandan. Nos enfrentamos a un mal demasiado profundo, demasiado extendido, que involucra tanto a personas como objetos… Los autores materiales de los crímenes son entidades demasiado alejadas de toda sospecha para que podamos mencionarlas sin sentir que la razón nos abandona: difícilmente el mal absoluto podría haber adoptado formas más inatacables…

Me escrutó con mirada penetrante durante un momento y al cabo continuó:

—Me temo que si usted y yo, en este preciso momento, tuviéramos que exponer francamente lo que sabemos y pensamos de ellos, no podríamos expresarnos más que mediante alusiones y circunloquios. Ni siquiera los periódicos extranjeros, hace diez años, llegaron tan lejos como para llamarlos por su nombre; por el contrario, los envolvieron en palabrería y los cubrieron de hojarasca. Se extendieron, eso sí, en describir sus masacres, pero en cuanto a decir quiénes eran realmente…, ¿quién se atrevió jamás a ello?… Esa responsabilidad excede con mucho nuestros sencillos límites… ¿Se atrevería usted a decirme ahora mismo, en términos claros, quiénes son esos *matarifes*?

Me señaló con el dedo, tamborileó con el tenedor sobre el plato y, al ver que no me decidía a responder, dijo:

—¿Ve cómo tengo razón? Ni siquiera yo me atrevería a hacerlo… Sería demasiado humillante admitir la evidencia, reconocer que *algo* se ha aprovechado del «vacío de poder» existente en nuestra sociedad para surgir de su propia nada. No soy científico, pero creo que un equipo compuesto por un biólogo, un físico y un experto en mineralogía no podría proporcionarnos un diagnóstico satisfactorio de ciertos fenómenos sin tener en cuenta ese «vacío de poder».

—Y sin embargo… las evidencias estaban ahí…, y lo seguirán estando si decidimos exigirle a las autoridades que asuman su responsabilidad —repliqué en medio de la desesperación, consciente de no haber dicho más que vaguedades.

—¡Las evidencias, dice usted! ¿Y a quién le importan las evidencias? ¿Se refiere acaso a las huellas en los parterres y en el asfalto, a las fotografías que se tomaron y de las que no hemos vuelto a saber nada? ¿A ciertas ridículas persecuciones nocturnas por parte de los carabineros, las cuales se interrumpían en cuanto los *matarifes* se hallaban de vuelta y perfectamente inmóviles en sus lugares de origen?… ¡Ciertamente no faltaron evidencias!… Pero si nada en claro salió de ello entonces, tal vez debamos buscar las razones en otra parte… Incluso la naturaleza puede llegar a pervertirse si es obstinadamente inducida a hacerlo…; y así debió de comprenderlo ésta echando una inescrupulosa mirada a nuestra historia, donde, además, habría descubierto las condiciones de seguridad a aplicar si quería llevar a cabo algún nuevo experimento de vida. Los que permanecen siempre inmóviles y nunca,

por más que un día aparezcan cubiertos de sangre de pies a cabeza, inspiran sospecha ni duda han hallado siempre en nuestra patria unas condiciones de vida ideales y de absoluta seguridad. Millones de bocas, ya prestas a vitorearlos, ya cosidas con doble pespunte, los han protegido siempre. Habiendo comprendido esto, la naturaleza pudo haber decidido dar un nuevo paso que, hasta ese momento, resultaba impensable. ¿Sería usted capaz de indicarme algo más inmóvil, más libre de toda sospecha que esos *matarifes*? —añadió el abogado con un toque de ironía en su voz, mientras llenaba mi copa y la suya—. ¿O prefiere beber en vez de responderme?

Opté por esto último. La sensación de mareo que me producía el vino casaba bien con la vertiginosa dialéctica del abogado Segre. Empecé a beber sin tino.

—Pero ¿por qué precísamente aquí, en Turín?

—¡Quién sabe!… Tal vez sea porque se trata de una ciudad aislada, apartada del tráfico internacional, donde pueden llevarse a cabo discretamente ciertos experimentos… ¿Qué sabemos nosotros de lo que sucede en planetas remotos que nuestras sondas y telescopios ni siquiera pueden soñar con alcanzar?… ¡«Razones de seguridad» habrán llevado a la naturaleza a elegirla entre todas las demás ciudades!

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —pregunté, cubriéndome el rostro con las manos.

—¿Aún desea escribir su libro sobre los «veinte días»? —me preguntó enigmáticamente el abogado.

Negué con la cabeza.

—Muy bien…, entonces todo lo que hemos de hacer es salir de la escena, mantener los ojos bien abiertos y evitar cualquier riesgo… Aunque jamás nos atreveríamos a pronunciar el nombre de los asesinos, a decir quién estranguló al pobre Giuffrida, es probable que otros nos sigan creyendo capaces de hacerlo. Lamentablemente, sus «razones de seguridad» no juegan a nuestro favor: la perversa trama, que no deja ni un solo instante de desarrollarse, está dispuesta a cualquier cosa para no verse obstaculizada… En cuanto a las autoridades gubernamentales y al alcalde, me temo que no podrán sernos de mucha ayuda: postergaron demasiado las cosas, fueron demasiado cautelosas cuando habría sido necesario intervenir decididamente, antes de que el mal excediera las dimensiones humanas… Las posibilidades de recuperación se han ido reduciendo con el tiempo y ahora son más bien escasas… Es muy difícil reconstruir algo cuando aún no se le ha cortado la cabeza a la serpiente.

El abogado se puso a mirar dentro de la copa, como un adivino que trata de leer en una bola de cristal.

—El futuro es muy oscuro…, divinidades viles y crueles han surgido del corazón de la roca…, y seres de carne y hueso como usted y como yo se congratulan de este monstruoso prodigio… ¿Me promete usted que abandonará la ciudad?

—Sí, se lo prometo.

—¿Y hacerlo lo antes posible?

También le prometí eso.

—Muy bien, entonces podemos dedicarnos a terminar de cenar.

Volví a agradecerle su ofrecimiento de prestarme dinero, pero le dije que no lo necesitba, que disponía de algunos ahorros y que, además, esperaba recibir una suculenta liquidación por finiquito. Segre me facilitó la dirección de un amigo suyo que vivía en Venecia y me aseguró que le escribiría para informarle de mi llegada. A la salida del restaurante, se despidió de mí con una sonrisa amistosa y melancólica. Cuando regresé a casa, un poco mareado por el exceso de vino, me detuve a examinar la puerta del portal. En realidad, no había recibido el golpe de ninguna maza…: ¡era la inconfundible huella de una mano lo que vi estampado allí!

Notas

33. Los túneles de zapadores que el soldado Pietro Micca (1677-1706) excavó durante el asedio de Turín por las tropas francesas (1706).

XI. La despedida

A estas alturas, ¿por qué no habría de limitarme a decir la verdad; esto es, que empezaba a sentir cierta alegría? Tal vez las teorías del abogado Segre, después de todo, no fuesen tan disparatadas como me lo parecieran al día siguiente con la cabeza despejada; quizá realmente habíamos «tocado fondo», y cuando uno se halla ante un desastre que sabe ineludible, cuando ha sobrepasado el «punto de no retorno», la idea de enfrentarse a ello ejerce una acción tonificante sobre la mente. Además, sentía que mi propia vida estaba en juego. Así pues, no perderé tiempo describiendo mis preparativos para la partida, ni la carta de renuncia que le presenté al director, ni los saludos y buenos deseos que me dirigieron mis compañeros, ni cómo adquirí un pasaje de avión con destino a Venecia para ese mismo fin de semana. Sólo pondré el acento en un detalle: mi compra de una nueva flauta. Había enviado una carta urgente a Ballarin para informarle de mi próxima llegada, y la flauta —asimismo adquirida pensando en él— poseía entonces para mí un significado simbólico: la seria intención de volver a acercarme a esas «dimensiones del espíritu» de las que, seguramente sin fundamento alguno, me había sentido rechazado. ¡Al diablo con los «veinte días» y mi investigación al respecto, lo que entonces necesitaba era «paz interior»!

Sólo cuando hube concluido todos los preparativos fui consciente del escaso tiempo del que disponía para despedirme de mi ciudad; decidí, pues, emplearlo en recorrerla a lo largo y ancho, con una actitud que únicamente puedo describir como acariciadora. Ya no tenía motivos para temer a mis enemigos, los cuales ya debían conocer perfectamente mis intenciones… Y puesto que el que huye no desea más que «salir del juego», ¿qué sentido tendría perder tiempo y energías intentando cerrarle la boca?… Naturalmente, vi a bastantes de ellos patrullando las calles con sus *walkie-talkies,* sus cuadernos de notas y sus trajes oscuros y bien cortados; no era necesario poseer una gran perspicacia para comprender que un nuevo «poder oculto» se hallaba en proceso de organización y que la biblioteca estaba resurgiendo vigorosamente, aunque lo hacía bajo formas distintas a las de antaño. El insomnio también había reaparecido, sólo que sus víctimas ya no eran usadas como garrotes en combates singulares de inefables entidades; por el contrario, se les iba extrayendo poco a poco el jugo hasta dejarlas secas y vacías, y entonces…, ¿quién podía saberlo?, tal vez alguien se encargaba de borrarlas del mapa, haciéndolas pasar por *simples* víctimas de secuestro.

Deseaba especialmente dedicar mis últimos adioses a los suburbios de Turín. El alcalde Bonfante y su equipo de gobierno estaban trabajando duro allí: encontré «zonas verdes» donde sólo unos años antes todo era cemento y asfalto…, también muchas clínicas para mujeres… La Casa de Reposo para

ancianos sin recursos ya no era aquella antesala del cementerio que había conocido: entonces parecía un oasis de dicha donde no me habría importado pasar mis últimos días… ¡Y cuántos jardines de infancia!

Una tarde, después de cenar, fui a visitar el barrio de Pietra Alta. Cada vez que conducía por la avenida Giulio Cesare en dirección a la autopista, llamaba poderosamente mi atención la presencia, a mi izquierda, de una iglesia con forma de proa de barco: un edificio relativamente moderno,[34] de color ladrillo, con una fachada grisácea. Un extraño templo, construido así para simbolizar el imperturbable viaje de la Iglesia a través de los siglos, en referencia a lo escrito en el Nuevo Testamento.[35] Quería conocer de cerca ese barrio antes de abandonar Turín. Llegué poco después de las diez, la víspera de mi partida para Venecia. A decir verdad, encontré allí un ambiente un poco deprimente… Quizá se debiese a las dimensiones de la iglesia —mucho más alta de lo que me había imaginado—, la cual, más que a un crucero, me recordaba a un rompehielos: un rompehielos del que no quedaba nada más que la proa, tan inmensa que superaba a la de cualquier trasatlántico en servicio. Noté, además, que existía una tensión eléctrica alrededor de la gente. Incluso en un gran patio donde unos muchachos jugaban al voleibol se advertía la falta de esa alegría propia de la juventud. El patio se encontraba al costado de la iglesia, por debajo del nivel de la calle y aislado por una alta valla de tela metálica: «LA REPÚBLICA DE LOS JÓVENES», podía leerse en una gran pancarta.

Me sorprendió descubrir que yo era el único que prestaba atención al partido; los demás adultos que andaban por allí lanzaban miradas fugaces a los jugadores, sin tomar partido por ninguno de los equipos enfrentados, y al cabo se alejaban arrastrando los pies por la acera con semblante triste y preocupado. Más que un evento deportivo, aquello parecía una mera «ocupación del territorio»… De hecho, aquellas chicas y chicos con ropa deportiva oscura y cabellos cuidadosamente peinados, que no hacían más ruido que el que producían al golpear la pelota, no parecían preocuparse en absoluto por el desarrollo del juego: era como si se encontraran en ese patio únicamente para enviar un mensaje: «¡Cuidado, que estamos aquí!».

Le pregunté a uno de los abúlicos transeúntes el nombre de la iglesia y me dijo que se llamaba Nuestra Señora del Buen Camino.[36] Entré entonces en un bar a tomar un café, y al salir seguí internándome en el barrio. Interesado como estaba en el efecto que la iglesia producía vista de frente, me detuve en la calle Cavagnolo, justo delante de la proa de barco. Allí, alzándose en la penumbra junto a una hilera de casuchas ruinosas, medio sepultadas en un cementerio de coches que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, causó en mi ánimo una impresión ominosa; no me habría sorprendido oír de repente el aullido de una sirena policial. Podía ver siluetas humanas descollando sobre los oxidados esqueletos de vehículos; personas que caminaban encorvadas, aparentemente en busca de algo entre los montones de chatarra en diversos estadios de descomposición. Naturalmente, ¡yo sabía muy bien lo que

buscaban! De modo que actué como si no las hubiera visto…

En el lado opuesto de la calle, el panorama era algo menos angustiante; las casas, más altas; los muros, mejor conservados. Vi una fábrica de carcasas para secadores de pelo, un almacén de artículos de plástico y otro de papelería, y, lo que más llamó mi atención, una pequeña puerta abierta a un interior iluminado y una cartelera de teatro fijada a uno de los batientes —un reclamo, ciertamente, muy discreto—. Encima del dintel, escrito con caracteres deliberadamente infantiles, podía leerse: «TEATRO DE TÍTERES».[37] La pared del edificio que albergaba el teatro servía de lienzo para unas pintadas obscenas realizadas con *spray* negro. Me acerqué a la taquilla y, aunque la función hacía tiempo que había empezado, compré una entrada y entré en el local. La sala estaba ocupada por un público popular, formado principalmente por niños, cuyo alegre entusiasmo contrastaba con la indolencia de los transeúntes con los que me había cruzado por la calle. Estallaban en carcajadas y rompían a aplaudir, mientras en el pequeño escenario dos títeres de cuerda, uno de los cuales representaba a un general del siglo XIX y el otro a un autoritario caballero que podría haber sido ministro del Parlamento Subalpino, se golpeaban furiosamente con enormes garrotes. Se representaba entonces la escena final de la obra: un duelo a muerte en el espíritu de los héroes del ciclo carolingio, cuyo resultado aún no podía preverse. Advertí con asombro que las mazas eran, en realidad, marionetas rígidas de madera. El general se llamaba Ettore de Sonnaz[38] —el Capataz—; su contrincante era el conde Federico Sclopis[39] —el gran Salerano—; y ambos se enfrentaban en medio de una plaza, la cual reconocí como una plaza turinesa.[40] El propósito de cada uno de los contendientes era encaramarse al pedestal ocupado por el rival; es decir, intercambiar a la fuerza su puesto con el otro. Sin embargo, por más que se esforzaban en machacarse entre sí, ninguno de los dos parecía más cerca de lograr su objetivo. Se trataba, no obstante, de un duelo muy cómico, digno de las risotadas que se oían por toda la sala y a las que no tardé en unirme. Alrededor de los duelistas había otras marionetas, vestidas como ciudadanos de a pie, que aguardaban su turno para ser empleadas por aquéllos como garrotes. Los espectadores, con entusiasmo burlesco, tomaban partido por uno u otro combatiente y gritaban a coro: «¡Vamos, Capataz! ¡Dale duro, Salerano!»… El título de la representación, naturalmente, era *Los veinte días de Turín*.

Al ver qué formas habían encontrado los habitantes de esa parte de la ciudad para expresar la «verdad» sobre aquellos fatídicos acontecimientos, me invadió una sensación de liberación. No se trataba sólo de «aludir a ello», también se respetaba «visualmente» la sustancia de los hechos.

> Ettore y el Salerano volvieron a enzarzarse,
>
> embate tras embate, en feroz y singular combate;
>
> el más terrible, se dice, que jamás los enfrentase,

chafándose con cada leñazo sus garrotes de carne.
[…]
El general de Sonnaz corría en círculos por la plaza,

perseguido por Sclopis, que hendía el aire con su sangrante
[maza.

… Se vivieron momentos de emoción en la sala, pues parecía que Sclopis se haría en cualquier momento con el pedestal del odiado general «para poder contemplar por fin la calle Filippo Juvarra»…, pero la huida de éste no había sido más que un ardid, «de modo que hubieron de seguir intercambiando garrotazos»… Todos allí habríamos seguido disfrutando del espectáculo si, en ese preciso instante, el suelo no hubiera empezado a crujir con un ruido pétreo y siniestro que iba *in crescendo.* El titiritero se detuvo a la mitad de un verso al apagarse las luces del escenario; se oyeron ruidos de cristales al romperse, y la sala quedó sumida en una profunda oscuridad… «¡Terremoto!», oí que alguien exclamaba mientras el público se apresuraba a abandonar atropelladamente el lugar. Fui derribado al suelo por la impetuosa corriente humana, pero me levanté enseguida y también salí corriendo de allí… La calle Cavagnolo era un hervidero de gente dominada por el pánico. Todo el mundo parecía haberse echado a las calles. Se produjo un segundo temblor, más intenso, pero de menor duración, que pareció afectar especialmente a los herrumbrosos cadáveres de coches apilados y a las casuchas cercanas… Un movimiento sísmico muy localizado, recuerdo que pensé…

De hecho, en las calles transversales la situación era bien distinta. Una de ellas, la calle Ivrea, no mostraba signos de agitación; allí sólo se veía a los jóvenes jugadores de voleibol alineados en fila, cada uno sujetando un *walkie-talkie* junto a la boca mientras contemplaba sin inmutarse la escena de terror… La proa de la iglesia se alzaba frente a mí, sombría e inmensa… Al cabo, poco a poco, todo fue calmándose a mi alrededor. Los temblores de tierra no se repitieron; la gente empezó a regresar a sus casas e incluso los jóvenes deportistas acabaron marchándose tranquilamente. El espectáculo de marionetas, sin embargo, no se reanudó.

Esa noche soñé que un enorme rompehielos devastaba el barrio de Pietra Alta.

* * *

A la mañana siguiente llegué al aeropuerto de Caselle con una agradable sensación de alivio; ya casi lo había conseguido. Lo único que tenía que hacer era esperar tranquilamente la llegada de la jardinera que, junto con el resto del pasaje, me conduciría hasta el trimotor DC-10 que ya aguardaba en la pista. Los técnicos de mantenimiento, vestidos con monos naranjas y equipados con protectores auditivos, se afanaban alrededor del aparato. Una vez que hube facturado mi equipaje y rellenado la tarjeta de embarque, dos agentes de policía revisaron el estuche de mi flauta —que deseaba llevar conmigo durante

el viaje— para comprobar que no ocultaba ningún objeto peligroso; no me pasó inadvertida la curiosa sonrisa que, a la vista del inofensivo instrumento, intercambiaron disimuladamente… Aún me quedaba un cuarto de hora de espera.

¡Por Dios, qué noche tan horrible había pasado! No fue sólo el sueño de Nuestra Señora del Buen Camino arrasando las casas y sepultando a sus ocupantes bajo los escombros. En efecto, una vez terminada su obra de destrucción, la iglesia de la proa de barco había sido devuelta a su lugar de origen, aparentemente intacta; sólo que en esa fase del sueño la proa ya no era tal cosa, sino dos grandes e inocentes manos unidas en gesto de oración… ¡Y si sólo se hubiera tratado de esto…! Pero no, también tuve que sufrir otro sobresalto nocturno debido, de nuevo, a violentos golpes dados contra la puerta de la calle. Sin embargo, esta vez la puerta acabó cediendo y, sentado en la cama, con la frente empapada de sudor, oí unos pasos que subían por la escalera, pesada y lentamente, y se detenían ante el umbral de mi puerta. Pensé en marcar el teléfono de emergencias y pedir que enviaran inmediatamente un coche patrulla, pero el recuerdo de lo que me había contado el abogado Segre me disuadió de hacerlo… ¿Cómo iba a explicar algo así por teléfono? Es más, ¿podía confiar en la policía?… ¿Quién me aseguraba que al día siguiente no se presentaría en casa con una ambulancia para llevarme a un frenopático? Entonces sólo quedaría una cosa por hacer: ¡decirle adiós a mi sueño veneciano! No, era preferible acabar como Paolo Giuffrida, con la tráquea aplastada por dedos implacables… En el peor de los casos, si realmente ese ser hubiera querido derribar la puerta de mi apartamento y entrar, me habría arrojado sin dudar por una ventana… A eso de la una, afortunadamente, lo que quiera que fuese se marchó haciendo tump, tump escaleras abajo, y luego, también haciendo tump, tump, calle arriba, en dirección a la Gran Madre de Dios… Al poco de desvanecerse el ruido de pisadas, comprendí que por aquella noche ya no tenía nada que temer: sin duda se había tratado de un último aviso para que no me echara atrás en mi idea de abandonar Turín.

La jardinera nos recogió a su debido tiempo y nos llevó hasta el avión. Mientras subía por la escalerilla, reparé en una pequeña multitud que, en virtud de Dios sabía qué extraordinaria concesión, se había congregado en la pista; sus integrantes saludaban alegremente a los pasajeros que me acompañaban, pero ninguno de éstos correspondía a sus saludos. Fijándome con más detenimiento en los allí congregados —¿se trataría de colegas o amigos de alguien?—, descubrí que yo también me hallaba entre los saludados por ellos. De hecho, ¡un pañuelo azul ondeaba al viento sólo para mí!… ¡Y cuál no sería mi sorpresa al percatarme de que era la hermana de Bergesio quien lo agitaba!… Dos jóvenes con impecable traje azul marino, que no me resultaban del todo desconocidos, me dedicaban una especie de saludo militar con los dedos de la diestra apuntando hacia la sien… Y en eso, medio oculta entre los demás jóvenes, una pequeña figura blanca, dirigiéndome una dulce sonrisa, me saludó con un cariñoso gesto de la mano como quien despide a un

amante… Era la hermana Clotilde…

No me gustó nada aquella puesta en escena, así que yo también abordé el avión sin responder a los saludos.

Una voz femenina nos deseó por megafonía un buen viaje en nombre del comandante, la tripulación y la compañía; teníamos previsto aterrizar en Venecia en aproximadamente media hora. Poco después de eso, el avión despegó… Una vez alcanzada la altitud de crucero, me sorprendió no ver azafatas moviéndose por el pasillo y repartiendo las típicas toallitas de papel; la cabina estaba cerrada, los buenos deseos para el viaje habían sido expresados por una grabación… Confieso que nunca me ha gustado volar; esto, unido a la desidia con que la tripulación nos trataba, había conseguido perturbarme un poco. Con todo, encontraba excesiva la inquietud que mostraban mis compañeros de viaje. Éstos evitaban hablar y hasta mirarse entre ellos, se aferraban con fuerza a los apoyabrazos de los asientos, mantenían los labios apretados o se mordían el inferior, y no vi un solo periódico abierto. También me extrañó no advertir ningún apretón de manos, ningún gesto de consuelo o complicidad que evidenciase un vínculo de parentesco o amistad entre algunos de ellos; ni siquiera una pareja de recién casados en su luna de miel calmándose recíprocamente. Cada pasajero, sentado a solas con su miedo, era un cuerpo aparte de los demás. Sin embargo, el avión, en medio del silbido amortiguado de los motores, volaba suavemente sobre un compacto banco de nubes y no habíamos atravesado ninguna bolsa de aire; disfrutábamos, en fin, de una navegación tranquila y rápida que no podía dar motivos para temer nada. En cierto momento, el aparato se inclinó ligeramente hacia mi lado para corregir el rumbo, e inmediatamente recuperó su horizontalidad.

Desgraciadamente, las nubes me impidieron admirar el paisaje sobre el que volábamos y, a falta de cualquier otra distracción —no había comprado periódicos—, me abandoné a la somnolencia; lo cual, habida cuenta de la noche que había pasado, no tenía nada de raro. No tardé, pues, en quedarme dormido y caer en un sueño profundo y sin sueños.

Cuando volví a abrir los ojos, me di cuenta de que el avión seguía en el aire sin dar señales de haber iniciado maniobras de aproximación y aterrizaje… Esto me pareció extraño, pues tenía la sensación de haber dormido durante el tiempo suficiente para que hubiera empezado a hacerlo. Miré por la ventanilla y vi el mar debajo de nosotros, luego vino otro inmenso banco de nubes y al cabo un paisaje uniforme y arenoso en el que no advertí ningún signo de habitación humana. Ninguno de mis compañeros de viaje parecía sorprendido por lo que estaba sucediendo: seguían mirando el vacío con ojos como platos que ya no expresaban miedo, sino —así se me antojó— resignación. Probé a pedirle una explicación a mi vecino de asiento, pero éste se encogió de hombros sin mirarme ni decir una palabra… En ese preciso momento, el avión inició el descenso para tomar tierra. Se habían encendido las señales luminosas de «ABRÓCHENSE EL CINTURÓN DE SEGURIDAD - PROHIBIDO FUMAR», pero ¿quién se preocupaba allí del cinturón de seguridad? ¿Y quién

fumaba?… De hecho, no recordaba que ningún pasajero, aparte de mí mismo, hubiese hecho uso de su cinturón de seguridad durante el despegue… A medida que el avión perdía altitud, la extensión arenosa iba revelándose como un giboso desierto de dunas irregulares. Pensando que íbamos a realizar un aterrizaje de emergencia, adopté la posición fetal en mi asiento; sin embargo, como viera que los demás seguían reclinados en los suyos y no quería ser el único allí que se mostraba asustado, volví a mirar por la ventanilla. Pude entonces ver claramente una pista de aterrizaje y, sobre ésta, la silueta de otro avión y un compacto grupo de personas junto a él; apartada de ambos, como en un maravilloso aislamiento, destacaba una figura inmóvil de una extraordinaria estatura.

A unos veinte metros de ésta había otra figura, tan inmóvil e imponente como la primera.

El avión tomó tierra por fin, y en cuanto se detuvo en la cabecera de la pista —en el extremo opuesto de donde se hallaba el otro DC-10—, la misma voz grabada de antes nos invitó a desembarcar. Nada más tocar el suelo con los pies me invadió una sensación de calor sofocante: ¡no soplaba ni la más ligera brisa en aquel desierto!… Sin que nadie nos lo hubiera ordenado, mis compañeros de viaje se dispusieron en fila de a dos y, con paso inseguro y arrastrando los pies, como una cuerda de presos encadenados, se pusieron en marcha en una dirección determinada… Yo también me uní a la formación, ya no oprimido por el calor, sino por una sensación de inevitabilidad que me impedía apartarme del camino… Sujeté la flauta con ambas manos y, al hacerlo, recordé la sonrisa de inteligencia intercambiada por los policías en el aeropuerto de Caselle. ¡En el desolado lugar en el que nos encontrábamos no había instalación alguna para dar servicio a los pasajeros! Tan sólo una cabaña de madera donde unos cuantos hombres uniformados, protegidos del sol por un toldo, observaban impasibles la escena desde su asiento… La columna en la que marchaba se detuvo ante un coloso cubierto con un manto gris, plantado de espaldas a nosotros sobre un pedestal, y en eso el aire se cargó de una electricidad aterradora… Sentí que una oscura fuerza me vaciaba por dentro. La otra figura gigantesca se nos aproximó hasta situarse a unos veinte pasos de nuestra hilera… Se inclinó entonces hacia ésta y cogió al pasajero que tenía más cerca; lo agarró de los tobillos con una de sus manazas y, al tiempo que lanzaba un espantoso grito de ira, lo hizo girar en el aire como si fuera un garrote… El primer coloso se volvió a mirarnos desde el pedestal. Vi su rostro senil de antiguo profeta, su espesa cabellera y su larga barba invadidos por una lepra repugnante y expansiva. Nos examinaba con sus ojos sin pupila como si escrutase el abismo de un remoto pasado… De forma instintiva, me acerqué la flauta a los labios y empecé a tocarla lo mejor que pude. Tal vez, del fondo de la sima de desesperación en que me hallaba, lograra extraer algún sonido capaz de apaciguar aquellas potencias; éste, al menos, era el último asidero de mi alma…

El profeta había abandonado su pedestal y se dirigía hacia nosotros. El duelo

no tardaría en dar comienzo…

Octubre de 1976

Notas

34. Se trata de la iglesia de San Michele Arcangelo, inaugurada en 1971.
35. Se refiere al milagro de «la tempestad calmada» narrado en los Evangelios.
36. Este título adicional le fue concedido por su proximidad a la autopista Turín-Milán.
37. *Teatro dei pupi* en el original; se refiere a los títeres articulados tradicionales empleados en Sicilia para representar historias derivadas de la literatura épico-caballeresca de origen medieval.
38. Ettore Gerbaix, conde de Sonnaz (1787-1867), militar y político de origen saboyano, destacada figura de la primera guerra de la Independencia italiana (1848-1849).
39. Federico Sclopis, conde de Salerano (1798-1878), jurista y político turinés, fue el primer ministro de Gracia y Justicia y de Asuntos Eclesiásticos del Reino de Cerdeña.
40. Ambos personajes históricos cuentan con su respectivo monumento en la plaza Vincenzo Arbarello.

Nota del traductor

De los no pocos interrogantes que plantea esta novela de Giorgio De Maria, me gustaría comentar muy brevemente al menos dos de ellos, aunque prefiero hacerlo fuera del texto. El más importante —aparte del *cómo*, *cuándo* y *dónde* el protagonista nos narra sus peripecias— es la naturaleza de las entidades (*entità*) que llenan de pánico las noches turinesas durante los «veinte días». Lo mismo el protagonista que el abogado Segre se refieren a ellas como *massacratori* —que en estas páginas yo he convertido en «matarifes» y, en al menos una ocasión, «carnífices»— y, con un lenguaje más formal, como «los autores materiales de los crímenes». Al abogado, no obstante, no le tiembla la mano a la hora de señalar su sobrenaturalidad cuando dice que «los demonios (*dèmoni*) aún arden bajo las cenizas» y que «divinidades (*divinità*) viles y crueles han surgido del corazón de la roca». En el texto, el primero en atreverse a insinuar el régimen alimenticio de estos seres (*esseri*) es el alcalde Bonfante: «Optamos por dejar que los vampiros (*vampiri*) nos chuparan hasta la última gota»; pero es Andrea Segre, de nuevo, quien alude a ello de forma explícita: «Buscaban abrir una brecha en sus defensas y acceder a su interior para succionarle su energía vital…». Estas entidades minero-espirituales, en efecto, parecen nutrirse parasitariamente de las frustraciones, deseos y esperanzas que cada hijo de vecino alberga en su interior —«Sentí que una oscura fuerza me vaciaba por dentro»—; de ahí que sus víctimas sean principalmente individuos que, como Giovanni Bergesio y el anónimo protagonista, aspiran a una vida distinta a la que llevan o, como se dice eufemísticamente en la novela, simplemente a «cambiar de puesto». Y el hecho de que las expriman hasta sacarles todo el jugo (*succo*) explica la sensación de aridez interior y las visiones de ríos y lagos secos que aquéllas describen.

Naturalmente, la antropología proporciona numerosos ejemplos de la creencia en espíritus del subsuelo —y en espíritus moradores de piedras— que salen a la superficie y vagan de noche inquietando a las personas. Sin embargo, estos espíritus del reino mineral evocados por De Maria necesitan dotarse de una envoltura de piedra antropomorfa para habitar entre nosotros y luchar entre ellos. Por mi parte, me inclino a emparentarlos con los doscientos ángeles malvados que, según el apócrifo *Libro I de Henoc*, bajaron a la tierra para fornicar con las hijas de los hombres y fueron por ello condenados a morar «bajo los collados de la tierra por setenta generaciones»; o con los jinas, de los que Mario Roso de Luna trata *in extenso* en *De gentes del otro mundo* (1917) y que Emilio Carrere describió en estos términos: «El jina es el habitante del seno de la tierra. Según parece, puede tomar la forma humana y divertirse con los simples mortales de carne y hueso, y aparecer y desaparecer ante nuestros ojos estupefactos».

¿Y qué hay del olor a vinagre que enranciaba el aire en aquellos trágicos días? Gracias a las grabaciones de Paolo Giuffrida sabemos que estas divinidades ctónicas se abrieron paso hasta la superficie fragmentando y horadando rocas —en la novela se habla de «actividad excavadora», de «una operación minera subterránea»—, y no es ningún secreto que la minería y el ácido acético mantuvieron antaño una estrecha y curiosa relación… Tito Livio, en su *Ab urbe condita* (*Historia de Roma desde su fundación*), escribe lo siguiente sobre el cruce de los Alpes por parte de Aníbal en el año 218 a. C.: «Los soldados fueron llevados a abrir camino en la roca —único sitio por donde podía haber paso— y, como era preciso cortar la peña, talaron y trocearon árboles gigantescos que había por allí y formaron una enorme pila de madera. Como además se había levantado un fuerte viento, a propósito para hacer fuego, la prendieron y, cuando la roca estaba abrasada, vertieron vinagre sobre ella y la deshicieron». Esta técnica, denominada «minería por fuego», fue empleada con frecuencia hasta la Edad Media.

Por otra parte, el vinagre nunca ha gozado de buena reputación en el ámbito cultural del cristianismo: «Le dieron a beber vinagre mezclado con hiel; pero después de haberlo probado, no quiso beberlo» (Mateo 27, 34). De modo que no puede extrañarnos que en la xilografía que adorna el frontispicio de *The Discovery of Witches* (1647), en la que se muestran los familiares de un conventículo de brujos desarticulado en Essex por el célebre Matthew Hopkins, aparezca un demonio llamado, precisamente, Vinegar Tom.

Cuestión aparte es la de los desencadenantes o fuentes de inspiración de la novela. En el texto se mencionan explícitamente dos: el capítulo «Monumentos» de *Páginas póstumas escritas en vida* (1936), del escritor austriaco Robert Musil (1880-1942), y la estatua del comendador del mito literario de don Juan. De Maria habla de una tercera en una entrevista concedida al diario *La Stampa* en 1978: «Al escribir este libro, pensé en *El proceso* de Franz Kafka, que leí cuando estudiaba en el conservatorio. En su momento fue una verdadera revelación para mí». Pero hay al menos otra más: se trata de una cromolitografía de Félicien Rops (1833-1898) titulada «Satan semant l'ivraie» («Satán sembrando cizaña»),[41] que adorna el frontispicio de su serie *Les Sataniques* (1882). La cubierta de la primera edición italiana de *Los veinte días* (Edizioni il Formichiere, 1977) lleva una ilustración, de un artista no acreditado, en la que una versión desvaída del Satán de Rops «siembra cizaña» sobre la cuadrícula urbana de Turín. Diversas versiones de la misma obra de Rops ilustran las cubiertas de las modernas ediciones estadounidense (2017), italiana (2017) y francesa (2022).

Notas

41. Que ilustra la cubierta de nuestra edición.

Giorgio de Maria

Los veinte días de Turín

Traducción de Óscar Mariscal

HERMIDA EDITORES